

See discussions, stats, and author profiles for this publication at: <https://www.researchgate.net/publication/374384954>

Hidalgo Lehuedé, Jorge, Andrea Hidalgo y Xochitl Inostroza (Eds.) (2021) Artes y ciencias humanas para el siglo XXI. Políticas públicas y reflexiones

Book · January 2021

CITATIONS

0

READS

117

3 authors:



Jorge Hidalgo

University of Chile

65 PUBLICATIONS 615 CITATIONS

SEE PROFILE



Xochitl Guadalupe Inostroza Ponce

University of Santiago Chile

40 PUBLICATIONS 137 CITATIONS

SEE PROFILE



Andrea Hidalgo

University of Chile

2 PUBLICATIONS 12 CITATIONS

SEE PROFILE

ARTES Y CIENCIAS HUMANAS PARA EL SIGLO XXI. POLÍTICAS PÚBLICAS Y REFLEXIONES

Jorge Hidalgo, Andrea Hidalgo, Xochitl Inostroza
(Edit.)



**ARTES Y CIENCIAS HUMANAS
PARA EL SIGLO XXI.
POLÍTICAS PÚBLICAS Y REFLEXIONES**

**Jorge Hidalgo, Andrea Hidalgo, Xochitl Inostroza
(Edit.)**

ARTES Y CIENCIAS HUMANAS PARA EL SIGLO XXI.
POLÍTICAS PÚBLICAS Y REFLEXIONES

Jorge Hidalgo, Andrea Hidalgo, Xochitl Inostroza (Edit.)

Registro de Propiedad Intelectual: N° 2020-A-10402

ISBN: 978-956-19-1169-7

Sello Editorial de la Facultad de Filosofía y Humanidades de la Universidad de Chile

Diseño de portada: Logo de la Red de postgrado en Humanidades, Artes, Ciencias Sociales y Ciencias de la Comunicación Humaniora.

Diseño e Impresión: Andros Impresores, Santiago, abril de 2021

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN	
HUMANIORA Y LOS DESAFÍOS DE LAS HUMANIDADES, LAS CIENCIAS SOCIALES, DE LA COMUNICACIÓN Y EL ARTE	9
Los orígenes de Humaniora	9
Políticas públicas y pensamiento	11
Internalización de Humaniora	18
III Encuentro de Postgrado Humaniora: Chile en el horizonte de las artes, humanidades y ciencias sociales	19
REFLEXIONES SOBRE ARTES, HUMANIDADES, COMUNICACIONES Y CIENCIAS SOCIALES HOY	23
1. TERCER ENCUENTRO DE POSTGRADOS HUMANIORA	25
Panel I. “¿Cuál es el aporte de las humanidades, las artes, las ciencias sociales y de la comunicación en el mundo contemporáneo?”	25
No es (solo) cuestión de dinero: La política pública de los teatros universitarios <i>Cristian Opazo</i>	27

Utilidad o relevancia social del conocimiento <i>Gisela Catanzaro</i>	35
Educación superior y lógicas de mercado <i>Carlos Ruiz Schneider</i>	45
Pensar lo contemporáneo desde las ciencias sociales <i>Roberto Aceituno</i>	51
Panel II. “El Estatuto de la Investigación y Creación en nuestras disciplinas: la legitimidad social de la producción en las artes, humanidades y ciencias sociales”	55
Algunas Anomalías de la Aplicación del Modelo Productivo de Investigación en Humanidades <i>José Santos</i>	57
Investigación y creación desde las artes visuales <i>Daniel Cruz</i>	65
Acerca de las limitaciones de las condiciones actuales de producción de conocimiento <i>Carlos Ruiz Encina</i>	71
Crear conocimientos desde lo local y desde un país multicultural <i>Lautaro Núñez</i>	79
El derecho a la comunicación y el arte de los pueblos indígenas <i>Jeanette Paillán</i>	85
Panel III. “Financiamiento de la investigación y de la creación: el impacto que las políticas de financiamiento están teniendo en la sociedad y en la educación superior”	89
Repensar los fondos públicos en nuestras disciplinas <i>Bernardo Subercaseaux</i>	91

	Algunas reflexiones sobre las consecuencias del sistema de financiamiento de la investigación científica en las ciencias sociales <i>Héctor González</i>	97
	La representación de nuestras áreas del conocimiento en los organismos públicos y el financiamiento de la investigación y creación en Chile <i>Sergio González</i>	111
2.	CONFERENCIA MAGISTRAL: EL PAPEL Y LOS DESAFÍOS DE LAS HUMANIDADES EN EL SIGLO XXI <i>Juan Marchena</i>	119
3.	REFLEXIONES SOBRE NUESTRAS DISCIPLINAS (PUBLICADAS EN LA PÁGINA WEB DE HUMANIORA)	141
	El Humanismo, las humanidades <i>Carla Cordua Sommer</i>	143
	Ciencias Sociales latinoamericanas y la importancia de sus aportes <i>Marcelo Arnold</i>	147
	El arte es una paradoja viva <i>Rodrigo Zúñiga</i>	151
	El lugar de las artes, humanidades y ciencias sociales: notas a partir del informe <i>Un sueño compartido para el futuro de Chile</i> <i>Cristián Opazo</i>	155
	Las humanidades: ¿Para quién? <i>Adolfo Vera</i>	161

<i>Inquisitio</i> y sentido de estilo (de la comprensión de las humanidades) <i>Andrés Claro</i>	165
La historia como oficio <i>Sergio Grez Toso</i>	171
LOS AUTORES, MODERADORES Y EDITORES	175

INTRODUCCIÓN

Humaniora y los desafíos de las humanidades, las ciencias sociales, de la comunicación y el arte

Los orígenes de Humaniora

La Red Humaniora surge como parte de un proceso más amplio, de reconocimiento de la centralidad de las humanidades, las artes, las ciencias sociales y de la comunicación como actores pivotaes del desarrollo cultural de nuestro país; así como de la necesidad de su revitalización, producto de la marginación histórica ocurrida durante la dictadura, la que se tradujo en la entrega del quehacer universitario, en estas y otras áreas, a la regulación del mercado; ello perjudicó su capital humano, la inversión en infraestructura, equipamiento y, en general, su capacidad instalada.

El reconocimiento descrito constituyó el principal diagnóstico que entregó la Iniciativa Bicentenario IBJGM en 2009, Convenio de Desempeño a partir del cual fue posible la implementación de una serie de iniciativas en el campus Juan Gómez Millas de la Universidad de Chile, basadas en “la convicción de que un esquema de desarrollo nacional cifrado única o principalmente en los objetivos de crecimiento económico y en la incorporación de herramientas técnicas para el manejo de la realidad, es esencialmente restrictivo desde el punto de vista de la construcción del futuro del país”¹.

A partir de la propuesta de la IBJGM de “aportar a la construcción de las bases culturales del desarrollo del país con el concurso sustancial de las disciplinas comprendidas en estas áreas a un nivel

¹ Iniciativa Bicentenario. Campus Juan Gómez Millas. Proyecto de Revitalización de las Humanidades, Artes, Ciencias Sociales y Ciencias de la Comunicación Un proyecto para Chile. Diciembre 2009.

de excelencia en un proyecto de gran alcance”², la Facultad de Filosofía y Humanidades de la Universidad de Chile decide reactivar, en 2012, el proyecto MECESUP UCH0602, *Red de Doctorados en Humanidades y Ciencias Sociales*, desarrollado entre los años 2007 y 2010, el que vinculó en su red a un total de 19 doctorados acreditados, en 7 Universidades pertenecientes al CRUCH, para hacerlo parte de su Plan de Mejoramiento Institucional (PMI).

El Plan de Mejoramiento Institucional (PMI) de la Facultad de Filosofía y Humanidades, con el financiamiento del Proyecto Bicentenario, se propuso implementar un nuevo plan de fortalecimiento de la red de programas de Doctorado anterior, agregando los programas de Magister y manteniendo la membresía interuniversitaria del programa, todo ello “a través de la creación de instrumentos de difusión y de información permanentes, así como la administración sostenida de la red misma, [tendientes a] ahorrar esfuerzos y recursos, incentivando la creación de cursos conjuntos, [donde participen] los académicos del más alto nivel en estas áreas en Chile, consolidando una red que permitirá a nuestros programas de postgrado continuar liderando la formación en humanidades y ciencias humanas no solo en Chile, sino que a escala latinoamericana, en aras de ampliar los beneficios y los espacios de producción y de diálogo académico”.

Este fue el inicio de la Red Humaniora, la que comenzó a operar a partir de julio de 2012.

Originalmente, la Red se propuso como Objetivo General: “Fortalecer la red de Programas de Magister y Doctorado en Humanidades y Ciencias Sociales para convertirla en la principal iniciativa de este tenor tanto en Chile como en Latinoamérica en los próximos cinco años”.

A ello se sumaron Objetivos Específicos, tales como:

- Aumentar la comunicación de los programas que integran la red.
- Establecer las condiciones necesarias para la difusión virtual de las actividades de los programas que integran la red. (Creación de página web: www.humaniora.cl)

² *Ibíd.*

- Aumentar la movilidad académica y estudiantil dentro de los programas vinculados.
- Contribuir a la discusión de criterios que permitan homologación en créditos de los cursos impartidos en los programas de la red.
- Contribuir a una valoración del aporte y significación social de los programas de la red a la sociedad nacional y global.
- Internacionalizar la red con la vinculación de programas en humanidades, ciencias sociales, artes y ciencias de la comunicación de alto nivel en Latinoamérica
- Contribuir a crear un foco de reflexión a nivel latinoamericano, sobre la importancia del desarrollo de los programas de posgrado en las áreas de competencia del proyecto Bicentenario.
- Contribuir al desarrollo de los criterios para incrementar la calidad académica de los programas integrantes de la red.

Con estos objetivos la red Humaniora recuperó a los antiguos asociados e incorporó otros nuevos; y se avanzó a una administración de la misma autosustentable, basada en la colaboración en cuotas anuales de las facultades participantes. Luego se iniciaron encuentros o talleres de trabajo entre los decanos y académicos de los programas de doctorado y magíster para buscar una mayor integración. El lema “favorecer la colaboración sobre la competencia” ha orientado toda la gestión de Humaniora.

Políticas públicas y pensamiento

Luego, en los encuentros académicos de Humaniora, estos objetivos puramente académicos se consideraron insuficientes. El 21 de octubre del 2014 en el Primer encuentro de Postgrado, efectuado en IDEA (Instituto de Estudios Avanzados) de la USACH, se acordó que nos ocupáramos también de las políticas públicas que afectan nuestras disciplinas. Se entendía así que el mejoramiento de nuestros programas, como el aumento de la investigación, no eran ajenos al entorno político institucional, como tampoco a la percepción social de las mismas. Tal objetivo sería difícil de alcanzar pues ello requería enfrentar múltiples problemas que debían ser jerarquizados, hacer estudios particulares, abrir el abanico de opiniones y juicios fundados y lograr un cierto consenso en las políticas que se deseaban apoyar o rechazar.

Para estos efectos se creó en Humaniora la Comisión de Políticas Públicas, integrada por académicos de diversas universidades, para desarrollar actividades que le dieran contenido a estas iniciativas. Una de las actividades desarrolladas consistió en invitar a los académicos de la red y fuera de ella a reflexionar –y a que lo hicieran desde su perspectiva disciplinar filosófica–, lo que publicaríamos en nuestra página web, en torno al siguiente texto:

Enfrentados a la definición de un ministerio de ciencias y de una nueva institucionalidad universitaria, los (as) invitamos a reflexionar sobre el sentido, el papel, la función, la necesidad de las ciencias sociales, las humanidades y el arte en nuestra sociedad.

¿Para qué, por qué existe el arte? ¿Qué necesidad tenemos de las humanidades? ¿Por qué las ciencias sociales son necesarias?, son las preguntas/motivación que planteamos.

Aunque la utilidad y legitimidad de estas áreas del conocimiento, como la necesidad de talento y sensibilidad materializada en obras artísticas están muy claras para sus cultores, lectores y consumidores, lo cierto es que prácticamente nunca las explicamos y difundimos, de tal modo que ahora ofrecemos esa oportunidad.

Esperábamos una catarata de respuestas pero solo recibimos pocas, aunque todas de buena calidad, las que fueron publicadas en nuestra página web entre junio y agosto de 2016. Ellas fueron *Las Humanidades: ¿Para quién?* Autor: Adolfo Vera, Director Magíster en Filosofía, Universidad de Valparaíso; *Inquisitio y sentido de estilo (de la comprensión de las humanidades)*. Autor: Andrés Claro, ensayista, profesor en el Doctorado en Filosofía c/m Estética, Universidad de Chile; *Comentarios sobre las condiciones de las ciencias sociales latinoamericanas y la importancia de sus aportes*. Autor: Marcelo Arnold, Presidente de la Asociación Latinoamericana de Sociología (2013-2015) y Decano de la Facultad de ciencias sociales (2006-2014); *El humanismo, las humanidades*. Autor: Carla Cordua Sommer, filósofa chilena, autora de una veintena de libros y miembro de la Academia Chilena de la Lengua. Obtuvo el Premio Nacional de humanidades y ciencias sociales en 2011; *El arte es una paradoja viva*. Autor: Rodrigo Zúñiga, Filósofo, coordinador del Doctorado en Filosofía mención Estética y Teoría del Arte y miembro del Observatorio de Políticas Culturales, Facultad de Artes, Universidad de Chile; *El lugar de las*

artes, humanidades y ciencias sociales: Notas a partir del informe “Un sueño compartido para el futuro de Chile”. Autor: Cristián Opazo, Doctor en Literatura y profesor la Facultad de Letras de la Pontificia Universidad Católica de Chile; *La historia como oficio*. Autor: Sergio Grez Toso, Profesor del Departamento de Ciencias Históricas de la Facultad de Filosofía y Humanidades de la Universidad de Universidad de Chile.

Respondieron un sociólogo (que es también antropólogo), un profesor de literatura, un historiador, una filósofa y tres filósofos. De ellos, dos están vinculados a la reflexión sobre el arte. Sus textos los publicamos en la segunda parte de este libro.

Adolfo Vera y Carla Cordua se refieren a los orígenes de las humanidades, como una creación de los humanistas en la edad moderna, junto a la expansión del comercio, los viajes, descubrimientos y el retorno masivo al estudio de los clásicos. Cordua elige el camino de analizar su influencia sobre los currículos medios y superiores señalando:

A partir del siglo XIV, los humanistas italianos del renacimiento ejercen una gran influencia sobre la educación elemental y universitaria de su país. Pronto las humanidades se convierten en un ciclo bien definido de materias de estudio: este ciclo incluye gramática, retórica, poesía, historia y filosofía moral. Son disciplinas dedicadas a asuntos mundanos o seculares, en contraste con las disciplinas del programa educativo anterior, que enseñaba teología, metafísica, filosofía natural, medicina y matemáticas. Aunque no existe una incompatibilidad entre estos dos currículos, ellos son independientes uno del otro. La idea del individuo como un microcosmos que se hace a sí mismo entraña las nociones de la autosuficiencia y la universalidad de cada ser humano.

Destaca la importancia de esa formación en las elites de los siglos siguientes:

Una educación en los clásicos grecorromanos, que requiere conocer lenguas muertas y obras de poetas y sabios antiguos, debido a que separa al burgués del vulgo, resulta indispensable para los hijos de las clases pudientes. De manera que la formación en las humanidades, además de los beneficios personales que otorga al individuo, se convertirá en señal inequívoca de cierta posición social y en la aparente justificación de que sean sus portadores quienes la ostentan.

La formación humanística representará en todas partes a la libertad desinteresada, esto es, no utilitarista; en particular allí donde sus beneficiarios no están demasiado urgidos a abandonar temprano los estudios para ganarse la vida.

Vera por su parte concluye:

No se trata de salvar ni de enterrar al “humanismo”: bastante se lo enterró (y se lo salvó) durante el siglo pasado. Se trata más bien de volver a plantear la pregunta inaugural por el quién y –como hicieron utopistas y artistas de la representación– inventar las ficciones que le corresponden. Estas ficciones habrán de surgir de la paradoja siguiente (tal vez la más desgarradora): cada reinención de lo común –del más particular al más universal, y nunca el uno sin el otro– tendrá que hacerse cargo de la catástrofe de la violencia extrema (la desaparición, la tortura, el genocidio que ha estado en el origen y desarrollo de las naciones modernas) y desde ahí –desde esa violencia que es lo real mismo– inventar los destinatarios múltiples, siempre ficticios y espectrales, de la pregunta por el “quién” que debe estar a la base del humanismo y de las humanidades.

Andrés Claro analiza críticamente desde la filosofía las características de los objetos de estudio de las ciencias naturales y sus diferencias con las humanidades y el arte, a la vez que diferencia los productos intelectuales de una y otra. De ahí la necesidad de discriminar entre aquellos trabajos de medición, pruebas y explicaciones frente a los que persiguen la comprensión de creaciones de mundos y realidades *en un horizonte de experiencia histórico cultural*.

Solo una sociedad profundamente alienada podría expresar hoy por hoy sorpresa ante la perogrullada de que vivimos en mundos posibles que nosotros mismos hemos configurado. La idea de que la comprensión de estas formas humanas de hacer mundo es una tarea menos seria o autónoma que el conocimiento de la naturaleza es un prejuicio ya más difundido, interesado y peligroso.

Confrontada a un objeto natural, por muy ocultas que suponga sus estructuras profundas, la ciencia opera por hipótesis y demostración, sospecha y sentencia, argumentando a través de generalizaciones y uniformidades derivadas de la copresencia de los objetos y eventos que le entregan sus conceptos, categorías e instrumentos, lo que le permite diferenciar, al menos por un tiempo y en un campo, entre lo que considera verdad y error. Es lo que suele comunicar mediante un género discursivo sui generis, el

paper, cuya ley enunciativa es la de un pronunciamiento de ambición impersonal, literal y denotativa, a veces matemática, donde alguien previamente autorizado como experto expone sus descubrimientos sobre un aspecto puntual y técnico, de manera breve y clara, al día y efímera, susceptible de consenso y dispuesta a ser corregida o sobrepasada por la siguiente comunicación que genere actualidad. Ante las creaciones del ser humano, en cambio, no hay coartada realista que valga: se está obligado a asumir de entrada toda una variedad de mundos posibles, cuyos horizontes de experiencia se revelan más o menos eficaces, adecuados o aberrantes según hábitos, motivos, propósitos y puntos de vista que, por refinados que puedan llegar a aparecer en los diversas figuraciones creativas –desde la filosofía, la historia y demás saberes hasta la literatura y las artes– no son distintos de aquellos que conciernen a los hombres y mujeres en sus relaciones habituales de vida. Es lo que amerita un lenguaje socialmente compartido, que despliegue toda la variedad de formas desarrolladas históricamente para desplegar esta doble tarea crítica y fundacional: el diálogo, el ensayo, la meditación, la epístola, la biografía, la crónica, la digresión, el aforismo, el fragmento, el artículo, el manual, la monografía, la suma; en fin, más recientemente los medios audiovisuales y siempre y sobre todo el libro.

Claro apela a la capacidad de simbolización del ser humano, que cambia de acuerdo a su situación cultural, histórica, geográfica, social y lingüística, entre otras, así como a la permanente capacidad de creación para entender las humanidades y el arte. Por otra parte a la necesidad de entender que sus productos no debieran ser analizados con un solo instrumento de evaluación.

Marcelo Arnold enfatiza la importancia de las ciencias sociales en América Latina y la necesidad de su desarrollo, aun cuando ha habido y hay notables exponentes en la región. Señala:

La importancia o el sentido público de las ciencias sociales es contundente. La necesidad de robustecer estas disciplinas vale tanto si se las conciben como medios de ilustración, para la solución de problemas o de emancipación... La ausencia de buenas ciencias sociales resienten a la sociedad. Sin la contención de conocimientos fundamentados científicamente a los ciudadanos solo les queda ser abastecidos de información sobre sus propias condiciones de vida de los peores modos. La banalización y el dogmatismo siempre están prontos para cubrir los vacíos de conocimientos... La complejidad social es apabullante, pero a ello no debe agregarse el

desánimo o la pasividad. A propósito de lo último, llama la atención que nuestros acervos disciplinarios, es decir aquellas materias que se enseñan a los estudiantes o que se referencian en las publicaciones provienen, casi exclusivamente, en centros localizados en los países occidentales desarrollados. Sin que asombre se espera de autores foráneos la inspiración, o los recursos, para estudiar e interpretar nuestras realidades, incluso para abastecerse con pensamiento crítico o de nuevos enfoques latinoamericanistas. Esta situación choca con lo deseable dando cuenta de un limitante auto-colonialismo disciplinario que, en parte importante, es consecuencia de nuestras propias actitudes.

El tema de la dependencia de nuestros conocimientos humanistas y sociales de los centros creadores de conocimientos, diría Arnold, no se resuelve separándonos de esos orígenes epistémicos, sino por el contrario, como demandaba Bello en 1842, recogiendo la herencia universal para aplicarla a nuestros países.

Rodrigo Zúñiga reflexiona sobre las paradojas del arte en términos individuales y colectivos. En la parte central de su texto señala:

Nunca será sencillo defender las artes, nunca lo ha sido. No lo fue para la antigüedad clásica ni lo es tampoco para nuestra época de tecnologías digitales e innovaciones asombrosas. El arte siempre resultó algo anómalo, singular, divergente. Sin embargo, si somos capaces de reconocer en el arte una paradoja viva, es porque gracias a él entramos en relación con algo que nos habita, nos interpela y nos compromete en lo más profundo. Quizá sea imposible saber qué sea eso, exactamente –la palabra humanidades nos acerca a ese misterio–, pero sí sabemos que no podemos obviar su llamado. En los peores momentos de la historia, cuando la barbarie se imponía sin contrapeso en el mundo, siempre hubo un poeta, un escritor, un músico, un pintor, que acudió –en nombre suyo y de todos nosotros– a mantener viva la llama de esa vocación enigmática.

Luego concluye:

Una ciudadanía sin acceso a su patrimonio, a sus museos, a su historia, a sus voces, a sus sonidos, a sus imágenes, ha sido obligada a relegar una parte importante de sí misma en las regalías de unos pocos. Las artes son cosa pública, aunque a pocos les interesa, porque en ellas todos somos convocados democráticamente.

Y nadie puede estar ajeno a aquello que lo interpela en lo más profundo.

Cristián Opazo desarrolla una crítica al documento *Un sueño compartido para el futuro de Chile: informe a la presidenta de la república Michelle Bachelet, Comisión Presidencial Ciencia para el Desarrollo de Chile, Julio de 2015*, análisis que fue respaldado por el Consejo de Decanos de Humaniora. La lectura de Opazo demuestra las limitaciones de los análisis epistemológicos de las ciencias sociales, humanidades y arte cuando se realizan desde otras perspectivas y metodologías que no son las nuestras. Por ejemplo, el texto en estudio emplea

Las taxonomías propuestas en el Frascati Manual [que] son herramientas útiles para la elaboración de informes estadísticos sobre investigación y desarrollo. No obstante, por su sesgo economicista, dichas taxonomías figuran nuestras disciplinas como un ámbito superficialmente homogéneo y arbitrariamente diferenciado.

Agrega:

Del mismo modo, la mirada reductiva –cristalizada en una apresurada nota al pie del informe– da lugar a un ‘mal entendido’.

Según se colige de la lectura del texto, a nuestras disciplinas se las percibe como un ámbito más próximo a la “antigua extensión universitaria (135) que a los auténticos desafíos investigativos del país. Efectivamente, cada vez que se invocan los nombre de áreas tales como energía, medioambiente o salud, entre otras consideradas vitales para el desarrollo del país, el informe parece olvidar que ciencia –según el mismísimo Frascati Manual– también incluye a las artes y a las humanidades”. El problema es que estos lenguajes y mal entendidos tienen consecuencias diversas en las políticas públicas de investigación, en sus organismos e incluso en nuestras propias universidades.

Sergio Grez reflexiona sobre la actividad de los historiadores desde antiguo hasta tiempos recientes, para proponer una explicación de cómo una disciplina profesional y universitaria se reconoce también como oficio, y con esta denominación lo aproxima a un trabajo artesanal y mecánico:

La profesionalización de la historiografía y su independencia de otras disciplinas –como la Filosofía o la Literatura– es un fenómeno relativamente reciente, cuya data de nacimiento se sitúa en las sociedades occidentales en la segunda mitad del siglo XIX. Solo a partir de entonces, la disciplina de la Historia adquirió, progresivamente, autonomía respecto de otros campos del conocimiento, forjando sus propios instrumentos, reglas y procedimientos, a la par que avanzaba su profesionalización, siempre en estrecha relación con la consolidación de los modernos estados nacionales que, de manera mucho más sistemática que lo operado hasta entonces por las distintas formas de Estado que ha conocido la humanidad, dotaron a la historiografía de algunos de los elementos que le permitirían convertirse en un área de estudios claramente definida. Desde entonces, el desarrollo y profesionalización de la disciplina de la Historia avanzaría, definitivamente, con total independencia respecto de los saberes que hasta el momento la habían tutelado. Paulatinamente, los cultores del conocimiento histórico –los historiadores– dejaron de ser aficionados que en sus tiempos libres se dedicaban a investigar o escribir la Historia casi como un hobby, convirtiéndose en profesionales a tiempo completo.

Luego concluye:

Ya sea como profesión u oficio, el estudio sistemático de la Historia conforme a reglas, técnicas y procedimientos disciplinarios, supone –desde mi punto de vista– una responsabilidad social de parte de sus cultores. ¿Qué investigar? ¿Para quiénes investigar?, ¿Qué lenguajes y formatos utilizar para comunicar los resultados de estas investigaciones?, son solo algunas de las disyuntivas que deben resolver quienes pretendan servir con provecho a Clío, la musa inspiradora o “Santa Patrona” de esta cofradía artesanal.

Internalización de Humaniora

Humaniora ha realizado una serie de encuentros entre sus asociados y otras Universidades de América Latina, como fue el segundo encuentro de Postgrado. Gracias a los recursos del Proyecto Bicentenario pudimos invitar a cinco destacadas autoridades universitarias sudamericanas en representación de sus casas de estudio. Ellos fueron: Profesor Ciro Alegría Varona de la Universidad Católica del Perú, Decano de la Escuela de Posgrado; Profesor Marcelo Cândido da Silva de la Universidad de Sao Paulo, Pró-Reitor

Adjunto de Pós-Graduação; Profesora Diana Ceballos Gómez de la Universidad Nacional de Colombia, Directora Académica Medellín; Profesora María Belén Albornoz de la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales FLACSO-Ecuador, Coordinadora docente movilidad estudiantil; Profesor Glenn Postolski de la Universidad de Buenos Aires, Decano de Postgrado.

El encuentro efectuado en la Casa Central de la Universidad de Chile, tuvo dos etapas: la primera de presentación de los invitados, de sus estructuras de postgrado e investigación, de sus convenios y programas de movilidad³. La segunda etapa consistió en reuniones paralelas de académicos de la Universidad de la Red con cada uno de los invitados para explorar la posibilidad de convenios e intercambios. Humaniora llega solo hasta este nivel. Los convenios son responsabilidades de las propias universidades o de sus programas, es decir nuestro apoyo es en la coordinación, facilitación, pero la programación académica docente y administrativa pertenece por entero a nuestros asociados.

Es digno de destacar que el decano Ciro Alegría de la PUCP haya promovido en Perú una red de postgrado inspirada en Humaniora, pero que abarca disciplinas humanísticas y de ciencias naturales y exactas.

III Encuentro de Postgrado Humaniora: Chile en el horizonte de las artes, humanidades y ciencias sociales

En la línea de levantar una perspectiva de nuestras áreas frente a las políticas públicas, y de visibilizar lo específico de nuestras disciplinas y la necesidad de contar con indicadores de productividad diferenciados, se organizó el: *III Encuentro de Postgrado Humaniora: Chile en el horizonte de las artes, humanidades y ciencias sociales*, desarrollado en Santiago los días 19 y 20 de octubre de 2016, que tenía como principal objetivo reflexionar sobre el rol de las artes, comunicaciones, humanidades y ciencias sociales en el desarrollo del país. El encuentro se organizó en tres mesas. La Mesa inaugural se preguntaba: *¿Cuál es el aporte de la humanidades, las artes, las ciencias sociales y de la comunicación en el mundo contemporáneo?* En ella participaron Cristian Opazo (PUC), Gisela Catanzaro (UBA), Carlos Ruiz

³ Todos nuestros encuentros han sido abiertos al público y este en particular contó con una amplia asistencia de interesados.

Schneider (U. de Chile), Roberto Aceituno (U. de Chile). La segunda mesa tenía como tema: *El Estatuto de la Investigación y Creación en nuestras disciplinas: la legitimidad social de nuestras investigaciones y creaciones*, donde los panelistas fueron: José Santos (USACH), Daniel Cruz (U. de Chile), Carlos Ruiz Encina (U. de Chile), Lautaro Núñez (UCN) y Jeanette Paillán (CLACPI). El tercer panel tenía por temática: *Financiamiento de la investigación y de la creación: el impacto que las políticas de financiamiento están teniendo en la sociedad y en la educación superior*, donde expusieron Sergio González (U. Arturo Prat), Christian Nicolai⁴ (CONICYT), Bernardo Subercaseaux (U. de Chile), Héctor González (UTA). Cerró el encuentro la conferencia magistral del profesor Juan Marchena de la Universidad Pablo de Olavide (Sevilla), titulada, *El papel y los desafíos de las Humanidades en el siglo XXI*. Todas esas intervenciones fueron transcritas para ser publicadas en este libro.

Estas exposiciones que fueron grabadas, transcritas, corregidas por lo editores y revisadas por sus autores, son las que se publican en la primera parte de este libro. Ellas reflejan una variedad de opiniones sobre diversos aspectos relacionados con los desafíos de nuestras disciplinas en el mundo de hoy y apuntan a las políticas públicas que nos están normando o más bien a los criterios que estructuran nuestras actuales orientaciones, maneras de medir nuestra productividad, el impacto social de nuestras contribuciones, los sistemas de acceder a fondos para la investigación y otros temas. En esta etapa de reflexión no nos ha interesado buscar consensos, al contrario, hemos preferido abrir el abanico de respuestas que tienen los problemas complejos. Lo propio de nuestras disciplinas es formar opinión en el debate y la reflexión frente a la sociedad, cuyo destino sería impensable sin la contribución de éstas, especialmente en la formación de una sociedad democrática y solidaria.

Quisiéramos finalizar esta introducción agradeciendo a quienes impulsaron la Comisión de Políticas Públicas de Humaniora como Cristián Opazo de la Facultad de Letras de la Pontificia Universidad Católica de Chile y Guadalupe Álvarez de Araya, de la Facultad de Artes de la Universidad de Chile. Por supuesto que la lista de integrantes es larga, nuestro agradecimiento a todos ellos. También debemos expresar nuestra deuda con el equipo ejecutivo de Humaniora en las personas de David Morales, sociólogo y Daniel

⁴ Lamentablemente no recibimos la versión final de su ponencia, por lo cual no se incluye en esta publicación.

Soto periodista que se hizo cargo de las biografías de los participantes en este libro.

JORGE HIDALGO⁵,
Coordinador Académico de Humaniora

ANDREA HIDALGO,
Secretaria Ejecutiva de Humaniora

XOCHITL INOSTROZA,
Historiadora y Editora Invitada.

Santiago septiembre de 2018

⁵ Debemos señalar que no existe ninguna relación familiar entre Jorge Hidalgo y Andrea Hidalgo. La coincidencia de apellidos es una mera casualidad.

**REFLEXIONES SOBRE ARTES,
HUMANIDADES, COMUNICACIONES Y
CIENCIAS SOCIALES HOY**

1. Tercer Encuentro de Postgrados Humaniora

Panel I. “¿Cuál es el aporte de las humanidades, las artes, las ciencias sociales y de la comunicación en el mundo contemporáneo?”

Modera: *Jorge Hidalgo Lehuedé*
Universidad de Chile. Humaniora

¿Cuáles son los aportes de nuestras disciplinas a las sociedades contemporáneas que debieran ser conocidas por éstas? ¿Tenemos una recepción nacional, regional o estamos más orientados a la producción del conocimiento para las redes disciplinarias internacionales? ¿Cómo estamos contribuyendo frente a los problemas contemporáneos de la desigualdad de todo orden, del fortalecimiento de la democracia y la participación? ¿Qué se requiere para un auténtico diálogo ciudadano? ¿Qué tipo de sociedad deseamos construir? Frente a ello ¿Cabe pensar en prioridades de la investigación?

No es (solo) cuestión de dinero: La política pública de los teatros universitarios

Cristian Opazo

Pontificia Universidad Católica de Chile

“¿Qué harían ustedes si no tuvieran las palabras para darle armado a todo esto?”.

Egon Wolff, *Los invasores* (1963).

Claramente, no soy yo quien pueda “pensar Chile en el horizonte de las humanidades”. Aunque sí, puedo señalar el ejemplo de quienes ya lo han hecho. Desde mi situación de profesor de literatura dramática en una universidad compleja, adscrita al Consejo de Rectores, no puedo evitar recordar una *escena crítica*, de seguro, conocida. El domingo 22 de junio de 1941, abre sus puertas a la comunidad, con su noche de estreno, el Teatro Experimental de la Universidad de Chile (TEUCH)¹. Y, con idéntico afán, en los años inmediatamente posteriores, se pliegan a la misión de levantar “teatros públicos”, tanto la Pontificia Universidad Católica de Chile (TEUC, 1943) como la Universidad de Concepción (TUC, 1945)². No deseo enunciar aquí una oda a sus fundadores, pues, tengo presente la “máxima brechtiana: nunca empezar desde los buenos viejos tiempos sino desde estos miserables” (Benjamin ctd. en Avelar 11). Pero, sí quisiera recomponer esa escena crítica en tanto hito de

¹ La noche de estreno del TEUCH se celebró en el teatro Imperio de Santiago y comprendió dos montajes dirigidos por Pedro de la Barra: *La guardia cuidadosa*, de Cervantes, y *Ligazón*, de Valle Inclán.

² Hablo de “teatros públicos” ya que el objetivo común de estas compañías universitarias es, además de formar académicos y creadores, contribuir a la formación de audiencias, diversas y transversales, en regiones desatendidas tanto por las compañías comerciales como por las políticas de Estado. De la Barra, Pedro. “El Teatro Experimental”. *Teatro* 1 (1945): 5-10.

instalación de un diseño institucional que halla en las artes escénicas y, por extensión, en las artes y en las humanidades, una forma de conocimiento relevante para la implementación de políticas públicas en los campos de la educación, la cultura e, incluso, la economía social.

Para enseñar esta tesis, comienzo con una cita extraída del editorial del N° 1 de la revista *Teatro*, “publicación oficial del Teatro Experimental de la Universidad de Chile”, escrita –creo– por su fundador, don Pedro de la Barra:

“La difusión teatral ha sido ampliada con jiras [sic] a provincias. La primera jira se realizó a Valparaíso, en 1942. Se dio una función en el de la Universidad Santa María, y otra para estudiantes y obreros en el Teatro Victoria. Año siguiente, se visitaron por espacio de una semana las ciudades de Concepción y Talcahuano y el centro minero de Lota. En 1944 se organizó el viaje más completo que ha hecho este conjunto [TEUCH]: su jira al Sur de Chile. Actuó en las ciudades de Linares, Chillán, Los Ángeles, Temuco, Valdivia, La Unión, Osorno y Puerto Montt. Durante veinte días, saltando de un pueblo en otro, [el TEUCH] conoció diferentes públicos, diferentes maneras de reaccionar, y logró hacer surgir en todas partes un sentimiento de optimismo y de fe en el arte”³.

El objetivo de estas caravanas culturales, iniciadas en 1942 e inspiradas en las misiones pedagógicas (1931-1936) de Alejandro Casona, es “llevar teatro hacia nuevos públicos”⁴: barrios populares, centros laborales, escuelas, cárceles, hospitales. Pues bien, al releer la declaración de De la Barra, me pregunto: ¿Desde qué lugar, o *contexto institucional*, habla él?; ¿Qué clase de institución es la que decide priorizar como *acción estratégica* la difusión teatral?; ¿Qué masa crítica, o *capital humano avanzado*, precisa semejante proyecto cultural?; ¿Qué tipo de comunidad está dispuesta, en años de *nacionalismos populistas*, como los llama Ángel Rama, a profesar “fe” el arte?

Antes de ensayar respuestas tentativas, se impone una afirmación: *no es (solo) cuestión de dinero*. Bajo el gobierno del Frente Popular (encabezado por Pedro Aguirre Cerda entre 1938-1941), las universidades chilenas, además de inyectar recursos para la institucionalización del teatro, actúan con la convicción de que el fomento

³ Ídem, 8.

⁴ Ídem, 7.

a las artes escénicas, sin demandar que estas renuncien a su especificidad, permitirá, literalmente, producir instrumentos capaces de mapear las distintas zonas culturales de un territorio escindido⁵.

Efectivamente, De la Barra, antes como estudiante de castellano en el Instituto Pedagógico de la Universidad de Chile y, luego, como profesor de teatro en la misma casa de estudios, constata que el Estado y sus universidades enfrentan una coyuntura crítica: el lema de la campaña presidencial de Aguirre Cerda instala un nuevo paradigma para el ejercicio del poder y, por defecto, para la organización de las instituciones educacionales (“Gobernar es educar” y viceversa). Claro está, el Chile al que las universidades tienen la misión de educar-gobernar se encuentra culturalmente tensionado: hay exilios suscitados por las guerras europeas y sus epifenómenos periféricos, migraciones que renuevan las composiciones de los estratos sociales y los extremismos nacionalistas que repudian estos desplazamientos. Allí situadas, las estrategias de educación-gobierno deben ser capaces de recomponer, más allá de los indicadores macroeconómicos, un relato nacional desagregado en etnias, geografías, lenguas y religiones diversas sometidas a los imperativos de la modernidad.

En esta coyuntura, De la Barra y la primera generación de teatristas universitarios comprenden la urgencia de contar con un teatro compenetrado con la “verdadera y profunda raíz nacional”⁶. O, si se prefiere, con un teatro que, más allá de las lógicas espectaculares, se afiance como disciplina universitaria autónoma. En

⁵ La creación de teatros universitarios –recordemos– se ve favorecida por la instalación de los gobiernos del Frente Popular, cuyo primer mandatario, Pedro Aguirre Cerda, inmortaliza el lema “Gobernar es Educar”. Tal como explica Juan Andrés Piña, bajo los gobiernos frentepopulistas (1938-1958), “de antiguo centro de formación de profesionales para las llamadas carreras liberales, la universidad evolucionó... hasta llegar a ser un centro de investigación científica” Piña, Juan Andrés. *Constantes en el desarrollo del teatro y la historia chilena [1910-1970]*. Teatro iberoamericano. Santiago: Teatro UC, 1992. 49-57. Por consiguiente, estos teatros buscan promover, incentivar y difundir la creación dramática nacional. Para cumplir este objetivo, el TEUCH y el TEUC implementan medidas que favorecen la creación dramática: por una parte, en 1943, el TEUCH inicia un programa de difusión de autores chilenos, que comprende concursos anuales de dramaturgia y periódicos de textos de autores nacionales. Por otra parte, el TEUC “también organiza concursos de obras teatrales nacionales. Las obras [que allí resultan] ganadoras son representadas por el grupo universitario y [a partir de 1960] publicadas por la revista *Apuntes* [aún en circulación ininterrumpida]” (Pradenas, Luis, *Teatro en Chile: huellas y trayectorias. Siglos XVI-XX*. Santiago: LOM, 2006, p. 297).

⁶ Piga ctd. en Pradenas. *Ibid.* (p. 288).

esta coyuntura, los teatros universitarios se imponen la misión de construir objetos de estudio propios, definir métodos de trabajo, elaborar perfiles académicos y, en cada uno de sus montajes, enseñar maneras de comprender, evaluar y ordenar una comunidad que sabe en peligro⁷.

Para ilustrar este momento de “constitución disciplinar”, sirva prestar a atención a la generación de dramaturgos surgida bajo el alero de los teatros universitarios. Al leer los textos de Isidora Aguirre (1919-2011), Enrique Busnter (1912-1976), Jorge Díaz (1930-2007), Luis Alberto Heiremans (1928-1964), María Asunción Requena (1915-1986), Gabriela Roepke (1920-2013), Alejandro Sieveking (1934), Sergio Vodanovic (1926-2001) y Egon Wolff (1926), entre otros, advierto que ellos parecen empeñados con plegarse a una cruzada geográfica. En acotaciones y diálogos, bregan por llegar cada rincón del territorio chileno, para aprehenderlo, comprenderlo y enseñarlo como propio a lectores y espectadores. Así lo atestigua, al menos, una decena de textos ambientados en parajes fronterizos donde los referentes de la cultura nacional se tornan ilegibles o contradictorios: aldeas sureñas, asentamientos mapuches, burdeles rurales, caletas insulares, fiordos patagónicos, latifundios precordilleranos y valles transversales por donde merodean artistas populares y cofradías religiosas.

Anótese algunos ejemplos: *Las pascualas* (1957) y *Los que van quedando en el camino* (1969), de Aguirre (laguna sureña [Región del Bío Bío] y fundo en Ranquil [Región de La Araucanía]); *El Cherube* (1965) y *La remolienda* (1965), de Sieveking (volcanes andinos [Región de La Araucanía] y colina en las cercanías de Villarrica y burdel en Curanilape [Región de la Araucanía]); *La isla de los bucaneros* (1944), de Bunster (caleta extraviada en los mares del Pacífico Sur [Chile insular]); *Ayayema* (1964) y *Fuerte Bulnes* (1955), de Requena (Isla Wellington [Región de Magallanes]); y, también, *El abanderado*

⁷ La conciencia crítica sobre el lugar del propio quehacer, en la universidad y en la esfera pública, se cuela en cada discusión. En el N° 110 de la revista *Pro Arte*, se lee una editorial que, con su elocuencia, da cuenta del carácter nacional y público del TEUCH: “Una ley para el Teatro Experimental de la Universidad de Chile”. Y, a reglón seguido, se lee: “[o] se legisla a favor del teatro nacional, o el teatro nacional desaparece” (p. 1). El editorialista advierte que, en lugar de buscar financiamiento esporádico, los dirigentes del TEUCH deben luchar por contar con una ley de teatro (teatro-academia) que asegure la continuidad de su gestión, más próxima a la generación de conocimiento socialmente relevante que a la extensión universitaria.

(1962), *El tony chico* (1964) y *Versos de ciego* (1961), de Heiremans (valles transversales [Región de Valparaíso]). Cada uno de estos textos –minuciosas descripciones del territorio– parecen haber sido concebidos como mapas: “graphic representation, drawn to scale... of features—for example, geographical, geological, or geopolitical—of an area of the Earth”. Desde un punto de vista cultural, un mapa es un artefacto lógico que nos permite dar nombres públicos a regiones misteriosas: “It’s been said... that the map is not the territory. But, if [we] want an initial and initiating sense of the world, what’s better than a map?”⁸.

Hoy día, no resulta aventurado señalar que, a través de estos textos/ mapas, los hijos de la burguesía ilustrada, educada ya sea en la aulas o en las salas de teatro de las universidades Católica y de Chile, habrían aprendido a nombrar espacios ajenos a sus lenguas maternas. La metáfora de un mapa que guía a ciudadanos advenedizos no parece descabellada si se considera que, en su mayoría, los dramaturgos universitarios provienen de familias de origen europeo asentadas en Chile en las décadas previas a la fundación de los teatros (ca. 1890-1930). Nótese, sin ir más lejos, sus marcas genealógicas: Bunster, Heiremans, Roepke, Sieveking, Aguirre Tupper, Vodanovic, Wolff⁹. De manera evidente, más próximas a la banca, la industria y las profesiones liberales que a la economía agraria, estas familias migrantes y en su mayoría bilingües, encuentran en la universidad, más aún, en sus teatros, un espacio de legitimación simbólica y de ingreso a un tramado cultural nacional.

¿Por qué he decidido dedicar más de la mitad de esta intervención sobre institucionalidad universitaria, y artes y humanidades, en el Chile del siglo XXI, a evocar la misión de los teatros universitarios de mediados del siglo pasado? Respondo. Hoy día, cuando se discute en los medios cuál es el aporte de las artes y humanidades al desarrollo del país, varios hemos caído en la tentación de

⁸ White, Kenneth. “Elements of Geopoetics”. *Edinburgh Review* 8 (1992): 166.

⁹ Considérense los datos biográficos de cada uno de estos dramaturgos: Isidora Aguirre (colegio Jean D’Arc, lenguas española, francesa e inglesa, estudios de trabajo social, piano y ballet moderno); Jorge Díaz (familia asturiana, colegio San Pedro Nolasco, estudios de arquitectura); Luis Alberto Heiremans (familia belga-francesa, lengua belga, francesa e inglesa, colegio The Grange School, estudios de medicina); Alejandro Sieveking (colegio La Salle de Talca, estudios de arquitectura); Sergio Vodanovic (nacido en Croacia, lengua croata, colegio de los Sagrados Corazones, estudios de leyes); Egon Wolff (familia alemana, lengua alemana, Colegio Alemán de Santiago, estudios de ingeniería química).

enumerar la particularidad de nuestros productos de investigación o, incluso, en la defensa de su “utilidad”. Más efectivo, por el peso de la evidencia, y más justo, por los nombres que saca del olvido, es, en cambio, seguir a los teatristas de la década de 1940 y, desde las ruinas de una universidad perdida, extraer relatos pasados que enseñan cómo los “artistas” y “humanistas” de otros tiempos consiguieron hacer un lado la ansiedad y, también, la autocomplacencia, para situar su quehacer en un horizonte nacional, primero, y latinoamericano, después. Como *no es (solo) cuestión de dinero*, confío en que, a partir de esta autocrítica y del reconocimiento del pasado, podamos extraer algunas lecciones aprendidas en el horizonte de los teatros universitarios.

Para mí, la primera de esas lecciones dice relación con la manera en que De la Barra y sus contemporáneos ejercen la gestión universitaria. En lugar de desdeñarla como mera burocracia propia de aquellos que demuestran menos aptitudes para la creación e investigación, la asumen como un área prioritaria para la generación de condiciones que auguren el éxito sus propios proyectos creativos e investigativos. En la papelería de los teatros universitarios, se advierte, sin ir más lejos, que sus directores y dramaturgos están menos urgidos por la carencia de salas para montar sus espectáculos que con el establecimiento, a través de modificaciones estatutarias, de departamentos de artes escénicas; es decir, núcleos de investigación donde académicos con diversos perfiles (creadores, docentes o investigadores) cumplen con tareas de enseñanza, extensión, investigación y traducción.

En su balance de 1945, De la Barra, por ejemplo, consigna la relevancia de la querella institucional librada en el ámbito de la gestión:

“[L]os que en un principio integraron el Teatro comprendieron que este debía formar parte de alguna institución cultural más amplia, la que proporcionaría el medio más adecuado a su desarrollo. La Universidad de Chile, de la cual procedían los organizadores de este movimiento [el TEUCH], estaba en mejores condiciones que cualquier otro organismo para auspiciar y sustentar un teatro de este tipo [academia]... el Teatro Experimental fue reconocido en forma oficial como una sección de la Universidad en dependencia directa de Rectoría. El Ministerio de Educación, por su parte, le otorgó, a partir de 1942, una subvención anual”¹⁰.

¹⁰ De la Barra. *Ibíd.*, 9.

Desde estos departamentos –anómalos en un contexto que aún concibe las universidades como escuelas de formación profesional– los académicos y creadores de estos teatros enseñan una segunda lección, esta vez, relativa a la internacionalización. En alianza con los institutos binacionales de cultura, el TEUCH y el TEUC promueven el intercambio, bidireccional, norte-sur. Pero, junto con ello, también favorecen el diálogo sur-sur. En agosto de 1962, la Dirección de la Universidad de Chile funda el Teatro del Desierto con el fin de ejecutar proyectos de creación e investigación acordes con las necesidades de una zona de tráfico, de intercambio y de cruces culturales; a saber, las fronteras de Perú, Bolivia y Chile. Hoy día, en nuestro país se da la paradoja que nuestras universidades parecen más afanadas en dialogar con la industria o, incluso, en invocar categorías (rara vez definidas de manera consistente) como interdisciplinariedad e innovación, en lugar de pensar su propio quehacer en y desde la región que ellas, y su capital humano avanzado, habitan.

A lo anterior, sigue una tercera lección: la primera generación de teatristas universitarios comprende que su quehacer no es “útil” ni “rentable”, sino socialmente relevante en la medida que ellos se imponen, como tarea prioritaria, desafiar la *condición de agorafobia* de la cultura chilena. O, lo que es equivalente, su resistencia perpetua a ensanchar sus límites artísticos, étnicos, geográficos, lingüísticos o simbólicos. Con este afán, son ellos quienes reclaman una nueva organización de departamentos y facultades, son ellos quienes reclaman que la creación artística sea comprendida como un proceso de investigación, son ellos quienes –a través de sus lenguajes escénicos– reclaman que se reconozca a Chile como una nación inscrita en una geografía siempre móvil.

De estas tres lecciones se desprende un comentario, tal vez marginal, para concluir. Quizá estas máximas derivadas nos conminen a discutir un hecho, hoy día, naturalizado: los centros, direcciones y vicerrectorías de investigación de muchas de nuestras universidades reconocen como áreas prioritarias la innovación y la transferencia próximas al desarrollo empresarial, mientras relegan las artes y humanidades, confinadas al ámbito de la extensión universitaria. Dada la experiencia de De la Barra y sus contemporáneos, ¿es posible innovar si no discutimos la manera en que nuestro propio sistema universitario administra, compartimenta y organiza el conocimiento?, ¿es posible fomentar investigación genuinamente interdisciplinaria si las políticas de formación, inserción y desarrollo

de carrera académica no reparan en el estatuto de quienes investigan desde y en la creación artística?, ¿es posible proyectar políticas serias de transferencia si nuestro conocimiento de la cultura nacional se reduce a unos cuantos guarismos estadísticos? Sin duda, todo lo que pongo sobre la mesa para comenzar a discutir *no es (solo) cuestión de dinero*.

Obras citadas

- Avelar, Idelber. *Alegorías de la derrota*. Santiago: Cuarto Propio, 2000.
- De la Barra, Pedro. "El Teatro Experimental". *Teatro 1* (1945): 5-10.
- Piña, Juan Andrés. "Constantes en el desarrollo del teatro y la historia chilena [1910-1970]". *Teatro iberoamericano*. Santiago: Teatro UC, 1992. 49-57.
- Pradenas, Luis, "Teatro en Chile: huellas y trayectorias. Siglos XVI-XX". Santiago: LOM, 2006.
- Pradenas, Luis, "Una ley para el Teatro Experimental de la Universidad de Chile". *Pro Arte* 110 (1950): 5.
- White, Kenneth. "Elements of Geopoetics". *Edinburgh Review* 8 (1992): 162-78.

Utilidad o relevancia social del conocimiento

Gisela Catanzaro
Universidad de Buenos Aires

Estimados organizadores, profesores, estudiantes. En primer lugar quiero agradecer. Agradecer no solo la generosa invitación, sino el lugar que le otorgan dentro de las instituciones a pensar sus bordes, su relación con su supuesto exterior: la sociedad y el Estado. Chile tiene una muy interesante reflexión sobre la universidad, la educación superior y lo que en términos generales llamaría “la política del conocimiento”. Una reflexión de la que personalmente he aprendido mucho, y que me parece fundamental que pueda darse (aunque no saldarse) en la universidad, como una legítima pregunta del conocimiento, una pregunta por sus condiciones sociales, que son tanto sus *determinaciones sociales* como sus *efectos* en la sociedad. Este no siempre ha sido el caso en mi país, la Argentina, que si por un lado cuenta con un impresionante sistema de universidades públicas nacionales con acceso irrestricto y gratuito, por otro lado tendió a resguardar por muchos años a lo que podríamos llamar “la academia” de una reflexión respecto tanto de sus determinaciones como de sus efectos sociales.

Durante muchos años, en efecto, la idea de garantizar un conocimiento independiente –identificada sin mayores demoras con el problema de la autonomía universitaria– parecía requerir para demasiados agentes del sistema nacional de ciencia y tecnología un no-pensamiento del conocimiento como fuerza social, es decir, como instancia de reproducción y transformación de ciertas relaciones sociales y relaciones de producción dominantes en un momento determinado de la historia de nuestro país. Esa reflexión, que sin embargo nunca dejó de tener lugar, lo tenía entonces de modo marginal para aquello que el conocimiento consideraba su centro, fundamentalmente en revistas de crítica y debate cultural

que, aunque estaban conformadas por nuestros mismos profesores universitarios, al tratar estos temas parecían condenadas a hacerlo desde el exterior, como si estuvieran trayendo un cuerpo extraño al conjunto de preguntas consideradas legítimas por la institución. Pero esta paradójica situación de autoextrañamiento –por la cual los que participaban de la universidad y la docencia de nivel superior debían alienarse para poder pensar su práctica en ellas–, tenía como resultado una paradoja aun mayor: el núcleo interno de la producción nacional de conocimiento –y pienso no solo en las universidades nacionales sino también en el Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET)– podía formular cualquier pregunta salvo intentar conocer sus propias *condiciones de producción de conocimiento*, es decir, salvo interrogarse por las herencias críticas implicadas, pero también por las dominantes sociales acríticamente proseguidas, al interior de las facultades e institutos de investigación a la hora de producir conocimiento. Así, por ejemplo, durante los años noventa del siglo pasado, pudieron imponerse dentro de las universidades y los sistemas de ciencia y técnica de la Argentina parámetros de productividad, competitividad y formas de flexibilización del trabajo idénticos a los que el neoliberalismo impulsaba simultáneamente para el resto de la sociedad, pero que, en el caso de nuestras producciones intelectuales, en general resultaban invisibilizados bajo el supuesto de un conocimiento independiente, regido exclusivamente por sus propias lógicas inmanentes de producción. Y esto sucedía incluso en las disciplinas, como la Sociología, de la que yo provengo, dedicadas al estudio de la sociedad, sus tendencias y sus principales efectos sobre todo tipo de prácticas en una coyuntura histórica determinada.

Pues bien, creo que, a contramano de esa idea de “independencia del conocimiento”¹, plantear la pregunta por los aportes de las

¹ Que podríamos considerar como resultado del devenir ideológico de la búsqueda de autonomía del conocimiento. El pasaje del reclamo de una autonomía pendiente y deseada, a la afirmación de una independencia actual, señala la deriva ideológica del término si entendemos por “ideológica” la pretensión de autosuficiencia que querría borrar de un solo golpe las huellas de los lazos que –para bien o para mal– nos unen a lo que no somos nosotros mismos y, así, arruinan el sueño de los orígenes absolutos y propios, el sueño de la in-dependencia. En este sentido podríamos decir que “ideológica” es la idea de una “ciencia independiente” en tanto ella no podría constituirse sino al precio de olvidar su determinación social y su dependencia de todo aquello que, proveniente de la sociedad, se prosigue en los temas, lenguajes, métodos, congresos y revistas científicas.

humanidades, artes, ciencias sociales, de la comunicación y educación en las sociedades contemporáneas, tal como ustedes han propuesto en este encuentro, resulta una oportunidad no solo para pensar el compromiso social de nuestras producciones, sino también las condiciones de su autonomía. Una autonomía del conocimiento que no puede depender de la ilusión de independencia, sino que está atada a una interrogación seria por las condiciones en las cuales un conocimiento que se sabe socialmente determinado sería capaz de producir, a su vez, una diferencia respecto de los modos socialmente dominantes para volver sobre ellos una mirada crítica. El conocimiento que busca *producir* su autonomía –porque y cuando comprende que lo que está en juego no es simplemente un “estado” a alcanzar o perpetuar confiadamente sino una tarea pendiente o un frágil legado siempre en peligro de perderse– no es el que se declara independiente de la sociedad –como sí hace el academicismo con su reivindicación de una ciencia pura–, sino el que persiste en una reflexión sobre las formas en que *está afectado de sociedad*. Por eso mismo, es también el conocimiento que, en sus prácticas, intenta hacer algo más que limitarse a reproducir los modos sociales dominantes. Y, en este sentido, el conocimiento que busca su autonomía y que no es el que se reclama “independiente”, tampoco es aquél que concibe su “compromiso social” como una mimesis de lo social más vigente y no cesa de declarar su utilidad inmediata para el –supuesto– “afuera”, sino aquél que no ha renunciado a *problematizar* su propia participación y “utilidad” sociales. Compromiso social y autonomía del conocimiento no constituyen términos antagónicos, sino que se presuponen mutuamente y se oponen conjuntamente a la idea de un conocimiento “desgajado”, incapaz de pensar sus relaciones históricas tanto con la promesa emancipatoria que la ilustración había cifrado en él, como con la relación –también postulada por ésta– entre saber y dominio, es decir, con la identificación de la potencia social con la capacidad de una sociedad para ejercer el control sobre el exterior y el interior. Así, desde el punto de vista de la teoría crítica de la sociedad, podríamos decir que aquel “conocimiento desgajado” es una abstracción, pero una abstracción que produce efectos reales en tanto favorece una concepción tecnocrática del conocimiento por la cual la tensión ilustrada entre emancipación y dominio se resuelve en favor del segundo de los polos al privilegiar el fortalecimiento de un conocimiento irreflexivo, reducido a medio técnico de resolución de problemas y orientado a fines sobre cuya relevancia no puede reflexionar.

Ahora bien, en favor de tal reflexión, no se trata solo de señalar ciertos límites y efectos sociopolíticos de la imaginación académica de un conocimiento puro –sin condiciones, condicionantes y consecuencias sociales–, sino también de interrogar en qué situación nos planteamos nosotros la pregunta por los aportes de las humanidades, artes, ciencias sociales, de la comunicación y educación en las sociedades contemporáneas. Creo que en términos generales –que habrá que especificar según cambiantes coyunturas nacionales– podríamos decir que se trata de una situación en la cual, si por una parte se valoriza el conocimiento como fuerza productiva y vector de ascenso social para los individuos privados que disponen de él, por otra parte se aceptan las producciones de las ciencias sociales, artes y humanidades a nivel social solo en tanto y en cuanto sean capaces de declarar, exhibir e incluso publicitar su *utilidad*, y esto ante la sospecha de que no la tienen.

No creo que la pregunta por la utilidad sea una pregunta simple, ni que dé lo mismo plantearla, para el caso de nuestros países, asociándola a políticas industrializadoras y democratizantes, o –por el contrario– al interior de proyectos de apertura y reprimarización de las economías nacionales que en términos sociopolíticos tienden a la marginación de amplios sectores de la sociedad. En relación a la Argentina, por ejemplo, esa pregunta por la utilidad estuvo presente inicialmente en los debates suscitados por la creación, en diciembre de 2007, bajo la presidencia de Cristina Fernández de Kirchner, del Ministerio de Ciencia, Tecnología e Innovación Productiva, una creación que promovió el desarrollo científico nacional intentando reducir los niveles de dependencia tecnológica del país, y que no trajo aparejada una segregación del área de ciencias sociales y humanidades sino que, a la inversa, potenciando un proceso que ya venía dándose desde hacía varios años, significó una ampliación del ingreso a carrera de investigador de CONICET así como del acceso a becas por parte de investigadores provenientes de estas áreas².

² Según señaló el nuevo presidente del CONICET en el conversatorio “Las Ciencias Sociales y las Humanidades y el sistema científico en la Argentina” entre los años 2006 a 2012, el crecimiento de estas áreas respecto de las de Ciencias Básicas, fue del 217%, y ellas constituyen hoy la segunda gran área temática después de Ciencias Biológicas y de la Salud en el CONICET. <http://www.conicet.gov.ar/el-dr-ceccatto-participo-de-un-conversatorio-en-el-centro-de-investigaciones-sociales>. Página consultada el 15-10-16.

Esta apertura del sistema nacional de ciencia y tecnología, que no representó la traducción a números de las conclusiones de un debate público previo sobre la importancia de las ciencias sociales y humanidades, sí contribuyó –no obstante– a que discusiones hasta entonces periféricas a la academia adquirieran mayor visibilidad y contundencia en ella y en la sociedad en su conjunto. ¿Qué producen las ciencias sociales, las artes y humanidades? ¿Cómo lo hacen, y en qué relación con la sociedad? ¿Cómo es que deben ser evaluadas y por quién? Junto con otros hechos de suma relevancia, toda una serie de políticas públicas coadyuvaron –tal vez sin proponérselo explícitamente– a la formulación de estas preguntas. Entre esos hechos, que sería imposible enumerar aquí, quiero destacar tres:

- 1) la creación, entre 2002 y 2010 de doce nuevas universidades nacionales públicas y gratuitas cuya población está constituida en un 80% por primera generación de estudiantes universitarios³,
- 2) el acompañamiento, en el año 2008, por parte de la delegación argentina, de la Declaración Final de la Conferencia Regional de Educación Superior, reunida en la ciudad colombiana de Cartagena de Indias, donde se sostiene que la Universidad es un bien público y social, un derecho humano universal y una responsabilidad de los Estados que nos interesa a todos y nos importa como pueblo y como país,
- 3) el aumento, entre 2003 y 2013, del presupuesto del CONICET (que pasó de 260 millones en el 2003 a 2.900 millones en 2013), y de la cantidad de investigadores –que se duplicó– y de becarios –que se cuadruplicó– (3.804 y 2.221 respectivamente para 2003, y ascendió ese número diez años más tarde a 7.194 investigadores y 8.553 becarios).

³ En el año 2002, se constituyó la Universidad Nacional del Noroeste de la Provincia de Buenos Aires; al año siguiente, la Universidad Nacional de Chilecito; en 2007, la Universidad Nacional de Río Negro y la Universidad Nacional del Chaco Austral. En 2009, surgieron la Universidad Nacional Arturo Jauretche, la Universidad Nacional de Moreno, la Universidad Nacional de Tierra del Fuego, Antártida e Islas del Atlántico Sur, la Universidad Nacional de Villa Mercedes, la Universidad Nacional del Oeste y la Universidad Nacional de Avellaneda; y, por último, en 2010, la Universidad Nacional de José Clemente Paz.

Junto con otorgar visibilidad al interés del conocimiento para el conjunto de la sociedad y a su carácter de derecho social, incluso en los niveles superiores⁴, este contexto político y social favoreció la generación de un proceso reflexivo al interior de la academia sobre la cuestión del rol social del conocimiento en general, y en el cual también las ciencias sociales y humanidades fueron interrogadas y se autointerrogaron no solo en términos de su “utilidad”, sino también –y como parte de ese mismo proceso reflexivo–, en términos de su “*relevancia social*”.

Quiero enfatizar el interés de este desplazamiento *desde* la pregunta por la “utilidad” *hacia* la pregunta por la “relevancia social” de las producciones de las artes, las ciencias sociales y las humanidades. Hace un momento señalaba que a mi entender aquella pregunta por la utilidad del conocimiento no es una pregunta simple, ni da lo mismo plantearla en contextos desarrollistas e inclusivos o de reprimarización de nuestras economías nacionales. Pero esa pregunta por la utilidad sí es, en cualquier caso, una pregunta situada, y anclar esa pregunta mostrándola como algo tan particular y devenido como las mismas formas que adopta la producción de conocimiento en un momento determinado –cosa que al pensamiento utilitario en sí mismo le resulta irrelevante cuando no un movimiento obstaculizador– constituye a mi entender uno de los principales aportes de nuestras ciencias, artes y humanidades a la sociedad. En tanto resisten la naturalización de las preguntas y las interpelaciones para las cuales elaboramos respuestas sobre nuestras prácticas, persistiendo en suspenderlas para interrogarlas por su sentido y condiciones de emergencia, las ciencias sociales, las artes y las humanidades vuelven legible la situación histórico-política en que son formuladas y ponen en crisis su supuesta neutralidad, apoliticidad o eternidad, y habilitan además la formulación de otras preguntas. Por caso, la pregunta por la *relevancia social* del conocimiento.

¿Es lo mismo preguntarse por la *utilidad* del conocimiento que por su *relevancia social*? Creo que no, porque esa “relevancia” puede asociarse no solo –de modo positivo– a la implementación de políticas ya trazadas, sino también a la problematización de los términos en los cuales esas políticas son pensadas. Dicho de otro modo, creo

⁴ Derecho a la educación superior cuya efectivización suponía, a su vez, la generación de condiciones materiales para que los sectores más desfavorecidos pudieran acceder y permanecer en la universidad.

que un conocimiento socialmente relevante no es necesariamente un conocimiento “útil”, no porque sea “inútil” sino porque se relaciona críticamente con aquellos que, en un momento determinado, aparecen como los límites intraspasables de la imaginación política y social; y se relaciona críticamente con esos límites no necesariamente porque los impugne, sino porque los sitúa –es decir– los ancla en condiciones específicas cuya mutabilidad y diversa potencialidad emancipatoria pone así mismo de relieve.

En la Argentina reciente tal vez no fueron “útiles” pero sí socialmente relevantes las producciones de las ciencias sociales y las humanidades, que pusieron de relieve lo pendiente de la justicia y lo persistente del daño en relación a los delitos de lesa humanidad cometidos por la última dictadura cívico-militar; fueron socialmente relevantes las producciones de las artes, que persistieron en la elaboración de una memoria colectiva experimentando en novedosas formas de representación de los sufrimientos colectivos padecidos durante esa dictadura. También fue socialmente relevante, aunque tal vez no “útil”, el involucramiento de las ciencias de la comunicación en la reconceptualización de esta última como una potencia social que no podía ser administrada por monopolios comunicacionales bajo la estrecha lógica mercantil; y, finalmente, fue socialmente relevante la insistencia de todas estas áreas en su conjunto en la educación –incluida la superior– como un derecho social cuya efectivización debía ser colectivamente garantizada y no librada a los avatares del mercado o las dispares capacidades para hacer carrera de los individuos aislados.

Todas estas intervenciones socialmente relevantes de las ciencias sociales, las humanidades, y las artes tuvieron que poner en crisis sentidos sociales cristalizados de la justicia, la memoria, la comunicación y la educación, y lo hicieron conmocionando su supuesta evidencia, extrañándolos de su sentido habitual y obligándolos a pensarse a sí mismos en lo que tenían de restrictivos, limitados, injustos. Pero en esa crítica *de* lo social tampoco el sujeto de la crítica quedó indemne, sino que el proceso reflexivo volvió también sobre una cierta idea de “crítica” –demasiado rápidamente identificada con la “denuncia” que se realiza desde un lugar seguro–, y sobre la idea de “universidad”, obligada a pensarse como algo más que un claustro resguardado de ideologías y relaciones de poder, obligada a pensarse en su elitismo y en su funcionalidad respecto al orden allí donde perdura –como señalaba Ezequiel Martínez Estrada, hace ya muchos años– como un sitio en el cual “se adquiere el hábito de

estar seguro casi siempre de lo que se piensa, porque se piensa en lo que es seguro o está ya asegurado”⁵.

La relevancia social de estas potencialidades negativas del conocimiento social, las humanidades y las artes, que demostraron su enorme productividad durante los últimos años, precisa ser subrayada en condiciones –como las de la Argentina actual– en que los horizontes de la vida pública del país parecen cerrarse sobre sí mismos para consagrarse a la mera restitución de una “normalidad” supuestamente ya dada en el pasado y perdida durante la última década. Cuando “volver a ser normales” se transforma en la consigna dominante, y la abstracta inclusividad de un “todos”, que hace de la positividad su ideología declarada, deviene en la norma, la negatividad reflexiva se convierte en una suerte de último recurso contra el radical empobrecimiento del lenguaje y la experiencia.

Pero esas potencialidades negativas y reflexivas que no encajan plenamente en los parámetros establecidos por el par utilidad/inutilidad resultan socialmente relevantes no solo en el sentido de habilitar una crítica y potencial expansión de los horizontes sociales vigentes, sino también en el de favorecer modos “no securitaristas” de lidiar con la contingencia ante la ampliación de los márgenes de incertidumbre vital y vulnerabilidad asociados a los desarrollos contemporáneos del capitalismo financiero globalizado. Si el elemento que llamamos “securitarista” viene asociado a lo que antes referíamos como el aspecto instrumental del proyecto ilustrado de conocer (conocemos para estar seguros, para adquirir un cierto poder sobre aquello que nos causa temor), el potencial de reflexión, que pone de relieve el carácter devenido y por lo tanto contingente de los órdenes estatuidos, señala por ello mismo lo limitado de una fantasía del control total de la existencia que necesariamente reproduce el miedo como sinónimo de la vida en el mismo movimiento en el que querría desprenderse de él “de una buena vez” eliminando a sus supuestas causas “evidentes”. Todos los estereotipos sociales que, en la historia, sistemáticamente han tendido a proliferar en épocas de incertidumbre como las que despliega el capitalismo actual, han probado su invulnerabilidad frente a la pregunta instrumental “¿Qué hacemos con ellos?”, pregunta que –aún con las mejores intenciones– ha tendido más bien a reforzarlos.

⁵ Martínez Estrada, E.: “Técnica”, revista *Artefacto*, N° 3, Buenos Aires, 1999, p. 157.

El movimiento de disolución de esas evidencias como tales evidencias, favorecido por las potencialidades reflexivas de las ciencias sociales, artes y humanidades, podría constituir –en cambio– una de las tareas socialmente claves del presente en tiempos que no prometen la reducción de los márgenes de incertidumbre sino su aceleración y acentuación por parte del neoliberalismo triunfante, y, junto con ellas, la acentuación de las tendencias securitarias en nuestra sociedad. Pero el desarrollo de dichas potencialidades negativas, reflexivas y críticas, desarrollo que pondría de relieve la relevancia de ciertas disposiciones presentes en nuestras prácticas productivas específicas, requeriría asimismo de un trabajo autorreflexivo incesante de nuestras disciplinas sobre sí mismas; un trabajo gracias al cual ellas pudieran someter a crítica sus propias tendencias a la reproducción y/o estetización de las tendencias sociales dominantes. “Crítica de la sociedad es crítica del conocimiento y viceversa”, decía Theodor Adorno⁶. Momentos peligrosamente autoritarios, privatistas y desigualitarios como el que nos toca transitar, reclaman esas críticas que sin duda no podrán ser producidas desde ningún interior impoluto, pero tampoco –dado el estado de nuestra sociedad– en ausencia de las ciencias sociales, las humanidades y las artes.

⁶ Adorno, Th.: “Sobre sujeto y objeto”, en *Consignas*, Madrid, Amorrortu, 2003, p. 149.

Educación superior y lógicas de mercado

Carlos Ruiz Schneider
Universidad de Chile

Muchas gracias por la invitación. Voy a tratar de mantenerme dentro de los veinte minutos y para partir quiero señalar que voy a enfocar mi análisis sobre todo en relación con la educación y la educación superior; en segundo lugar, tendría que decir que en su mayoría las disciplinas humanísticas se cultivan en instituciones como las universidades que están por lo general enmarcadas en leyes de educación superior y a su vez dependen de políticas de educación superior que en general les fijan un lugar subordinado, sobre todo comparado con el ámbito de las leyes y políticas de ciencia y tecnología, lo que ha salido también en las primeras exposiciones. Me parece, en el caso de las normas que se aplican en nuestro país, que esto define una fuerte orientación funcional a la producción y la economía que constriñe el lugar propio de las disciplinas como las humanidades o las artes. Entonces voy a partir mi exposición con un breve diagnóstico de esta situación en Chile, sobre todo centrándome en un aspecto, para en la segunda parte, enfocarme en el tema al que se nos pide que contribuyamos, es decir, cuál puede ser el aporte de la humanidades, las artes a la sociedad actual.

En primer lugar, trato el tema del diagnóstico. Me parece que el diagnóstico de la situación de la educación superior, especialmente el de las universidades, está enmarcado en Chile *dentro de una visión más general del campo de la educación. A pesar de que hay una autonomía bastante notoria del campo de la educación superior y universidad frente al campo educacional, si uno examina esto con más perspectiva se ve que hay líneas que son muy similares entre el campo general de la educación y el campo de las universidades donde repito, se sitúa el impacto fundamental de nuestras disciplinas o el cultivo fundamental de estas. Ahora como lo señalan en Chile cientistas sociales, por*

ejemplo los sociólogos Alejandro Carrasco y Alejandra Falabella, hay un enmarcamiento en Chile de la identidad de los académicos que en primer lugar, minimiza su rol público y que está articulado a lo que ellos llaman una especie de hegemonía de la performatividad en la formación de nuevas subjetividades en todo el ámbito de la cultura, especialmente en la escuela. Ahora esto es algo que ellos identifican con el nuevo tipo de Estado al que nos enfrentamos hoy; varios autores lo han identificado en el campo cultural, educativo con lo que denominan un Estado evaluador, que no promueve ni da una orientación en común sobre los fines de la vida social, sino que deja la elección de los fines a los individuos y la competencia en el mercado libre de las ideas, aunque tampoco confía plenamente en los mecanismos del mercado. A esto responde un poco esta extraña vuelta del Estado, de una manera muy distinta de lo que fue el Estado hasta los años 70, pero que está presente hoy día en este enmarcamiento de la actividad intelectual.

Lo primero que le compete a este Estado, es evaluar a todas estas formas de gestión intelectual, privadas o no, de acuerdo a resultados en términos de publicaciones, proyectos de investigación, etcétera. De esto depende la permanencia, promoción o el final de las carreras académicas. Parece claro que este espacio de guerras hobbesianas de todos contra todos por la publicación y los proyectos de investigación, no es un ambiente demasiado propicio para perder el tiempo preocupándose de temas de interés público que no reeditúan mucho ni para los individuos, ni para las instituciones. Dos de los más importantes sociólogos de la educación actual Stephen Ball y Deborah Youdell; me excuso de citar tantos autores europeos y anglosajones, pero en verdad creo que en el campo de las humanidades, las artes y las ciencias sociales compartimos muchos temas hoy en día con lo que está pasando también en el norte, entonces yo creo que son muy útiles para nosotros. Ball y Youdell, profesores del Instituto de Educación de la Universidad de Londres, describían estas nuevas tendencias en la gestión de la educación conectándolo con los nuevos modelos de “gestión pública” y de “modernización del Estado”, ambos términos entre comillas porque son términos técnicos que no son usados de cualquier manera, sino que están caracterizados por contextos significativos muy específicos. En esta nueva gestión pública y la modernización del Estado se caracterizan por lo siguiente: su objetivo es el marco, la supervisión y la revisión de los resultados, así como la recompensa a los logros de los resultados y estas son concebidas como sus herramientas principales de

gestión. Precisamente la gestión de resultados es un método concebido para lograr un estado continuo de revisión, evaluación y mejora en las organizaciones. En la práctica la gestión de resultados se apoya en el uso de bases de datos, en reuniones de evaluación, revisiones anuales, elaboración de informes, visitas de supervisión de la calidad, inspecciones y revisiones paritarias. Esto lo señalan ellos haciendo una especie de fenomenología de esta nueva mirada sobre la educación y sobre la producción intelectual. Para estos autores esta forma empresarial de gestión supone, cito, “la adopción de una nueva forma de poder del sector público”, que es el sector que les interesa porque el sector privado, funciona ya según esta lógica. Ella desempeña un papel fundamental en el debilitamiento y división de los sistemas de ética profesional del proceso de toma de decisiones, así como en su sustitución por otros sistemas de carácter empresarial y competitivo. Este remplazo en la ética de servicios por la ética de la competencia implica lo que otro sociólogo Richard Sennett denomina la “corrosión del carácter” en uno de sus libros importantes (*La corrosión del carácter, las consecuencias personales del nuevo capitalismo*, Editorial Anagrama, Barcelona, 2000).

Esto, entonces, muy brevemente sobre este marco general. Y aquí habría entonces que agregar que esta funcionalización económica productiva de la educación, de la educación superior, de la universidad y de las disciplinas que se contienen en ella incluye, por cierto, el uso de otras formas de conceptualidad también, no solo esta nueva idea del Estado, que controla resultados, y que se centra en los resultados y ya no en lo que es la administración más tradicional. También la orientación de este Estado evaluador está vinculado con esquemas conceptuales de tipo económico, y aquí el concepto que aparece como más destacado, es el concepto de capital humano.

Este es un concepto, como ustedes saben, producido originalmente por Theodore Schultz, un economista de la escuela de Chicago. Gary Becker, otro economista vinculado al neoliberalismo y Schultz, son los grandes pilares de este concepto de capital humano, que en el fondo tiende también a subrayar el papel de la gestión, pero esta vez a nivel personal, la gestión de las carreras de los académicos, la gestión de las carreras de los profesionales, en fin. En esta gestión tiene un papel central la educación. Esto es algo presente en América Latina hace bastante tiempo. En los 60 se empezó a hablar de capital humano; de hecho Theodore Schultz asistió a una conferencia muy importante sobre educación en esa década que se realizó en la CEPAL. Pero el sentido cada vez más individualizado de esta

gestión del capital incorporado como conocimiento a las personas, es algo relativamente nuevo en esta orientación del concepto. A mi juicio este contexto es muy importante de tener en cuenta, cuando se examina, o cuando uno se hace las preguntas por la función social o por la relevancia social de nuestras disciplinas, de nuestros saberes, porque introduce una dimensión mucho más amplia de cuestionamientos. No estamos solamente ante una especie de discriminación más o menos arbitraria que se produce hacia nuestras disciplinas, sino más bien responde a esta irrupción y a este afirmarse de una nueva forma de concebir al Estado, a una nueva forma de concebir al conocimiento dentro del Estado. Tiene que ver con la idea de economía del conocimiento, de sociedad del conocimiento. Pero hay que tener claro que el conocimiento y la economía, el conocimiento y la sociedad del conocimiento de las que se habla son estas formas de conocimiento fuertemente finalizadas por el aumento de capital humano, por ejemplo, o en relación a la medición de resultados, la medición y la rendición de cuentas en función de resultados como algo que va perfilando nuestras carreras como académicos.

Ahora, en la segunda parte de mi presentación, quería referirme un poco a la pregunta que se nos hace por el aporte, de las ciencias, de las humanidades, de las ciencias sociales a la sociedad.

Quiero partir por referirme a ciertos autores por ejemplo, Jürgen Habermas que en un texto de los años 70, sostenía que no se trata de que las ciencias humanas, la filosofía o el arte no tengan o no estén de alguna manera vinculadas a intereses. Esto porque todas las disciplinas se articulan y organizan en torno a intereses, pero estos son distintos. Habermas proponía la idea de que todos los tipos de conocimientos se orientan por alguna forma de interés, el interés técnico, por ejemplo, daría sentido a las ciencias que llama empírico-analíticas, como la física o la biología, que tienen siempre un interés técnico en el horizonte. A su vez, las ciencias históricas o las ciencias del lenguaje tendrían un interés de comprensión de las situaciones humanas a las que denominan interés histórico hermenéutico. Y por último, tras las ciencias sociales y la filosofía política, por ejemplo, habría finalmente un interés que él llama emancipatorio, un interés por la liberación que se manifiesta en el carácter crítico de estas ciencias. El nuevo enmarcamiento que hemos descrito deja, precisamente, este tipo de interés constitutivo de ciencia y conocimiento fuera del juego por así decirlo, porque no hay dentro de estas nuevas concepciones del Estado, del valor económico del conocimiento, etcétera, algo así como el reconocimiento del papel

importante que pueda tener y un interés crítico, un interés de liberación; esto es algo que queda fuera o fuertemente marginado en el caso del perfil académico de nivel intelectual.

Querría, en lo que sigue, desarrollar algo más estas mismas ideas en función del aporte de dos filósofas norteamericanas, que son Amy Gutman y Martha Nussbaum, quienes en trabajos publicados en épocas distintas, insisten sobre cuál podría ser este papel de las humanidades, de la filosofía, de las artes en nuestra sociedad contemporánea.

El trabajo de Gutman es interesante a propósito de lo que decía la colega, porque ella hace esta mirada en función de una visión liberal del conocimiento y de la cultura. Pero subraya que habría dos orientaciones dentro de esta visión liberal, una más bien utilitaria y la otra guiada por concepciones de los derechos, de un liberalismo más igualitario y kantiano en su origen. Hace un análisis muy interesante sobre lo que significa esta guía del conocimiento por la utilidad, pero se centra más bien en lo que ella define como los derechos, que tiene a la libertad como concepto central e inspirador. Dice: la educación debiera también proveer a los niños de habilidades para concebir y evaluar modos de vida, y los sistemas políticos que se le adecuen; y que estos puedan ser diferentes de los que encuentran en su propia sociedad o en cualquier sociedad, fin educacional que se basa a menudo en la idea de que el conocimiento debería buscarse por sí mismo, es decir es función del desarrollo del intelecto y sus capacidades lógicas o imaginativas. Según nuestra filósofa, la educación en literatura, historia, antropología y filosofía política, por ejemplo, nos da un tipo de libertad para pensar más allá de los límites de la vida política y la vida privada establecidas. Tal conocimiento es necesario para apreciar completamente y para criticar el sistema político y la elección de modos de vida que hemos heredado. Uno debiera concluir de esto que este conocimiento es un prerequisite para ser un buen ciudadano democrático, pero que no es el tipo de conocimiento del que un gobierno democrático es probable que dependa para su mera subsistencia o para maximizar su bienestar, como en el caso de un proyecto utilitarista. Entonces esta es una visión que me parece muy importante para nuestro tema.

Y cierro con una reflexión de Martha Nussbaum que incorpora este argumento a las humanidades en general. Y lo que ella sostiene es que entre los aportes de las humanidades y de la literatura especialmente, uno de los que considera más importantes es lo que denomina imaginación narrativa.

Dice en *El Cultivo de la Humanidad*¹, que es una defensa clásica de la reforma en la educación liberal, que la imaginación narrativa significa la capacidad de ponerse en el lugar de otra persona, de ser un lector inteligente de la historia de esa persona y comprender las emociones, deseos y anhelos que alguien así pudiera experimentar. Esto es muy importante, si la tercera capacidad que nuestros estudiantes deben alcanzar –junto a la de pensar por cuenta propia y a la de pensar coherentemente– es la de entender los significados de la acción de los demás mediante la imaginación. Y se apoya en un jurista norteamericano para concluir sobre esto que existen muchas formas de pensamiento y de expresión, en la amplia gama de manifestaciones humanas, de las cuales el votante, el ciudadano, deriva el conocimiento, la comprensión y la sensibilidad de los valores humanos, la capacidad de emitir un juicio sano, y objetivo; que debiera expresarse, en lo posible a través del voto.

Y concluye que precisamente por esto, el pueblo necesita de las novelas y del teatro, de las pinturas y de los poemas, se podría agregar tal vez el cine, porque se le ha llamado a votar y por lo tanto tiene que imaginar también lo que pasa con los demás, lo que pasa con los otros. Y esto es algo que puede ser una contribución de las humanidades. Muchas gracias.

¹ *El Cultivo de la Humanidad*, 2005, Paidós, Barcelona.

Pensar lo contemporáneo desde las ciencias sociales

Roberto Aceituno
Universidad de Chile

Muchas gracias por la invitación a participar en este encuentro que considero muy relevante, no solo para las disciplinas que se encuentran concernidas en lo que estamos discutiendo, sino que me parece muy relevante también para la Universidad y para el país.

Para abordar esta enorme pregunta sobre el papel que las ciencias sociales, las humanidades y las artes pueden cumplir en las sociedades contemporáneas, mi intervención va a contener cuatro puntos, todos de alguna manera relacionados. Para fines de dejar indicadas algunas problemáticas más que desarrollarlas en extenso, prefiero discutir las por separado.

El primer punto se refiere a un aspecto del título de la mesa, que está implícito en la discusión hasta acá pero que no se ha abordado en específico; se refiere a la noción de “lo contemporáneo”, un tema que personalmente me interesa mucho porque ha sido mi línea de investigación en los últimos 20 años, especialmente en lo que se refiere a las consecuencias que en el plano de las subjetividades producen las transformaciones sociales y culturales en las últimas décadas y, más específicamente, en lo que se ha denominado la condición neoliberal. No me voy a referir en específico a ese tema pero dejo indicado que me parece importante pensar que uno de los efectos más permanentes de eso que llamamos la condición neoliberal, pasa precisamente por la constitución de subjetividades, de las cuales no tenemos mucha noticia, precisamente porque son demasiado contemporáneas, es decir necesitamos una distancia histórica para poder pensarlas. Lo que me importa destacar un poco más es esta idea de lo contemporáneo entendida como un desafío intelectual, un desafío para las ciencias sociales, y también para el arte y las comunicaciones.

Sobre ese tema quisiera indicar simplemente un problema, una paradoja. Evidentemente, pensar lo contemporáneo requiere pensar la historia; es decir, no es pensable una reflexión sobre la contemporaneidad que no sea o que no incluya al mismo tiempo una reflexión histórica; lo paradójico es que eso que nos parecería muy obvio, es decir que no podemos pensar lo actual sino en función del pasado, de la historia más o menos reciente o más o menos lejana, hoy en día no es tan evidente, porque precisamente uno de nuestros rasgos culturales, discursivos, subjetivos incluso es negar la historia; entonces hay un problema porque ¿cómo podemos pensar nuestra contemporaneidad si al mismo tiempo estamos negando o rechazando la historia? Ese es el primer punto que quiero dejar indicado: cómo pensar esto contemporáneo que aparece muchas veces en los títulos de nuestras preguntas.

El segundo tema que quiero dejar planteado, tal vez para la discusión, se refiere a esta idea que se ha vuelto casi un lugar común en nuestras reflexiones, el rol de lo interdisciplinario. Se ha vuelto un cierto lugar común porque, incluso a propósito de la discusión que se ha dado acá, lo interdisciplinario puede quedar consumido por las lógicas diría yo mercantiles del conocimiento tal cual se ha diagnosticado en las presentaciones precedentes, y eso es uno de los riesgos diría yo de producir nociones que no somos capaces de transformar en acciones políticas; que se pueden volver una especie de lugar común que termina por servir intereses contrarios a los que están a la base de la idea de la interdisciplina. A mi juicio la idea de lo interdisciplinario tiene pertinencia para nuestro trabajo en varios planos. Uno, porque de alguna manera restituye el valor de la cooperación; algo que parece tan obvio, pero que se ha vuelto completamente excepcional, como se ha discutido hasta acá; porque no solo los académicos, los investigadores tenemos que estar compitiendo unos con otros en función de recursos, sino que también nuestro propio diagnostico demuestra al parecer que las disciplinas debieran fortalecerse unas en perjuicio de las otras. Entonces en primer lugar lo interdisciplinario nos exige restituir en parte el valor de la acción colectiva, la acción conjunta, cooperativa en el ámbito de la producción del conocimiento. En segundo lugar, y esto es parte de un programa de un proyecto de investigación que desarrollamos con académicos de varias facultades de la Universidad al alero de la Iniciativa Bicentenario que se llama LAPSOS –Laboratorio de Prácticas Sociales y Subjetividades–, lo interdisciplinario nos sirve o nos ha servido para introducir innovaciones teóricas y

metodológicas, sin las cuales algunos problemas no serían, diría yo, visibles, o no serían pensables; es decir, los problemas precisamente contemporáneos muchos de ellos son resistentes a ser vistos y analizados a partir de la teorías o metodologías de las que disponemos tradicionalmente. Entonces, la interdisciplina a veces nos ofrece la posibilidad de inventar, de crear nuevas formas de acceso, de análisis e incluso de intervención en esas realidades. Un ejemplo, una referencia tal vez muy específica al respecto, tiene que ver con lo que nosotros trabajamos en el orden, en el plano de la pregunta por el malestar en Chile. Generalmente la pregunta por el malestar en Chile, se investiga o se estudia en función de encuestas de opinión, en investigaciones de grupos focales, en fin, pero nosotros hemos tratado justamente de innovar en ese sentido, buscando otras formas del malestar, por ejemplo a partir de lo que nosotros llamamos, apoyándonos en algunos autores, la condición figurativa del malestar; entonces por ejemplo hay colegas de artes visuales que junto con antropólogos e incluso psicoanalistas trabajamos sobre la inscripción del malestar en el espacio público, pero la inscripciones no como representaciones sociales, que es la forma más tradicional de utilizarlas, sino estrictamente como inscripciones, es decir, una forma de hacer visible lo que en otro plano no puede ser pensado ni reconocido como tal; en ese sentido nos sirve mucho una cita, una referencia de Wittgenstein cuando dice que lo que no se puede decir hay que mostrarlo. Es decir donde las formas de presentación figurativa –y esto concierne al arte también– están en lugar de aquello que en otro plano no puede ser representado.

En tercer lugar, me parece que –y esto tiene que ver con la discusión en torno al conocimiento científico– un aporte de las ciencias sociales, las humanidades y las artes en este contexto, el hecho de tener que introducir el valor del pensamiento en oposición al valor del puro saber. Nos hemos acostumbrado, incluso en la propia universidad, a creer que nosotros producimos conocimiento en la medida que sabemos más cosas, por decirlo de manera muy simple; y probablemente mucha gente que sabe muchas cosas piensa muy poco, y a la inversa, hay quienes tienen gran capacidad de pensamiento y no saben mucho. Entonces, situar el aporte de estas disciplinas en ese contexto, le da un valor distinto a la producción que desde ahí se puede realizar.

Y eso tiene que ver con un cuarto y último punto, que es la frecuente pregunta por el rol de la academia y de la investigación científico social de las humanidades y las artes en la política pública.

Al respecto, solo dejo indicado dos aspectos. Uno que tiene que ver con el punto anterior: la introducción del pensamiento en la producción del saber, el otro con algo que parece obvio pero que no es para nada evidente hoy en día: la integración de la política y la cultura. Yo creo que una de las cosas más evidentes de las condiciones actuales –que nos tienen tan deprimidos a muchos–, es justamente que la política está completamente divorciada de la acción cultural, lo que tiene que ver con la primera presentación, porque es un desafío mayor, no solo en el sentido de la cultura como la producción artística por ejemplo –obviamente– que la incluye sino que la cultura en un sentido mucho, mucho más amplio. Finalmente, en cuanto a la relación de nuestro trabajo con la política pública me voy a referir a un aspecto muy específico, algo que yo denomino la mediación institucional: si ustedes piensan donde se sitúa la mayor parte de los problemas hoy en día de la política pública, y esto es algo por todos conocido, en Chile al menos, no se encuentran, por así decir, en la gran política pública, la definición de un proyecto de Estado, ni tampoco en el ámbito específico de los movimientos sociales, el problema se sitúa más bien en esa zona intermedia, donde la política pública debiera operar y no ocurre, debiera estar vinculada a las prácticas sociales y subjetivas. Por ejemplo, voy a usar tres casos de hoy día: el SENAME, el Servicio Electoral y el Registro Civil, que son tres instituciones donde la política pública y el Estado debieran estar muy implicados en la práctica social de este sistema. No es casual que la crisis hoy en día del sistema político estalle por esas tres instituciones. Nosotros, desde la Facultad de Ciencias Sociales, estamos proponiendo aportar en uno de esos aspectos, es decir en poder darle densidad cultural, densidad científica podríamos decir, a una política pública de la infancia o del Sistema de Protección de la Infancia, sin la cual queda siendo un sistema absolutamente burocratizado y que traduce finalmente todos los vicios y perversiones del sistema político mayor. Concluyo con eso porque me parece que no solamente es necesario cuestionar nuestra exclusión en muchos ámbitos, sino también mostrar que podemos proponer y producir un conocimiento como se ha dicho acá relevante e incluso innovador en el ámbito de la política pública en general. Muchas gracias.

Panel II. “El Estatuto de la Investigación y Creación en nuestras disciplinas: la legitimidad social de la producción en las artes, humanidades y ciencias sociales”.

Modera: *Guadalupe Álvarez de Araya*
Universidad de Chile

Este panel está referido a la discusión sobre los actuales formatos de producción investigativa y creación en las áreas de las ciencias humanas y el arte, mediante un análisis sobre los elementos que han dado forma a los actuales espacios de desarrollo de las investigaciones y creaciones, así como sobre las instituciones del Estado, sociales y académicas, las y los investigadores, la definición de áreas, los procesos de evaluación y los recursos disponibles, etc. Desde lo anterior, y en relación a cómo se establece la investigación y la creación, se espera que las y los exponentes presenten sus posturas respecto de la adecuación de esta producción en el espacio de lo social, lo público y la academia.

Algunas Anomalías de la Aplicación del Modelo Productivo de Investigación en Humanidades

José Santos
Universidad de Santiago

Comenzaré con una constatación que podría parecer algo sorprendente para algunos: los vocablos producción, producto y productividad, para referirse a aquello que emana principalmente en forma de escritos del trabajo de investigación en las áreas de las humanidades, se han introducido hace relativamente poco en nuestro ámbito lingüístico. Hasta los años 80, al menos en nuestro país, no eran productos ni los libros, ni los ensayos, ni las conferencias, tampoco los artículos, las traducciones, etc. Todo esto no era conocido ni podía ser denominado producción, pues se trataba, al menos en el caso de las humanidades, de la obra o del trabajo de un estudioso, de un pensador, de un profesor. Hoy ya no se habla de obra, suena incluso pretencioso el hacerlo, el término parece reservado para algunos artistas, o para los grandes pensadores. La idea de obra ha sido sustituida por la de producción.

Es importante notar aquí que en el ámbito de la economía, puntualmente en el de la industria, es donde nacen y se utilizan más habitualmente estos términos. Ahí es donde se cargan de un sentido más acabado los conceptos de producción y producto. En este contexto, producto ha sido definido muy generalmente como aquello que una empresa, grande, mediana o pequeña, organización, ya sea lucrativa o no, o emprendedor individual, ofrece a su mercado de interés para lograr sus objetivos: utilidad, el impacto social, etc. Un producto, por lo tanto, no es simplemente algo producido, sino que es algo producido por un agente económico, empresa o emprendedor, con la finalidad de ofrecerlo a un determinado mercado. Es en este sentido en el que esta categoría se desplaza al mundo de la investigación, así debemos entenderlo cuando se utiliza para hablar de los productos de un determinado

proyecto de investigación; como algo que genera un investigador-emprendedor para un mercado académico con objetivos tales como obtención de becas, mejorar sus evaluaciones, incluso obtener dinero por concepto de premios, etc.

Nos hemos ido convirtiendo, creo, o nos ha ido obligando a convertirnos, en productores en un sentido puntual de producir textos. Las presiones de las que somos objetos para ello son múltiples y variadas. Tenemos, como se sabe, tanto de zanahoria como de garrote.

Por zanahoria me refiero a aquellos incentivos a la producción que han surgido en prácticamente todas las universidades chilenas. El mecanismo implementado es simple: se pagan en algunos casos cifras simplemente obscenas, por la publicación de un paper. El objetivo de estos sistemas es motivar a los académicos para que produzcan la mayor cantidad de textos posibles y además, que produzcan ciertos tipos de escritos. Se trataría de lograr que los académicos escriban la mayor cantidad de textos y que lo hagan a la mayor velocidad de la que sean capaces, en una palabra, es un incentivo a la producción.

Con lo de garrote se alude a las consecuencias que tiene el no tener una producción suficiente. Para nadie que trabaje en el mundo académico hoy en Chile es desconocido esto. Si los resultados en término de producción no son suficientes, no se consigue un trabajo o se es despedido del que se tiene, no se obtienen financiamientos para la investigación, o es mal evaluado en los informes que se entregan.

Como es evidente, el introducir un modelo productivo en el ámbito de la investigación en general, y en la investigación en humanidades en particular, ha tenido enormes y significativas consecuencias de las que creo muchas veces no somos tan conscientes. Por una parte están las consecuencias buscadas por aquellos que han propugnado la instalación del modelo, en primer lugar, el aumento cuantitativo de las publicaciones, de lo que se trata es de hacer crecer la cantidad de artículos en determinadas revistas. En el informe emanado por FONDECYT, de su memoria de 1981 y 2000, sobre su desempeño hasta la fecha, se hace ver que “La productividad, medida por el número de documentos producidos, ha aumentado significativamente. Mientras que en las etapas iniciales FONDECYT, cada proyecto terminado generaba 3.5 documentos, dicha cifra prácticamente se ha triplicado en los últimos Concursos, alcanzando valores medios aproximados a diez (10) documentos

por proyecto" ... en consecuencia, efectivamente se ha producido un aumento cuantitativo.

Una segunda consecuencia positiva buscada, es el aumento de publicaciones WOS, Scopus o SciELO. Las publicaciones de texto que se busca promover con el sistema no son la publicación de cualquier texto ni en cualquier medio. Lo que se busca estimular es la publicación de papers en revistas WOS o SciELO, a las que se agrega últimamente Scopus. No hay más que mirar los sistemas de evaluación curricular de FONDECYT, o detenerse en los criterios para otorgar los estímulos a la productividad en la Universidades para corroborarlo. El método, sin duda, ha sido exitoso en este punto. Un ejemplo de la casa: en el IDEA desde el año 2012 hasta la fecha, y sin que haya aumentado en lo más mínimo en su magnitud el corpus de académico, casi se dobló la cantidad de publicaciones de este tipo por año.

La implementación del sistema de producción ha tenido, sin embargo, muchas otras consecuencias sobre la investigación y sobre los investigadores, en humanidades particularmente. Algunas de ellas, sin duda, no podrían calificarse de positivas pues amenazan con socavar los fundamentos mismos del sistema de investigación. Muchas de estas consecuencias no fueron previstas por los creadores ni por los implementadores del sistema, o si es que lo fueron, no se tomaron en el momento medidas paliativas o de contención. Luego de al menos 35 años, se ha hecho evidente una serie de anomalías que causan graves problemas en el sistema. Dichas anomalías han sido puestas de manifiesto por diferentes estudiosos, sus voces, sin embargo, no han tenido una gran repercusión y en la actualidad estas anomalías amenazan, creo, con hacer colapsar el sistema completo de investigación.

Para hacer un bosquejo inicial de un panorama de lo que podrían ser estas anomalías distinguiré tres ámbitos. Por una parte, cuestiones de fondo o conceptuales, por otro, cuestiones de orden práctico o concreto, y por último, sin duda, aparecen problemas de orden ético o moral.

Como consecuencia de fondo o conceptuales voy a mencionar solo dos, aunque, sin duda pueden haber más. Menciono estas simplemente porque en este momento me parecen las más evidentes y las más fundamentales.

La primera se podría calificar de pérdida de dignidad del trabajo intelectual. Marx decía del capitalismo que degradaba las cosas rebajándolas a mercancías, haciéndolas zozobrar en su misma

dignidad. Se degrada en el sentido de provocar una pérdida de dignidad cuando se transforma el trabajo escritural en una mera producción, esto es, una simple producción de objetos transables. Los libros que escriben los académicos, los artículos, los ensayos que redactan y los papers que publican no son solamente productos. Detrás de ellos, en unos más que en otros, hay una gran cantidad de trabajo de investigación, años de estudio y preparación, interminables horas de lectura, etc. Una empresa fabrica productos con el objeto único y específico de venderlos en un mercado, de obtener utilidades con ellos, el valor de dichos objetos se funde entonces con su precio comercial y no tienen ninguna dignidad en sí. La distinción entre precio y valor, unido al tema de la dignidad, ya lo encontramos en Kant. Como decía el alemán, “aquello que tiene precio puede ser sustituido por algo equivalente. En cambio, lo que se haya por encima de todo precio, y por lo tanto, no admite nada equivalente, eso tiene una dignidad”. La dignidad para Kant alude a un valor interno que es completamente diferente del precio, que es un valor relativo. Esto se ve claramente en el caso del precio comercial, cuyo valor es relativo simplemente en lo que se esté dispuesto a pagar por un determinado objeto, servicio, etc. Eso es una primera consecuencia, la productivización y mercantilización provoca una clara pérdida de dignidad del trabajo intelectual.

Una segunda consecuencia que me parece que es de fondo dice relación con el control de la criticidad. Hace un par de años publiqué un texto que tuvo una sorprendente circulación en algunos ámbitos. El título del escrito era *La Tiranía del Paper*, y tenía el subtítulo: “Imposición institucional de un tipo discursivo”. Ese trabajo buscaba mostrar de qué forma la presión por publicar cierto tipo de escritos, en particular los papers, tiene graves consecuencias. Una de ellas era la evidente desaparición de otros tipos discursivos. El formato del paper tiende a colonizar el universo discursivo de las ciencias, en particular en filosofía por ejemplo, hay decenas de tipos discursivos y sin embargo, empiezan a extinguirse. El paper impuesto por una estructura institucional que busca eficiencia va imponiéndose como único modo valorado de escritura. Como traté de mostrar en aquel texto, sin embargo, detrás de esta imposición late un cierto temor, y usando un término de Foucault, una logophobia. Esta imposición es un ejemplo actual y contundente de una forma de controlar la peligrosidad del discurso de las humanidades en general, de dominar su proliferación, de organizar su incontrolabilidad, mediante la prohibición, mediante barreras, límites, y reglas.

Pasando ahora a consecuencias más de orden práctico. Dado este sistema que incentiva la producción y el temor a las consecuencias negativas que tiene para un académico no alcanzar un nivel aceptable de productividad, ha comenzado a producirse una serie de fenómenos muy concretos que son sumamente problemáticos para el mundo de la investigación científica y de las humanidades y que amenaza seriamente con hacer colapsar el sistema. Algunos de ellos son, en primer lugar, la sobreproducción o “publiquitis”: la amenaza y el incentivo sumados tienen como consecuencia casi inmediata el enorme aumento de producción de artículos, especialmente de aquellos que se envían para su publicación a estas revistas WOS, Scopus y SciELO.

Esto ya lo veíamos como una consecuencia deseable, sin embargo, dicho aumento en algunos casos se vuelve tan enorme que comienza a provocar problemas prácticos y concretos. Ya no se trata solamente del aumento de la producción sino, creemos, de lo que se podría clasificar de sobreproducción. Las condiciones de la competencia en la que estamos, la necesidad y desesperación de algunos casos por publicar ha desatado una “publiquitis” evidente. A ratos pareciera que todos andamos como locos escribiendo y escribiendo y enviando uno detrás de otro textos a revistas. Con ello se ganan puntos, se obtienen financiamientos, somos bien evaluados, incluso recibimos dinero. La pregunta que queda en el aire es ¿quién lee todo ese material? Si seguimos la analogía de la producción, habría que pensar aquí en una saturación de los mercados en los que los compradores simplemente ya no pueden consumir más. Los investigadores no podemos leer todo lo que se escribe. Aparecen cientos, miles de artículos anualmente sobre cada tema, sobre cada tópico. Se ha vuelto extremadamente difícil, cuando no imposible, estar al día con la literatura.

Como segunda consecuencia podríamos llamar la atención sobre un asunto que provoca una alteración radical del modo de producción. La eficiencia es un criterio que hasta hace algunos años, sin duda, estaba presente en la investigación, en tanto que era esperable llegar a ciertos resultados con alguna prontitud para luego difundirlo lo antes posible. Había entonces, sin embargo, otros criterios a los cuales la eficiencia se subordinaba, como son la calidad, la veracidad, la perfección, etc. De un tiempo a esta parte, sin embargo, la eficiencia, la efectividad, la rapidez se han vuelto el criterio primordial. Si se pretende sobrevivir en el mundo de la investigación es indispensable hacerse lo más rápido posible de un

currículo competitivo. Para ello, el camino es publicar y hacerlo lo más eficientemente posible, de ello puede depender directamente, por ejemplo, la obtención de una plaza de trabajo. Un amigo, que edita una revista WOS me mostró hace unos días un correo en que una investigadora le decía directa y expresamente que en su universidad abrirían prontamente un concurso para contratar a un doctor, que ella quería presentarse y que, decía en su correo, “tengo dos artículos escritos y la publicación de los mismos en su revista me permitiría obtener los puntos que me separan de mi principal competidor. De cara, a sacar la plaza, si me hiciera el favor de evaluarme los artículos en un mes me haría un gran servicio”.

La afiebrada necesidad o deseo de publicar y publicar más cada vez más tiene como consecuencia evidente, además, una baja de la calidad de lo que se publica. Michael Billis comentaba acertadamente que “trabajando en las condiciones competitivas del capitalismo académico, los académicos se sienten en la necesidad de continuar publicando, independientemente de que tengan algo que decir”. Aparecen así publicaciones carentes de toda relevancia. Se llega incluso a tratar de publicar cualquier cosa, a publicar por publicar. Algunas prácticas asociadas a esto es la división hasta el finito de un escrito, para transformarlo en varias publicaciones parciales. Los autores, literalmente, disparan textos con perdigones, lo que explica, en gran medida, la saturación de la que se hablaba antes. El mundo de las publicaciones está repleto de textos, muchos de los cuales carecen de gran calidad, aunque sí contienen la suficiente como para ser publicados.

Como tercera consecuencia práctica de lo que se viene diciendo está la superación y rebalse de los medios de comunicación. Hace tan solo unos meses mandé un artículo a una revista chilena que está en Scopus. La editora me respondió de inmediato advirtiéndome que si necesitaba publicarlo para algún proyecto FONDECYT, tal vez su revista no fuera la mejor alternativa porque estaban con una tremenda cola de textos pendientes de publicación ya aceptados y otra aún más grande de textos pendientes de evaluación. Me hacía ver que si quería enviarlo de todas formas debía contar con una espera de por lo menos un año. La situación, he podido comprobar, no es un caso aislado ni único, sino que es la realidad de prácticamente todas las revistas chilenas de humanidades que están en alguno de estos índices. Sin ir más lejos, hay algunas que han optado simplemente por cerrar por un tiempo la recepción de manuscritos.

Las revistas chilenas que forman parte de estos índices no estaban ni están preparadas para el aluvión de artículos que les comenzó a caer, dicho de otra forma, el aumento de producción en términos numéricos fue tal y ha sido tan explosivo que las revistas a las que están dirigidos simplemente no dan abasto. Hay dos consecuencias inmediatas de este fenómeno que sería importante tener a la vista, y que solo voy a mencionar: una de ellas es la exportación del saber a raíz de que ya no hay revistas acá en Chile donde publicar. Se produce lo que llamaría algo así como una nueva modalidad de exportación de cerebros. Finalmente terminamos mandando artículos a todas partes del mundo sobre temas que muchas veces tienen que ver con Chile. Eso puede tener algún sentido, el problema es que se hace porque acá no hay dónde publicar. Lo segundo que me gustaría mencionar es la aparición de un mercado de publicaciones, que es algo que ya he trabajado antes en otros textos, y que tiene que ver con eso de que los textos se vuelven vendibles. La existencia de los estímulos genera todo un negocio en términos de producir textos para venderlos. Eso puede ser por ambición pero también por necesidad, ya que pagan tanto dinero y a veces uno necesita.

Finalmente, voy a mencionar algunas consecuencias de esta nueva modalidad de producción que yo llamaría morales, pero que también pueden ser legales. En este contexto de producción, de sobreproducción, de sobrevivencia y ambición, aparece una serie de cuestiones que sin duda son moralmente complejas. Me voy a explicar sobre una de ellas a modo de ejemplo, las otras tan solo las voy a mencionar.

La primera, que es de la que voy a hablar un poco más, se refiere a la aparición de nuevas formas de plagio. La desesperación, la frescura, la flojera, o simplemente la mala costumbre, dan origen a la copia, legalmente llamada "plagio". Un asunto tan viejo como la creación, que sin embargo, adquiere hoy nuevas modalidades. Dado el incremento de la presión los plagios han aumentado en números estrepitosos, pero también han ido apareciendo otras modalidades. Una especialmente interesante de observar es la del "autoplagio": volver a publicar material ya publicado por uno mismo sin indicar que ello ya pertenece a otro texto. Este modo de actuar tiene por supuesto diferentes formas y grados, hay quienes por ejemplo publican en varias oportunidades el mismo texto, o con variaciones muy menores, y tan solo le cambian, por ejemplo, el nombre. Hay los que utilizan partes de otros textos ya publicados y los copian textualmente sin indicar que eso ya esté en otro escrito. El autoplagio se

ha vuelto tan habitual en el último tiempo que hasta FONDECYT ha tenido que incluirlo como tema en sus bases de concursos, amenazando con sanciones, como ser eliminado del concurso.

Otra modalidad novedosa del plagio que podría mencionarse es el del “plagiario serial”. El ejemplo más paradigmático es, creo, el de Rodrigo Núñez Arancibia, que apareció en la prensa hace un año. Durante once años, entre 2004 y el 2015, este historiador había desarrollado una exitosa carrera en México a base de trabajos copiados. En lo personal, puedo contar que un libro mío fue plagiado en Ecuador por un profesor de filosofía, en ese momento el director de la carrera de Filosofía de la Universidad de Carabobo. En la investigación se reveló que no solo mi libro había sido plagiado por el sujeto en cuestión, sino que muchos otros también, y que todos sus textos, incluida su tesis doctoral, eran una simple copia del trabajo de otros.

Hay otras cuestiones de orden moral que uno podría mencionar, pues están asociadas con esto mismo, por ejemplo, el aumento vertiginoso del fraude, el fraude en distintas modalidades también. Es paradigmática la cantidad de revistas que han tenido que ir cerrando por fraudes en término de manipulación de datos, hay incluso casos de sujetos que inventan a los sujetos a los cuales van a entrevistas. Y bueno, hay un problema de pagos, sobornos. Hay un tema complejo con las revistas *pay for publish*. Como los académicos son presionados para publicar rápidamente estas empresas ofrecen hacerlo contra un pago.

Investigación y creación desde las artes visuales

Daniel Cruz
Universidad de Chile

Vengo del campo de la creación, por lo tanto al recibir esta invitación me parecía muy relevante poder vincular dos cosas que seguramente ya han salido acá en la conversación, la idea de la investigación por supuesto, y la otra tiene que ver con la creación, que son dos lugares que son bastantes atingentes, por lo menos en el departamento del cual soy subdirector, el Departamento de Artes Visuales de la Facultad de Artes de la Universidad de Chile. Digo esto porque he querido tomar algunas discusiones que hemos tenido internamente, hemos levantado algunos documentos para generar algunos lineamientos a futuro sobre esta discusión sobre investigación y creación, y desde ahí voy a tomar este texto y tratar de transferir a ustedes algunas de las cosas que hemos estado discutiendo. Es interesante también un poco la discusión que ha estado previamente.

Existe una observación específica que acontece en el último tiempo hacia la Creación Artística. Esto se refiere al estado de la creación y sus posibles equivalencias con otros territorios que llevan a preguntarse sobre las autonomías de los campos de acción y sus pertinencias.

¿El arte, o las artes emplazadas en la universidad resisten una autonomía tal que finalmente no precarice su propio territorio? ¿La universidad comprende el *rol* que juega el arte en la sociedad actual? ¿Las artes son un lugar de visibilización y ampliación del conocimiento que permite reeditar más allá que una capacidad extensional? ¿El arte tiene capacidad proyectual que permita consignar valoración que sobrepase los cánones de la subjetividad?

Esta presentación no pretende responder a estas preguntas. Más bien busca intensificarlas para observar desde diversas escopias los posibles lugares de abordaje.

En la actualidad los procesos de Creación Artística, esta entendida "...como proceso, por lo regular de carácter individual y también colectivo que está sujeto a la exposición pública y a la valoración crítica de pares"¹, involucran diversos caminos de indagación disciplinar e interdisciplinar que, dada la condición experimental y exploratoria del arte contemporáneo, tienden a no identificarse claramente.

En efecto, esa condición de campo expandido da cuenta de una manera particular de pensar la praxis y, como natural consecuencia, de enfrentar la vinculación entre práctica artística y universidad.

Esto se traduce en la valoración de la creación de obra como un campo de investigación consolidado que debe ser reconocido por la universidad, en un esfuerzo metarreflexivo sobre la acción académica y el papel del arte en la institución universitaria.

Sin embargo, este mismo esfuerzo pondría en evidencia que en la Creación Artística convergen campos de investigación y desarrollo que podrían promover la comprensión de las disciplinas artísticas como un centro de acción que desborda hacia otros campos, una especie de nodo central que traspasa la frontera material y procesual desde el hacer, y constituye finalmente las poéticas particulares que redundan en la condición de lenguaje en la autonomía del arte.

Es importante subrayar que esa interdisciplinariedad se debe en buena medida al hecho de que el trabajo de creación ha incorporado como propias las tareas de investigación. Es aquí en donde los procesos de creación se abren no solo a otras disciplinas artísticas (desbordando los géneros sin anularlos, pues la necesidad de desarrollar oficio y experticia sigue siendo una realidad) sino también al diálogo con los campos de disciplinas científicas y de las humanidades.

La naturaleza de la investigación en artes supondría, entonces, considerar una apertura reflexiva consecuente con la expansión del campo antes referida, donde la relación con las disciplinas adyacentes solicitan una expansión metodológica que permite a su vez

¹ Documento Síntesis Propuesta de Actualización de Criterios de Meta-Valoración Académica de la Creación Artística, Marzo 2013, Universidad de Chile, Directores Gonzalo Díaz / Cristóbal Holzapfel.

incorporar a su reflexión y producción los resultados de aquellas investigaciones.

Ahora bien, cualquiera sea la vía que se emprenda para una investigación, se debe considerar que los procesos de indagación y producción en artes están siempre enfocados, sea cual sea su jerarquía, en la consecución de la obra de arte como fin último, y entienden la creación como una conjunción de procesos investigativos, a veces situados en la reflexión teórica, a veces en aspectos técnico procesuales, pero conjugados en una dirección común, lo que implicaría densificar conceptualmente el lenguaje de origen.

En consecuencia, dicha condición considera la necesidad y validez de poner en ejercicio procesos indagativos que son de interés para el desarrollo de la disciplina y el proceso creativo, en tanto campo de pruebas, lugar de crisis, extensión y afianzamiento del conocimiento.

Dichas indagaciones pueden dialogar con campos disímiles, pero necesariamente intervienen en las capas de proyección creativa expandiendo el lenguaje de origen, sus usos y procesos. Todo esto propone que, aún siendo parte sustantiva del mecanismo autoral y pudiendo estar incluidos dentro de las metodologías particularizadas de producción de los académicos, estas investigaciones pueden y deben entrar en diálogo y en su consecuente circulación dentro del ámbito institucional, dada la condición universitaria de la generación de los mismos, respondiendo a la naturaleza autorreflexiva y crítica de la propia universidad, lo que comporta la posibilidad del trabajo interdisciplinar.

Un ejemplo de ello podrían ser los modelos investigativos en artes visuales, que pueden ser identificados en la siguiente propuesta de clasificación:

1. ***Procedimientos y lenguajes***: indagaciones de carácter procesual, material o técnico-tecnológico que consideran el estrecho vínculo entre los procesos de producción y las operaciones de sentido que configuran la obra desde lo poético y su emplazamiento material.
2. ***Trabajos de campo***: considera aquellas investigaciones realizadas al alero de la producción autoral o colectiva, referidas a información recopilada y reflexión producida en función de los procesos de obra, sean archivos (en su más amplia definición), indagaciones históricas, acercamientos de índole relacional, observación participante, etc.

3. **Procesos de obra:** investigaciones de carácter reflexivo sobre los procesos autorales o colectivos, propios o de otros artistas, que permite abordar la creación de obra desde una perspectiva teórico-crítica, nutrida desde la mirada particular de la disciplina artística.

Es necesario precisar que estas modalidades conforman un cuerpo de producción conducente a la creación de obra, y que en tanto investigación están dotadas de la suficiente autonomía como para ejercerse en forma individual. Sin embargo, no son excluyentes. Al contrario, se espera el diálogo, contaminación y desborde de cada modelo, de tal manera de enriquecer las prácticas y la producción de conocimiento inherente al campo disciplinar.

Otro aspecto a destacar es la puesta en circulación. Entender que el principal vehículo de la Investigación y Creación en las artes es la propia obra de arte, en tanto articulación de los diversos productos indagativos, sean desde los procesos productivos, el trabajo de campo o la reflexión. La obra de arte contemporánea comprende un potencial de información que exige reflexionar nuevas modalidades de producción que inciden directamente en el cuerpo de la obra en el entendido que la exposición y circulación es un momento interno a la obra misma. Sin embargo, y dada la amplitud expansiva del campo artístico y de los modelos investigativos antes individualizados es imprescindible considerar diversos formatos que permitan su circulación y reverberancia, respondiendo así a la complejidad de su naturaleza.

El arte contemporáneo no reconoce límites respecto de los modos de hacer, por lo que todas las formas inherentes a la producción de obra y su carácter exhibitivo (término referido en toda su complejidad y dimensión) forman parte de las posibilidades de transmisión de conocimiento.

En consecuencia, la escritura debe incluirse como una práctica posible para la divulgación de información, más aún considerando las lógicas correspondencias que deben producirse en el ámbito académico y con ello, la inevitable consideración de los diversos modos como potenciales vehículos de información (libro, ensayo, paper). Del mismo modo la palabra hablada, el conversatorio, la conferencia, la *masterclass* o la puesta en escena de los procesos de obra.

Sin embargo deben abarcar otros potenciales campos que sean inherentes a la visualidad, como el medio de la exhibición pública y los medios digitales que pueden incorporar todas las

posibilidades antes descritas. Esto propondría un territorio blando de consecuencias que va más allá de la interpretación y análisis crítico. Entendiendo que este no es el fin de una obra de arte, lo que por consecuencia amplía un rango proyectual de la Creación Artística, o más sugerentemente, un proyectil.

La exploración y apertura de nuevos modos de divulgación de información es un desafío que debe ser enfrentado desde las artes contemporáneas, comprendiendo la necesidad de pregnancia y permanencia de ese conocimiento para permitir la discusión y reflexión crítica sobre los mismos, propios de la actividad universitaria. Con esto surgiría una observación a las posibles mediaciones, a lo intermedial del conocimiento.

Gerard Wajcman, psicoanalista francés, en su libro *el Ojo Absoluto*, señala que estamos en presencia de una mutación sin precedentes que ocurre ante nuestras narices, opuesta a un ocultamiento, pero que a pesar de esto no la logramos percibir con precisión ni tampoco cuál es su magnitud. Las escalas como también los alcances de esta mutación desbordan los límites conocidos.

Esto ha provocado una sensación de *extrañamiento* general ya que diversas fronteras han sido modificadas, lo que afecta la dimensión reticular sobre la cual fuimos instruidos. La comprensión de las disciplinas es un lugar en tensión que nos provoca repensar los modos a los cuales nos hemos agenciado en las últimas décadas.

Existe un lugar de gran potencial para la Creación e Investigación artística en la Interdisciplina. Este lugar es un punto de encuentro y disputa. A esto me refiero como una zona en donde deben acontecer diálogos que observen la fisura disciplinar sobre la cual se ha construido el pensamiento como también nuestra primera enseñanza. Así se propiciaría el desborde y la especulación como metodología proyectual.

El espacio de la interdisciplina no es un lugar de encuentro solamente, donde lo que acontezca sea el símil a un club de amigos discutiendo sobre temas de interés. Digo esto ya que el espacio interdisciplinar requiere de un despojo de las estructuras ya conocidas, es salir del lugar de *comfort* habitual para ir en busca del encuentro de nuevos alcances, espacios y pertinencias. De no ser así el encuentro entre las humanidades, ciencias y artes se transformará en un espacio carente de tensión, que culminaría con decisiones programáticas que benefician a parte de los integrantes, mutándose en un lugar de continuas didácticas e ilustraciones.

Acerca de las limitaciones de las condiciones actuales de producción de conocimiento

Carlos Ruiz Encina
Universidad de Chile

En la discusión a que este evento nos convoca, quiero apuntar básicamente dos temas. Para ello, hablo desde la sociología. El primer tema tiene que ver con las condiciones sociales en que hoy se produce o se intenta producir conocimiento o comprensión social; se trata de unas condiciones que siempre son variables y es preciso adentrarnos en su especificidad actual. El segundo, se relaciona con las condiciones académicas en las que realizamos ese esfuerzo, registrando sus adversidades, pero sin quedar atrapados –como se dijo en la exposición anterior– en el Muro de los Lamentos, tratando de situar las problemáticas que obstaculizan la producción de algunas formas de conocimiento o comprensión social, y que en tanto problemáticas de nuestra labor, nos ha parecido en el Departamento de Sociología en que trabajo, que es necesario organizarnos para enfrentarlas, en tanto su resolución no es un problema reducible a unas estrategias individuales de producción de conocimiento, actualmente muy en boga, acerca de la panorama social.

Una primera constatación a realizar, estriba en el hecho de que esta no es una etapa de estabilidad de las estructuras sociales, sino que es más bien un ciclo de cambio vertiginoso de dichas estructuras y eso produce ciertos desajustes culturales, muy propios de estos ciclos de cambio, que plantean, a su vez, problemas concretos a los esfuerzos de construcción de conocimiento social o del conocimiento sociológico, en particular. Se trata de una situación que incide en los serios problemas de adecuación que presentan los instrumentos, sobre todo teórico-metodológicos, a través de los cuales se intenta dar cuenta de este ciclo de cambios. Un ejemplo, acaso más visible, lo constituyen las encuestas. Más allá de que algunas estén abiertamente mal construidas y, por ejemplo, que sean meramente

telefónicas y oculten sus tasas de rechazo –vamos a dejar esos extremos de lado– ocurre que aquello que se hace bien, incluso los instrumentos que utilizan las instituciones estatales con mayores presupuestos, como el INE o algunos Ministerios, también tienen grandes dificultades. Un problema general de estas encuestas es que hoy el individuo tiende a dar respuestas con estructuras culturales que están desajustadas respecto de los cambios que se están midiendo pues, como es sabido, los cambios culturales toman mucho más tiempo para definirse y establecerse que otros cambios sociales, como aquellos económicos e institucionales tan agudos que registra la historia inmediata chilena. Hacernos cargo de eso –que es a lo que quiero llegar al final– es una cuestión que no está en el orden de las estrategias de indagación individuales, a las que nos constriñen mayormente las políticas estatales de fomento a la investigación, si no que necesitamos intentar buscar una respuesta institucional a estos desafíos de la producción de conocimiento acerca de los cambios sociales recientes.

Menciono dos ejemplos muy breves al respecto, sin ánimo de extenderme. El primero, es el nuevo mundo del trabajo. El trabajo hoy difiere radicalmente de lo que hace cuatro o cinco décadas, entendíamos por trabajo, y el problema entonces es dar cuenta de ello. Una primera reacción de las ciencias sociales fue minimizar esto y decir que el trabajo ya no era un elemento fundamental en la construcción de la sociedad. Pero resulta que es todo lo contrario, el trabajo presenta un nivel de ubicuidad inédito sobre la vida cotidiana que nos dificulta ya diferenciar cuándo estamos trabajando y cuándo no, pues trabajamos en la casa, trabajamos el fin de semana, trabajamos cuando estamos en reuniones familiares, cuando estamos respondiendo el teléfono, etc. El trabajo se ha hecho cada vez más omnipresente en la vida social actual. Sin embargo, se le pregunta a un individuo en una encuesta “¿Y usted dónde trabaja?, ¿Cuánto trabaja?” y le cuesta medir cuánto trabaja, incluso reconocer la diversidad de espacios y situaciones en que lo hace, porque se produce un desplazamiento de las viejas fronteras entre lo privado y lo público, que son traspasadas por las nuevas formas laborales, en términos de su existencia social. Se trata de un cambio sociocultural gigantesco, que se traduce incluso en cambios en los sistemas de personalidad y otros ámbitos de las relaciones sociales. Este cambio en el mundo del trabajo, además, empieza a producir malestares innombrados, mudos, que no tienen representación, no solo política (acaso más apuntadas), sino también en las ciencias

en general, y las ciencias sociales en particular. Aquí hay un desafío entonces, y entiendo que este es uno de los temas que también tenemos que conversar; el trabajo es un mundo que ha mutado sustancialmente.

El otro ejemplo es la educación. Ya sabemos la enorme complejidad de lo que está pasando el país con este tema, pero quisiera aquí relevar solamente una dimensión respecto a los cambios de la educación, también en estos últimos cuarenta años. Me refiero al hecho de que la educación se convierte en fuente de nuevos procesos de diferenciación social. La educación se convierte en una fuente de producción de nuevas formas de desigualdad que se vienen a sumar a otras viejas desigualdades que ya conocíamos desde antes y a las que ya se les había puesto nombre, les habíamos dado estatus científico y las sabíamos medir, mensurar. En cambio, estas nuevas formas no han sido elaboradas y también, como en el caso antes apuntado, de las nuevas formas del trabajo, se traducen en una diversidad de modalidades de frustración de expectativas, malestares socioculturales, desajustes. Por ejemplo, con la descontrolada expansión de la oferta universitaria se producen diferencias sociales marcadas al interior de una misma categoría profesional, y con ello del prestigio social –tradicionalmente más homogéneo– a ella asociado. Y ahí van las ciencias sociales rezagadas, nuevamente, detrás de esos procesos, en particular la sociología. Nuevamente, la encuesta consigna secamente “profesional” como una aproximación a la condición social y el mundo de existencia del individuo que, en la actualidad, no tiene el grado de precisión que detentara en la situación histórica en que fueron elaborados estos parámetros de clasificación y comprensión. Los procesos de incongruencia de estatus, así como de desvalorización de esas calificaciones, no quedan registrados. Sin embargo, el hecho que permanezcan en la oscuridad para el investigador no significa que su acción sobre las condiciones sociales actuales de la vida cotidiana, sean intrascendentes.

Hay un hito, en este sentido, en el mítico y controversial informe del Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD) del año 1998, titulado “Las paradojas de la modernización”. Uno de los últimos de esa serie de registros que alcanzó a dirigir directamente Norbert Lechner. Aquel informe apuntó un panorama de incertidumbre que tenía lugar en pleno ciclo de crecimiento económico acentuado. Se trataba –en sus propios términos– de diversas fuentes de malestar bajo el actual ciclo de modernización. Una advertencia pionera, cuyo impacto político en las esferas gubernamentales,

se recordará, fue considerable. Resultó emblemático en esta línea de producción de conocimiento acerca de los vertiginosos cambios de la sociedad chilena y los desajustes socioculturales asociados a ello. Sin embargo, de algún modo fue una producción interrumpida. No es sino hasta las revueltas sociales que se registran más de una década después, que los empeños de comprensión al respecto vuelven a ponerse en marcha.

Producto de la acelerada transformación social y cultural en curso, aparecen nuevas menciones de la vida cotidiana, que son de difícil registro, porque es entonces una vida cotidiana transformada, redefinida por este mismo proceso de modernización. De modo que, esas menciones, esos problemas que contienen, no encuentran una representación adecuada ni suficiente para dar cuenta del grado y las dimensiones de transformación de la realidad acaecida. La propia esfera política es severamente afectada por un desarraigo respecto de semejante panorama, al punto de constituirse en uno de los vectores de la crisis de legitimación. Pero tampoco encuentran apoyo en términos de procesos generales de construcción de sentido, de configuración de significado, y ello se traduce entonces en un divorcio creciente no solo entre sociedad y política, como también en un divorcio creciente entre Estado y sociedad, sino también en dificultades de relación entre el individuo, como tal, y la sociedad, que están asociados, incluso, a cierta pérdida de la condición pública del individuo, al encierro en una individuación que tiene no poco de reacción a las incertidumbres que acarrearán estos cambios.

Este divorcio entre sociedad y política, incluso entre sociedad y Estado, estimula procesos de desidentificación y hasta de descomposición social, de fragmentación tan acentuada que constituye una fractura social que debiese preocuparnos. La mercantilización aguda de la vida social, que individualiza en extremo la reproducción de la vida social, privatiza esferas de la vida cotidiana –como las pensiones, la salud, la educación, etc.– que antaño no estaban sometidas al mercado y resultaban susceptibles de organizar a través de la participación de individuo en procesos asociativos, esto es, desde la condición de individuo público. Una mercantilización que ha sido impulsada en nombre de la libertad, pero en la cual se establece más bien una pérdida de soberanía del individuo sobre su propia vida, y con ello una crisis de sentido, que opera en los vacíos de la cultura política. ¿Qué hacen las ciencias sociales entonces ante estas cuestiones? ¿Y qué hacemos nosotros desde nuestras instituciones en particular?

Aquí podemos ir al segundo tema que planteaba al inicio, relativo a las condiciones académicas en que se realiza la producción de conocimiento. El recién apuntado informe del PNUD de 1998 alertaba tempranamente sobre estos enormes cambios socioculturales, ante relatos sobre dicha transformación histórica de las últimas décadas que enfatizaban más bien los elementos económicos y políticos. Aunque careció de mayor continuidad, en momentos en que crece precisamente la demanda social, política e institucional de registros e interpretaciones al respecto. Me interesa relevar el hecho que la investigación que da lugar a dicho informe del PNUD se realiza como institución, supone una indagación en la que se desempeñan un equipo considerable de especialistas. Llamo la atención aquí en el carácter no solo colectivo, sino institucional de dicha investigación, en contraposición a las estrategias individuales de investigación que hoy son estimuladas en estos campos de conocimiento por las políticas estatales en boga, salvo contadas excepciones que, por lo demás, en ningún caso tienden más allá de estimular redes asociativas entre investigadores, pero en ningún caso un desarrollo institucional en la producción de conocimiento.

El PNUD pudo llevar adelante este empeño como institución, y no como una sumatoria de estrategias individuales de investigación. Sin embargo, en las actuales condiciones de autofinanciamiento que se imponen sobre nuestras universidades, esto resulta completamente inviable. No es casual, entonces, que se impongan por doquier las llamadas “estrategias de alcance medio” en la producción de conocimiento, las cuales representan contribuciones indudables pero en ningún caso pueden abordar un estudio de esas características.

El dilema se advierte en el hecho que generar investigación y conocimiento en estos campos de la transformación sociocultural, con los problemas y desajustes que plantea, y los malestares que trae asociados, representa hoy una demanda enorme de la sociedad chilena que, como es sabido, ha sido una de las que en América Latina ha estado más intensamente sometida a estos ciclos de modernización privatizadora en las últimas décadas. Al mismo tiempo, la inmensa mayoría de las políticas estatales de fomento a la investigación en estos campos, salvo contadas e insuficientes excepciones, estimulan en forma abierta el desarrollo y la competencia académica individual. Generan, por llamarlo de algún modo, condiciones individualistas de producción de conocimiento y están amparadas en indicadores derivados de lo que José Joaquín Brunner ha llamado abiertamente como “capitalismo académico”. El problema de esto –más allá del

aquí mencionado Muro de los Lamentos, digamos– estriba en que deteriora o dificulta el impulso asociativo en la producción de conocimiento. Se premia a veces, incluso, la configuración de redes de investigadores por fuera de la institución de origen o de la institución albergante, es decir, somos presionados para participar en proyectos y asociarnos con investigadores de otros lugares, y de ello derivan entonces problemas en la construcción de una cultura de investigación al interior de las instituciones, limitaciones a la constitución de una comunidad de investigación y la construcción de lenguajes madres que nos permitan incentivar y desarrollar un debate dentro de nuestras propias instituciones. Nuestra experiencia en el Departamento de Sociología de la Universidad de Chile, y en general, en la Facultad de Ciencias Sociales, es reflejo de ello, por ejemplo; pero en el diálogo con colegas, advierto que no se trata de un fenómeno puntual, sino de tipo general que afecta a estas instituciones, en especial, a las de carácter estatal.

Llegado este punto, se advierte una consecuencia trascendente y preocupante en este hecho. Aquella que tiene que ver con la orientación pública de nuestras instituciones estatales. Si advertimos que no se trata de un equivalente ni sinónimo mecánico aquella relación que existe entre el carácter público y la condición estatal, entonces, estamos en presencia de políticas estatales dirigidas al fomento de la investigación, que dificultan y limitan el desarrollo de la orientación pública de la producción de conocimiento en las universidades estatales, en favor de estrategias de indagación –y, valga anotarlo, de promoción– eminentemente individual. Es, en definitiva, una restricción al carácter público que debiese detentar una institución estatal como la nuestra, cuyas capacidades de investigación y producción de conocimiento quedan fragmentadas e individualizadas, como en cualquier institución privada de las cuales, finalmente, se hace muy difícil distinguirse.

Es con estas dificultades que lidiamos. Hoy existe un debate en las instituciones que represento, que me parece relevante evidenciar, a saber, el problema de cómo recuperar una orientación pública en la producción de conocimiento. En esta cuestión las universidades estatales tienen que avanzar con liderazgo; incluso, en dirección a recuperar un liderazgo perdido. Pues sucede que se privatizó la producción de conocimiento durante el período autoritario, sobre todo con el desmantelamiento de las antiguas estructuras universitarias públicas, y se desplazó a una serie de pequeñas instituciones privadas, lo que hoy conocemos como *Think Tank* y otras expresiones

similares, que están en la base de la construcción de una hegemonía tecnocrática sobre el debate público. Con el advenimiento de la democracia, las universidades estatales no han vuelto a detentar su espacio tradicional en la discusión pública y la producción de conocimiento con tal finalidad, sino que han sido afectadas por políticas que reproducen la fragmentación a la que fueron sometidas en el período autoritario.

La necesidad, entonces, de recuperar estas estrategias asociativas de producción de conocimiento, ante un ciclo que porta demandas ampliadas sobre la política, el Estado y la propia esfera pública en general, es un desafío enorme que está delante de nuestras instituciones universitarias estatales, que tienen la obligación de colaborar en tal recuperación del debate público, de la polis, en definitiva, en la sociedad.

Muchas gracias.

Crear conocimientos desde lo local y desde un país multicultural

Lautaro Núñez
Universidad Católica del Norte

Quisiera agradecer y a su vez iniciar estas palabras retomando una frase de la sesión anterior. Ustedes recuerdan los planteamientos que se hicieron con respecto a la importancia del teatro y a Pedro de la Barra, fundador del Teatro Experimental de la Universidad de Chile. Pedro, en el año 1963 le pide a su rector que desea dejar de vivir en Santiago para fundar una Escuela de Teatro en la sede de la Universidad de Chile de Antofagasta. ¿Por qué lo hizo? Porque en esos años él descubrió un hecho trascendental, que había que salir de Santiago para dar a conocer en las universidades regionales, en este caso en la Universidad de Chile de Antofagasta, las mismas obras que se estaban realizando con un carácter formativo y de alto nivel artístico en el Teatro Experimental de Santiago y, por qué no, también los logros científicos y docentes que deberían crearse con la apertura de las sedes regionales, pero esta vez en lo que se llamaba en ese tiempo “las provincias” de Chile. Lo hizo por eso y hasta el día de hoy Antofagasta es una de las pocas ciudades de Chile donde el movimiento teatral es el más importante en relación al número de habitantes. Esto es la mejor señal que he encontrado para enfocar esta ponencia desde el punto de vista de la importancia de la descentralización de las universidades y con ello la descentralización de los posgrados, una de las actividades que más nos ha importado desde el norte. Estoy acá para conversarles qué ha pasado con la antropología, el patrimonio, la arqueología y, en general, con las disciplinas sociales en un territorio cruzado por las historias sociales que marcaron el pasado, marcan el presente y marcarán el futuro del desierto chileno.

¿Qué es entonces lo que quiero señalar? Es que la única posibilidad que tenemos en Chile es entender definitivamente que este es

un país compuesto por diversos “países” multiculturales, siguiendo a Subercaseaux, a Benjamin; y por ello tenemos la obligación desde la academia identificar cuáles son esos potenciales que cada región tiene para envolverlos dentro de programas académicos para que puedan surgir a través del tiempo con excelencias académicas que conduzcan a los doctorados: los posgrados propiamente tales con suficiente identidad. Crear conocimientos desde lo local para alcanzar los debates internacionales sobre las respuestas humanas pasadas y presentes en ambientes similares a los nuestros es uno de los modos posibles para darles pertenencia y autonomía con modelos originales.

Los posgrados no caen en paracaídas, deben ser y deberían ser procesos enraizados en décadas de exámenes y pruebas, y vueltos a probar, vueltos a fracasar, y vueltos a tener éxito hasta que después de varias décadas de praxis cada universidad pueda decir, como nos pasó a nosotros, que cuarenta años de geología en la UCN en el desierto más mineral de Chile son equivalentes a un doctorado prestigioso. Y de la misma manera, cuarenta años de investigaciones arqueológicas, bioantropológicas, antropológicas y patrimoniales, con líneas editoriales propias, han conducido a un doctorado acreditado; el primero, y por supuesto se vienen más, y qué bueno, ojalá que los que vengan a continuación respondan también a culminaciones de procesos previos, que es la única fórmula posible de no improvisar o inventar un régimen programático de doctorados o de posgrados maquillados. Visto así el tema, tal vez para nosotros no fue tan difícil entender cómo hacerlo, porque hemos vivido y nos hemos criado en el Desierto de Atacama, y hemos aprendido a separar lo esencial de lo no esencial. Nos hemos acercado a entender los eventos antropológicos e históricos en esta larga cohabitación con esos procesos culturales y sociales. Lo que no sabíamos era cómo transformar esos procesos en academia y eso es el punto que yo quisiera explicarles de alguna manera, porque, me parece, ya fue suficiente escuchar el “muro de los lamentos”.

Es cierto, participamos de todos los lamentos que hemos escuchado acá y creemos en todas las dificultades y todas las ambigüedades de las políticas de Estado. Yo no quisiera seguir con los lamentos, pero ninguno de nosotros conoce el proyecto en el Parlamento con respecto a la creación del Ministerio de las Culturas y ninguno de nosotros ha logrado comparar ese proyecto con el proyecto de creación del Ministerio de Ciencias. ¿Qué correlación habrá con el Ministerio de Educación? ¿Quién desde la alta política va a

entender esta relación entre ciencia, cultura(s) y educación, por dios, si no nosotros? ¿Por qué nosotros, como comunidad académica, no hemos logrado introducirnos en ese debate? Sí, es muy serio crear nuevos ministerios sin que se conozca desde abajo su naturaleza, sus diferencias, sus relaciones y sus objetivos comunes. ¿Cómo se insertarán en estos objetivos los programas de posgrados acreditados de verdad? ¿Cómo responderán las políticas estatales generales horizontales que acojan a su vez la verticalidad y los recursos necesarios de los diversos intereses regionales? Debo decirles que hay una frase peruana muy conocida: “¿En qué tiempo se jodió el Perú?” Con todo lo que está pasando en Chile, tenemos que preguntarnos en qué tiempo se jodió Chile, y quizás la mejor aproximación sería en qué tiempo los que conducen este país, nuestro país, definitivamente dejaron a un lado las ciencias formadoras de humanidades, los procesos sociales, antropológicos y cívicos, la creación de conocimiento para entendernos entre nosotros y con nuestros ambientes tan intervenidos. Sí, la creación de seres verdaderamente cultos. Desde este punto de vista nos están pasando la cuenta aquellos que han desconocido la importancia de comprender e interactuar con la sociedad, lo que es el paso previo para su transformación. Este largo y tedioso período de liviandad va a ser tan largo como el tiempo que nos vamos a demorar para recuperarlo. Entonces, en este trance los posgrados son fundamentales. Nosotros hemos visto que las preguntas que iluminan este encuentro es esperar del Estado un ordenamiento académico en trayectoria que privilegie la excelencia y con ello lo que espera el país de nuestras instituciones y de nosotros mismos de acuerdo a lo que cada uno sabe hacer.

¿Qué esperamos de los académicos? Mucho optimismo, mucha pasión para torcer este sentido secundario que tienen nuestras disciplinas por no ser “exactas”. Siguiendo a ciertos sociólogos amigos, las ciencias sociales son finas y si quieren llamar ciencias duras a las duras, que llamen a las nuestras ciencias finas y vamos a ver, si será posible entender a las finas desde lejos de nuestras disciplinas. Definitivamente, las “ciencias duras” y “finas” son obviamente mutuamente complementarias e indispensables. ¿Qué se espera de las regiones? Ya lo puse en la introducción: revelar lo oculto, lo desconocido, que está allí, y transformarlo en academia a través del posgrado, a través de las nuevas generaciones de estudiosos. Por lo mismo hay otra pregunta que me inquieta mucho: ¿Qué esperamos de los estudiantes? Créanme, recién lo conversaba, que mientras nosotros seamos profesores y estudiantes a la vez, los vamos a entender

mejor. Es impresionante cómo nuestros estudiantes de posgrado de la Alianza UCN/UTA, la que mantenemos con mucha fuerza en el Norte, se están transformando en investigadores potenciales cara a cara. Están publicando casi más que nosotros, están formando parte de proyectos muy complejos y lo que es más importante, estamos cohabitando sus problemáticas. En verdad, estamos interactuando con ellos y no nos cabe la más mínima duda que los equipos de antropólogos y arqueólogos y otros estudiosos que están surgiendo de nuestros postgrados van a fortalecer un gran arco de cambios.

Es muy interesante conversar con los alumnos de posgrado sobre cómo abren un abanico de técnicas y de metodologías insospechadas. Hablan como químicos o como físicos, tienen la multidisciplina adentro, están con los isótopos o los ADN. Nosotros no nos formamos con estos avances de hoy, esos son logros de ahora, y los manejan muy bien. Y, sin embargo, integramos visiones y colectivos comunes. Estos jóvenes son altamente especializados, pero nuestras generaciones son especialistas en la generalidad, en consecuencia, podemos conversar muy bien, porque nosotros los educamos respecto de qué es el análisis isotópico al interior de los procesos socioculturales y los patrones de movilidad de los humanos del pasado y presente. Tal vez no estaremos en un laboratorio de química, pero la naturaleza de los suelos en espacios habitados es un hecho esencialmente social. En conjunto podríamos comprender desde ambas direcciones los procesos generales y particulares que provienen de los estudios especializados. Los procesos podrán ser inversos, de la especialidad a la generalidad y viceversa, con la combinación de ambas estrategias, y hacia allá los conduce nuestro posgrado.

Pero, fíjense bien que, aparte de quienes son los sujetos de este asunto, está el ambiente mismo. Nuestro desierto es muy interesante, ya que es medio mentiroso, porque fue muy lluvioso o muy húmedo en un momento, muy seco en otro; esto es un paisaje muy dinámico y nuestra sociedad se inserta ahí, construyéndolo a través del tiempo. En consecuencia, para poder entender la interacción entre la sociedad y su entorno, a veces muy castigado y pocas veces cuidado, pero además poco investigado, nos permite identificar cómo interactuó determinada sociedad en tiempo, espacio y cultura y con ello evaluar nuestro presente. Por lo mismo en nuestro Instituto mantenemos una estrategia muy particular para colocar las interdisciplinas, de modo que la antropología, arqueología, bioantropología, geografía cultural y patrimonio se cruzan para entender

cuál ha sido la relación entre los recursos mineros, agrarios, costeros, hídricos, arquitectónicos y otros desde el pasado más remoto hasta hoy. Se trata de entender holísticamente, cómo se ha domesticado el desierto y sus espacios interactivos, en donde todos tenemos algo que perder para ganar el todo multidisciplinario, como un modo útil para identificar los grandes cambios y las notables continuidades desde el mundo prehispánico, colonial y republicano, a través de una línea de menor a mayor complejidad social.

Levantar el nivel para no volver a escuchar lo que casi me hizo morir una vez: “¿Cuáles son aquellas investigaciones ‘provincianas’?” Y resulta que estas investigaciones “provincianas”, estimados colegas, están siendo llevadas a las revistas más especializadas, no voy a decir ISI, porque rechazo ese modo tan “administrativo” de valorar nuestra “producción”. Pero, sí, están también siendo llevadas a libros muy importantes y aspiramos tener alguna vez la fuerza para imponerlos como un valor también relevante en la evaluación académica. Es cierto, estamos llevando nuestras investigaciones a los debates internacionales. ¿Y qué descubrimos? Que desde nuestros estudios locales podemos levantar la vista y dialogar con expertos del Sahara o Arizona, entendiendo cómo los modelos se diferencian o se acercan en diálogos interactivos. Esta vieja frase que uno puede discutir desde la aldea temas de relevancia más allá del país, es absolutamente cierta. Podemos desde lo local salir al gran debate de nuestros notables problemas, desde estos diversos “países” de Chile. Dicho esto ¿Qué es lo que hemos logrado con los doctores y los magíster? Acercarlos a las cuestiones trascendentales y también a los temas extra desierto, porque hay que saber escuchar qué es lo que aspiran a investigar. No es fácil entender la sociedad de ayer y hoy como un todo en sus escenarios variables y comprenderla como un proceso con cambios y continuidades, para explicar lo que hemos hecho antes y no cometer los mismos errores del pasado, en el presente y un futuro más o menos predecible, donde solo lo publicado acoge el mérito de lo investigado y revelado. Cuando se supo que las tesis de nuestro doctorado de antropología van a ser publicadas en la serie Qillqa, se reconocía el valor de exponer estas investigaciones al juicio de la opinión científica.

Acercándonos a los mensajes finales, claro, podemos entender las ciencias sociales como un punto de convergencia para comprender los diversos “países” de este país. Esto es tan importante como establecer grandes reformas que permitan que los proyectos de investigación tengan un curso de acción de menor a mayor

complejidad, y lo voy a focalizar de la siguiente manera. En el año 1961 la Universidad de Chile creó en la Casa Central becas para estudiantes investigadores, algo increíble para esa época y para hoy. Había una fila de aproximadamente 100 alumnos de toda la universidad, y cada fin del mes cobrábamos un cheque, porque habíamos aprobado un proyecto de investigación, avalado por un profesor vinculado con el tema. Ese cheque era comparable con el sueldo de un profesor primario de esa época: no era menor ni mayor. Ocurre que cuando recuerdo sus rostros la mayoría de ellos fueron y son notables investigadores. Quiero decir con esto que no bastan los proyectos FONDECYT. Hay que hacer un escalón previo desde abajo, hasta llegar a los grandes proyectos de mayor complejidad.

En suma, he expuesto un planteamiento crítico y constructivo, y sobre todo tengo la absoluta convicción que no habrá avances en las ciencias sociales en la medida que no seamos capaces de convencer sobre su importancia para comprender y valorar la complejidad y diversidad sociocultural pasada y presente. Por otro lado, las investigaciones merecen su extensión para educar a las comunidades donde estamos buscando respuestas a nuestras preguntas. No puedo entender por qué los proyectos FONDECYT no tienen un fondo generoso o un capítulo específico para que, una vez terminados, ese equipo esté junto a la comunidad donde desarrolló la investigación para explicarle sus resultados y juntos reflexionar cómo incorporarlos allí. Desde este punto de vista los estudios de posgrado realizados a través del total de la sociedad, pasada y presente, entre pueblos originarios y otras comunidades heterogéneas, muchas veces subalternas que no siempre están al tanto de lo que se investiga, los entiendan y los acojan para tratar de establecer los vínculos pertinentes. ¡Qué duda cabe, que percibimos nuestro doctorado sustentado en la investigación! Pero sin dejar de lado aquella formación vinculante que aspiramos a fortalecer junto a nuestras expectativas académicas desde el espacio apropiado y pertinente. Gracias por escucharme...

El derecho a la comunicación y el arte de los pueblos indígenas

Jeanette Paillán

CLACPI (Coordinadora Latinoamericana de Cine y Comunicación de los Pueblos Indígenas)

Mari mari Kom pu lamngen, Mañumkülen. Buenas tardes a todas la autoridades y público aquí presente. Muchas gracias por darme la oportunidad de compartir estas palabras con ustedes.

No quise perder la ocasión de saludar en mapudungun, y “quebrar la hegemonía de la mesa”. La verdad es que me siento una “infiltrada” en este espacio académico, pues mi experiencia y trabajo se han desarrollado en un ámbito social y cultural muy distinto.

Fermo parte de CLACPI, la Coordinadora Latinoamericana de Cine y Comunicación de los Pueblos Indígenas, una red a nivel continental que trabaja el cine y la comunicación de los Pueblos Indígenas, desde la perspectiva del derecho a la comunicación, un derecho más a recuperar por parte de los pueblos originarios.

Quienes integramos CLACPI, desde Canadá hasta la Patagonia, tenemos el profundo convencimiento de que la comunicación es una herramienta estratégica, clave para los Pueblos Indígenas y sus aspiraciones. Pero también para su visibilidad, para dar a conocer sus demandas y propuestas. Y por supuesto, la comunicación es una herramienta para contrarrestar la desinformación y la imagen errónea que proyectan y han construido los medios de masas como la TV y la prensa en todo el continente; una imagen que nos retrata como pueblos conflictivos, que se niegan al desarrollo, terroristas en el caso Mapuche.

Desde CLACPI, desarrollamos diferentes líneas de trabajo: desde la difusión, pasando por la producción, y también la capacitación técnica y política. Es esta última, una línea de trabajo que llevamos a cabo de manera muy práctica, con una metodología de aprender-haciendo desde hace más de 20 años. Exploramos y proponemos nuevas metodologías formativas que se ajusten a nuestras

experiencias y cosmovisiones y a la diversidad de los Pueblos indígenas; rurales, amazónicos, bilingües, ciudadanos, etc.

¿Y qué quiere decir trabajar con metodologías que se ajusten a nuestras experiencias y cosmovisiones? Básicamente, trabajamos mediante talleres técnicos y de reflexión políticas sobre el rol de la comunicación, los medios de comunicación, las formas propias o tradicionales y lo trascendental que los indígenas produzcamos nuestros propios mensajes.

Este tipo de formaciones las impulsamos desde CLACPI fuera de las aulas y del mundo académico, en lo que se conoce como “educación informal”.

Ahora, me sorprende escuchar las coincidencias entre el mundo indígena y el académico. Como ustedes, nosotros también sentimos que estamos invisibilizados, que la imagen que se tiene de nosotros es que solo sabemos reclamar. Que cada vez que nos otorgan un fondo financiero lo único que hacemos es pelearnos entre nosotros. Me parece curioso y me interesa conocer sus puntos de vistas y propuesta al respecto.

Por nuestra parte, vemos cómo los medios de comunicación continúan reforzando una imagen estereotipada, desactualizada y negativa de los Pueblos Indígenas. Y en Chile, los medios instalaron la teoría del “conflicto mapuche” para referirse a las demandas del movimiento; han criminalizado y sentenciado a los dirigentes y autoridades tradicionales antes que lo hicieran los tribunales de justicia.

FICWALLMAPU

El año 2012 se designa a Wallmapu –Territorio Mapuche–, como sede del XII Festival Internacional de Cine y Comunicación de los Pueblos Indígenas de CLACPI. Se forma un equipo de trabajo, con miembros de CLACPI y con aliados estratégicos, como las universidades de la región, organizaciones sociales y otras instituciones, que adquieren el compromiso de ser parte del XII Festival y del Primer Festival Internacional de Cine de Wallmapu, FICWALLMAPU.

Los Festivales de CLACPI se realizan cada dos años en un país distinto, es decir hay una apuesta por la descentralización y por impulsar procesos de comunicación más allá del evento central del Festival, con muestras itinerantes que recorren comunidades, pueblos y ciudades.

Son festivales que convocan a realizadores/as y productores/as indígenas y no indígenas que aborden la temática Pueblos Originarios. No son festivales competitivos, y sin embargo contamos con un jurado internacional que premia los trabajos en 10 categorías: Derechos de las mujeres indígenas, Defensa del Territorio, Defensa de los Derechos de los Pueblos Indígenas, Aporte a la identidad indígena, a la producción local entre otros.

El 2015 proyectamos 52 películas de un total de 150 que recibimos de todo el mundo: de Latinoamérica o del continente; Europa, África y Maorí de Oceanía.

Temuco es la sede central del festival y de forma paralela se realizaron muestras itinerantes por territorios mapuche, tanto en Gulumapu (de la parte chilena) como en Puelmapu (de la parte argentina).

El festival contó con más de 60 invitados internacionales que viajaron especialmente para ser parte del XII y el Primer Festival Internacional de Wallmapu.

Las proyecciones se realizaron en tres salas de cine Universitarias y se desarrollaron laboratorios formativos, se realizó el IX encuentro internacional de Comunicación de los Pueblos Indígenas, se llevó a cabo el Foro de comunicación y Pueblos Indígenas y se inauguró una exposición de arte contemporáneo Mapuche.

A partir de esa primera experiencia, el festival se queda en Temuco. Este año 2016, realizaremos la segunda versión. Quiero compartir la convocatoria que hemos lanzado y que se emite por TVN en el marco de un convenio¹.

FICWALLMAPU busca convertirse en un espacio amplio, transversal, que sitúe a Temuco y a la Región de la Araucanía como la capital del cine indígena. Que promueva la producción local, que propicie espacios de debate o intercambio entre los distintos actores y posturas, y que contribuya a fortalecer la identidad.

Termino mi intervención compartiendo un pedacito del trabajo que nos llegó este año. Pero antes de pasar a ello, quisiera transmitir el sentimiento que desde instancias como la nuestra tenemos respecto de la cantidad de trabajos de investigación que existen sobre los Pueblos Indígenas, información que creemos que no circula, que no se comparte y que podría ser muy útil. Creo que la academia tiene un desafío en este sentido.

¹ Durante la conferencia se muestra en pantalla spot audiovisual.

Voy a pasar una que está dirigida a niños y niñas, y que es una propuesta de Novasur. Pichintun: Kristel, una niña aymara y Nahuel, una leyenda mapuche de un realizador de Villarrica.

Gracias, y espero que tengamos tiempo después para reflexionar sobre estos trabajos, porque ambos son financiados por el estado, en diferentes fondos. Merece la pena que los comentemos.

Muchas gracias por su atención².

² Durante la conferencia se proyectan ejemplos de obras cinematográficas.

Panel III. “Financiamiento de la investigación y de la creación: el impacto que las políticas de financiamiento están teniendo en la sociedad y en la educación superior”.

Modera: *Lionel Brossi*
Universidad de Chile

En el actual contexto de financiamiento para la creación e investigación en las humanidades, las ciencias sociales y el arte, concebido este en un determinado marco de desarrollo a nivel nacional, se espera que las y los exponentes presenten sus análisis sobre aquellas dinámicas que se han generado entre la producción de las ciencias humanas y las instituciones públicas, particularmente en términos de su significación, adopción y utilización en políticas públicas referidas al desarrollo social e intelectual del país.

Repensar los fondos públicos en nuestras disciplinas

Bernardo Subercaseaux
Universidad de Chile

Se nos ha solicitado referir al lugar que ocupan las humanidades y las disciplinas involucradas en esta área, pero también el arte y las ciencias sociales, en los organismos públicos de financiamiento a la investigación y creación en Chile, fundamentalmente el concurso FONDECYT Regular. En general, y voy a resumir mi opinión, creo que FONDECYT ha jugado un gran papel hasta aquí. Pero tal vez hay que repensar los fondos públicos para el área de humanidades, el arte y las ciencias sociales con otro esquema y voy a tratar de justificar mi postura.

FONDECYT, como decíamos, ha desempeñado un rol importante, por ejemplo, nosotros –y hablo de la Facultad de Filosofía y Humanidades de la U. de Chile que cuenta con 190 académicos– tenemos actualmente 37 proyectos FONDECYT vigentes e investigadores en áreas como filosofía, literatura, estudios latinoamericanos, lingüística y en educación. Eso es importante, sobre todo por que trasciende y se proyecta en la docencia y en la dirección de tesis. En el caso mío –es feo que uno hable de sí mismo, pero he tenido proyectos continuados desde 1986 hasta hoy día, o sea, 31 años– puedo afirmar que sin haber contado con el apoyo de FONDECYT habría sido imposible desarrollarme académicamente.

Pero a pesar de la significación que han tenido FONDECYT y CONICYT para las humanidades hay ciertos temas que debiéramos, desde nuestra perspectiva, poner sobre la mesa. Problemas que se hacen patentes cuando se revisa un cuadro elaborado por el propio FONDECYT respecto a los fondos otorgados en el concurso 2016. Por una parte está el tema de los fondos. Biología que tiene tres grupos de estudio o secciones, recibió en el año 2016, 16 mil millones de pesos. Sé que los biólogos tienen una estrategia, se defienden a

ellos mismos y defienden su área (una situación muy diferente a lo que pasa en humanidades, que tenemos en los grupos de estudios investigadores muy jóvenes sin una larga experiencia y que actúan con el cuchillo y la guillotina). Después ingeniería que tiene también tres secciones, recibió cerca de 12 mil millones en el año 2016. El área rotulada como ciencias sociales y Humanidades, pero que incluye una diversidad de disciplinas, entre otras arte, diseño, arquitectura, urbanismo, geografía, ciencias jurídicas, ciencias económicas y administrativas, educación, antropología, arqueología, sociología, lingüística, literatura, filología, historia, filosofía y psicología alcanza en total apenas a 16 mil millones. Lo que es poco significativo si se compara con una sola disciplina como biología o ingeniería. En nuestro campo hay situaciones en que un solo grupo de estudios incluye disciplinas muy diversas, por otra parte algunas de estas áreas como filosofía o arte no son propiamente ciencias, sin embargo deben presentar proyectos en un formato propio de las ciencias. La filosofía de alguna manera se pregunta por el sentido de la vida. Y esa pregunta se hace en base a filósofos anteriores, analizando pensadores anteriores, pero hay también filósofos creadores, que no son solo profesores de filosofía sino que son pensadores originales y para ellos el formato FONDECYT no funciona. Quiero citar un caso, que conocí de primera mano: debido a los requerimientos de FONDECYT y al formato de presentación de proyectos, en el pasado se rechazó un proyecto del profesor Humberto Giannini, fue rechazado porque de alguna manera no se inscribía en los parámetros que allí se consideraban. Y por supuesto los filósofos no trabajan con hipótesis, no le dan mucha importancia al marco teórico, y sobre todo filósofos que son creadores y pensadores originales como es el caso al que me estoy refiriendo.

Quienes trabajamos en literatura, en filosofía e incluso en historia tampoco hacemos ciencia en un sentido estricto, entonces estamos bajo ciertos parámetros que de alguna manera no corresponden plenamente a nuestras especialidades y debemos disfrazarnos. Son problemas a mi juicio que derivan de que estamos en un paraguas de ciencia y tecnología, de hecho cuando uno ingresa para postular a un proyecto FONDECYT Regular uno tiene que marcar 'ciencia' o 'tecnología' y hacer una selección. Cuando se llama por teléfono a FONDECYT o CONICYT el respondedor automático dice: "la ciencia cambia la vida"; en rigor podría decir "la ciencia, el arte y las humanidades cambian la vida".

Hay también un problema grave de los mecanismos de decisión del FONDECYT Regular, que es la eliminación por secretaría, es decir considerando el currículum y dándole puntaje sin leer el proyecto respectivo. Eso me parece muy complicado con profesores como Humberto Giannini, que no solía publicar en revistas ISI, sino que publicaba libros. He conversado este tema con miembros de grupos de estudios. Ellos están conscientes y algo lograron, incluyendo capítulos de libros y libros en el puntaje, fundamentalmente en la disciplina histórica. Pero cuando les pregunté por qué no repensaban el tema de otorgar puntaje por currículum y considerar ese aspecto como un elemento de descarte secundario, informalmente un miembro me dijo “no nos pagan mucho, estamos atorados de trabajo, hay escasez de evaluadores, y de alguna manera la eliminación por currículum y puntaje nos alivia el trabajo”. Ese no puede ser un criterio, es muy estrecho. Personalmente opino que los proyectos deben ser leídos y el mérito o la calidad del proyecto debe primar por sobre otras consideraciones.

Todas las disciplinas que mencioné en el rubro de humanidades y ciencias sociales tienen un peso muy menor y poco significativo en términos de recursos, respecto a disciplinas propiamente científicas o con posibilidad de aplicación tecnológica. Es una realidad. En las humanidades y ciencias sociales hay disciplinas distintas, algunas tienen una dimensión propiamente científica y otras no la tienen, como la literatura, la historia y la filosofía, que tienen dimensiones ensayísticas e incluso especulativas; y hay pocas posibilidades que en el esquema actual se consideren esas especificidades, situación que se repite y puede ser más dramática en áreas como arte y arquitectura. He leído un borrador de proyecto del Ministerio de Ciencia y Tecnología y las humanidades aparecen ahí, casi como una vaselina, entre la ciencia y la tecnología, es decir, no se realza su especificidad, y no hay mucho campo para relevar la importancia del conocimiento en las humanidades y la significación que tienen para la cultura y el desarrollo humano y espiritual del país. Por ejemplo el criterio de innovación, que incluso está en la propuesta de la ley superior de educación, que curiosamente, incluye una nueva actividad para las universidades además de las tradicionales (docencia, investigación y la extensión); esa nueva actividad es precisamente la innovación. Pero en el campo nuestro la innovación la podemos hacer en términos pedagógicos, o en programas de vinculación con el medio, sin embargo nosotros no estamos en la innovación en la línea del emprendimiento y de las nuevas tecnologías. Entonces son lógicas

que nos van dejando un poco afuera. No tengo nada en contra de la ciencia y la tecnología, creo que la ciencia es muy importante, y hay factores que me motivan sobremanera como la desalinización, la posibilidad de desalinizar utilizando energía solar las aguas del norte y transformar eso en un vergel, como lo fue en alguna época prehistórica; esa sería una cosa magnífica, y poder avanzar en ese terreno, o sea, la ciencia y la tecnología tienen un gran rol. Pero las áreas nuestras que trabajan otras dimensiones también tienen importancia. Chile es más conocido en el mundo por Pablo Neruda y Gabriela Mistral que por algún científico de renombre. Hoy día hay una hiperinflación de la cultura de masas, pero la cultura artística y el desarrollo de las humanidades está desvalorizado y menoscabado en el espacio público.

Hay que decir también que para las humanidades y el arte hay otras posibilidades de proyectos de investigación o investigación-acción, me refiero al Consejo Nacional de Cultura, el CNCA y futuro Ministerio de Cultura, pero resulta que ese Ministerio de Cultura está en una línea, que es valiosa, una línea que considera a la cultura prioritariamente como expresión social, que es distinto a entenderla como elaboración estética. Hay en el Consejo cierto anti-intelectualismo: decir “académico” en el Consejo es decir “denso”, y eso perjudica a los investigadores de la universidad de nuestras áreas. Entonces estamos un poco en una situación difícil. Quiero ejemplificar esto con una experiencia que hemos tenido, con respecto al programa de Información Científica de CONICYT. Nosotros –me refiero a la Revista Chilena de Literatura– hemos recibido por varios años un apoyo para nuestra Revista y el último año recibimos un financiamiento importante para digitalizar completa la Revista desde 1970 hasta hoy día, y en efecto actualmente está digitalizada gracias al apoyo de CONICYT. Pero nosotros fuimos a una reunión con la jefa del Programa de Información Científica y sus asesoras y ahí se puso como ejemplo el caso de una Revista de Biotecnología, una situación cuyos beneficios no alcancé a entender bien, y que de alguna manera me asustó. Se trata de una revista que fue presentada como un ejemplo de lo que teníamos que ir logrando con el tiempo, la Revista Electrónica de Biotecnología de la Universidad Católica de Valparaíso y de un proyecto de incrementar la visibilidad internacional y de los investigadores chilenos. ¿Cuál era el propósito del proyecto que ganó esa revista? Apoyar a investigadores chilenos incipientes. Hay en el país cerca de 40 programas de doctorado en biotecnología, y por lo tanto era muy importante darles

la posibilidad a los doctorandos o doctores recientes para que publicaran en esa revista. ¿Pero cuál era la dificultad?, ¿Por qué había que pedir apoyo económico para que estos doctorandos publicaran en esa revista de biotecnología?. Se trata de una revista en línea y en inglés que publica seis números al año en digital. Una revista que está en un convenio con la plataforma de ELZEVIER, plataforma de gran impacto y prestigio en el mundo científico, pero que es una empresa y que por lo tanto cobra 60.000 dólares anuales por participar en ella. La Universidad les debe haber dicho a los responsables de la revista: “Bien ustedes lo hacen, pero lo tienen que solucionar y pagar ese importe ustedes. Tienen que hacerse cargo de los 60 mil dólares anuales”. En ese predicamento la Revista de Biotecnología se ha visto obligada a cobrar a cada investigador que presenta un artículo y es evaluado positivamente, para ser publicado debe pagar la suma de 1.100 dólares por un artículo de 10 páginas y cincuenta dólares más por cada página extra. No hay posibilidad de rebajas ni facilidades de pago. En este contexto se les hace casi imposible a los doctorandos o doctorados chilenos en biotecnología publicar en esa revista y la propia Revista debió presentar un proyecto a CONICYT que pudiese financiar el costo para artículos de investigadores nacionales. ¿Qué es lo que le da la plataforma de ELZEVIER? Todos los artículos tienen que publicarse en inglés y ELZEVIER los revisa y corrige en inglés, y tiene un programa especial que controla si hay plagio o no. Le preguntamos al editor cómo se operaba y nos dijo que a través de un *call center* de la India, o sea como Movistar o como Entel, como esas cosas raras este *call center* que tiene el ELZEVIER obedece a un esquema económico de una empresa en que el celo científico corre a la par o tal vez detrás del celo mercantil. Ahora, esto es nuevo, esta asociación con el ELZEVIER de la revista es reciente y plantea grandes dificultades para la publicación de artículos chilenos o latinoamericanos, y desde que se implementó el convenio son sobre todo investigadores chinos los que publican y envían artículos a la Revista. Entonces este celo científico (la plataforma ELZEVIER tiene, como señalamos, un significativo impacto) que aparece como aliado del celo comercial y que de alguna manera se nos presenta como un ejemplo de lo que están haciendo revistas en el campo de las ciencias duras. Nos plantea una perspectiva totalmente ajena a las revistas en humanidades, es una lógica que cuesta entenderla y pude averiguar allí que hay un organismo chileno del Estado, que de alguna manera paga para que todas las universidades tengan acceso a la plataforma de ELZEVIER. Nuestro idioma de

partida no es el inglés que sí es un idioma universal y una especie de lengua franca en el campo de las ciencias. Francamente, no entiendo muy bien cuál es la lógica de que una revista tenga que pagar 60.000 dólares anuales y que tenga que cobrarle 1.100 a los investigadores y poco a poco vaya desapareciendo la posibilidad de que investigadores chilenos contribuyan a esa revista, porque no creo que CONICYT le vaya a dar, una, dos, tres, cuatro ni cinco veces estos apoyos para que los investigadores chilenos puedan postular sin aportar los 1.100 dólares. Entonces todo esto me parece que va avanzando hacia terrenos que no compartimos y que no son adecuados para nuestras disciplinas.

Por todas estas razones soy partidario de que se estudie la posibilidad de un Fondo aparte y diferente para las humanidades, las artes y las ciencias sociales, es el modelo que existe por ejemplo en Estados Unidos y en otros países. Fondos en que se puede perfilar el carácter específico de la disciplinas y en que criterios como la innovación, la aplicación y la alianza ciencia-industria pueden ser variables para la consideración de los proyectos científicos, pero no para las humanidades, el arte y algunas de las llamadas ciencias sociales. Reconociendo entonces todo lo que ha aportado FONDECYT y CONYCI, y estando totalmente de acuerdo con todas las innumerables cartas que escribe el profesor Babul, pidiendo más fondos para la ciencia, somos partidarios de estudiar la creación de un Fondo aparte a partir de los recursos que actualmente reciben las diversas áreas del arte, las humanidades y las ciencias sociales que hemos mencionado.

Creo que de este modo me estaría sumando a lo planteado por el profesor Sergio González, quien afirma que el crecimiento y desarrollo material y económico son muy importantes para el país pero también lo son el desarrollo espiritual, el desarrollo de las humanidades, el desarrollo de la cultura.

Algunas reflexiones sobre las consecuencias del sistema de financiamiento de la investigación científica en las ciencias sociales

Héctor González
Universidad de Tarapacá

Ayer en la tarde llegó Lautaro Núñez a mi casa, porque estaba en Arica y viajábamos en el mismo avión a Santiago, y me pidió ver el programa para saber a qué hora era su ponencia. Recién ahí me di cuenta que había cambiado el título del panel que me correspondía a mí y ya no era el de la invitación original de Jorge, quien me había solicitado presentar las consecuencias del sistema de financiamiento desde una visión regional, que era lo que había preparado. Entonces me empecé a urgir, y no dormí bien anoche, aparte que pudimos dormir muy poco por el horario del vuelo. Pero, escuchando las ponencias de los colegas, me doy cuenta que no voy a estar tan alejado del tema del panel.

El contexto

Para comprender las consecuencias del sistema de financiamiento en la investigación científica en el desarrollo de las ciencias sociales y las humanidades, necesariamente tenemos que referirnos al contexto imperante en nuestro país desde hace ya algunas décadas, al menos desde comienzos de los años 1980.

Existen más recursos para la investigación científica que aquellos que se canalizan a través de CONICYT

Todos los presentes estamos relacionados de alguna manera con programas acreditados, donde la excelencia de sus claustros académicos se mide por indicadores de productividad científica relacionados con el sistema CONICYT, especialmente los proyectos

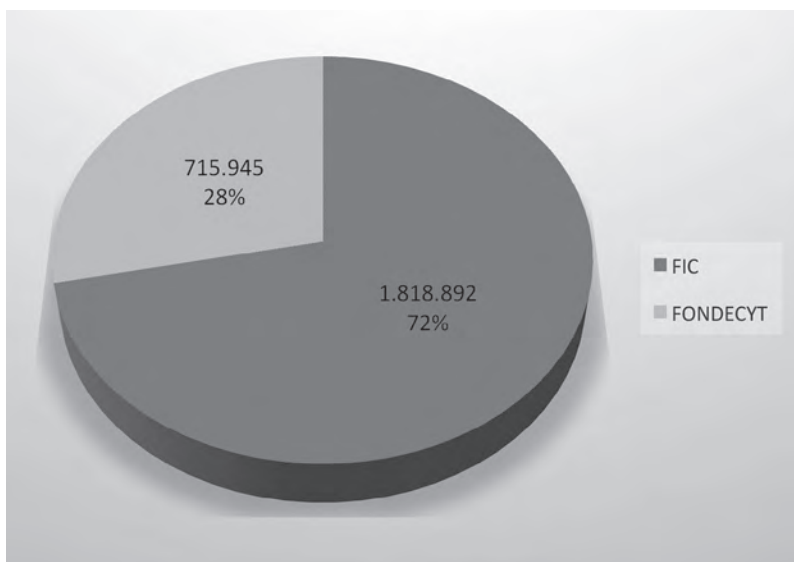
FONDECYT y los tipos de publicaciones que ellos exigen. Somos usuarios regulares del sistema CONICYT, y lo agradecemos, aunque a veces critiquemos su funcionamiento, sus programas y el financiamiento disponible. Pero, también hay que ser justos y decir que existen más fuentes de recursos que CONICYT.

En realidad, las fuentes de financiamiento de la investigación científica provienen del sistema CONICYT y de las propias universidades, pero también de otros fondos públicos y privados. Sabemos que los recursos CONICYT para la investigación se canalizan, principalmente, a través de los programas FONDECYT en sus variantes Regular e Iniciación¹. Así mismo, estamos al tanto, que los recursos disponibles en nuestras universidades son generalmente escasos, lo que ocurre también con los aportes provenientes de mundo privado en Chile. Lo que generalmente desconocemos es la cuantía de los recursos para investigación que se canalizan anualmente a través de diferentes organismos públicos.

Vale la pena ahondar sobre este punto. Desde ya hace varias décadas, a partir de la implantación del modelo neoliberal, que la investigación básica o fundamental recibe regular y periódicamente los embates de una tecnocracia que reclama por una actividad científica ligada a la innovación que impulse el crecimiento económico. Hace aproximadamente unos quince años atrás, frente a una de estas arremetidas, un destacado académico de las ciencias naturales, para fijar su posición de defensa, señaló un dato que normalmente no se trae a colación: que existe una enorme cantidad de recursos que se destinan a la investigación aplicada o a la innovación y que se canaliza a través de diferentes organismos públicos a través de diferentes modalidades. Si bien son difíciles de cuantificar, por la dificultad de distinguir entre las partidas presupuestarias, estos recursos parecen ser muy superiores a los que se destinan a la institucionalidad científica propiamente tal, a CONICYT y sus programas.

¹ Aunque existen otros programas CONICYT de desarrollo científico, con excepción de FONIS y de Astronomía, ellos no consideran fondos para investigación propiamente tal, sino para formar o insertar nuevo capital humano, lo que ocurre también con el programa FONDECYT de Postdoctorado.

Gráfico 1
Recursos (M\$) para la investigación.
Región de Arica y Parinacota, año 2013



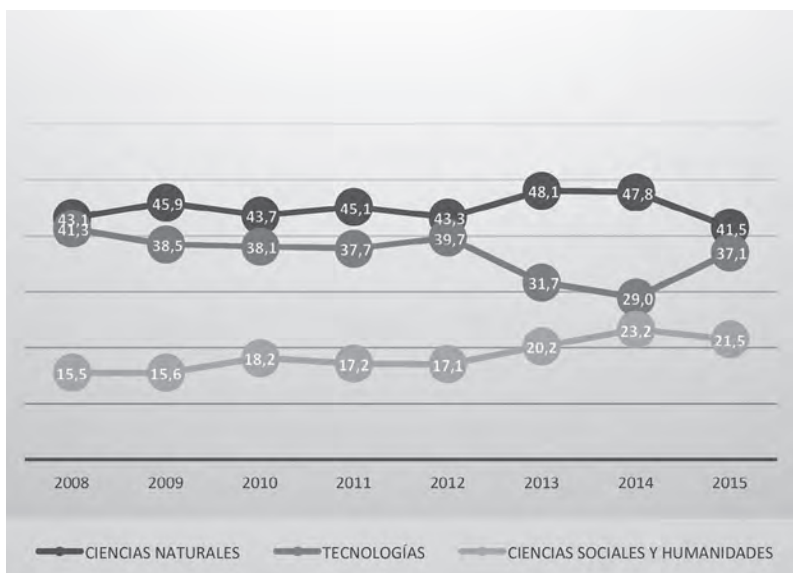
Un ejemplo de la cuantía de estos fondos es lo que ocurre en la Región de Arica y Parinacota, respecto de un solo fondo de apoyo a la investigación, el Fondo de Innovación para la Competitividad (FIC)² y los recursos provenientes de programas FONDECYT, que mostramos en el Gráfico 1. La conclusión es al menos inquietante, un único fondo público más que duplica los disponibles en el sistema CONICYT para el desarrollo científico regional. De más está decir que estos fondos no tienen el riguroso sistema de selección FONDECYT, sino que incluso pueden ser resueltos por una entidad política, como los consejeros regionales en el caso de los proyectos FIC.

² El objeto del Fondo de Innovación para la Competitividad (FIC) es financiar la ciencia, investigación aplicada, emprendimiento innovador, incluida la destinada a fortalecimiento de redes de innovación regional, formación y atracción de recursos humanos especializados, infraestructura y equipamiento de apoyo y promoción de la cultura pro-innovación y emprendimiento. Se asigna a Universidades estatales o reconocidas, instituciones acreditadas por CORFO y agencias acreditadas por MINECON.

Existe una distribución desigual de los recursos para la investigación científica³

Hasta fines de los años 1990, los recursos disponibles en el sistema FONDECYT Regular para la investigación en el área de las ciencias sociales y humanidades representaban, aproximadamente, un 12% del total (el 88% restante correspondía a las ciencias “duras” (ciencias naturales y tecnologías). Cuando se consultaba sobre esta situación de desigualdad, la respuesta era que esta distribución estaba vinculada a los fondos que las diferentes disciplinas habían captado “históricamente; y que alterar esta situación sin aumentar el fondo total disponible provocaría la reacción de las áreas de las ciencias duras, un argumento atendible.

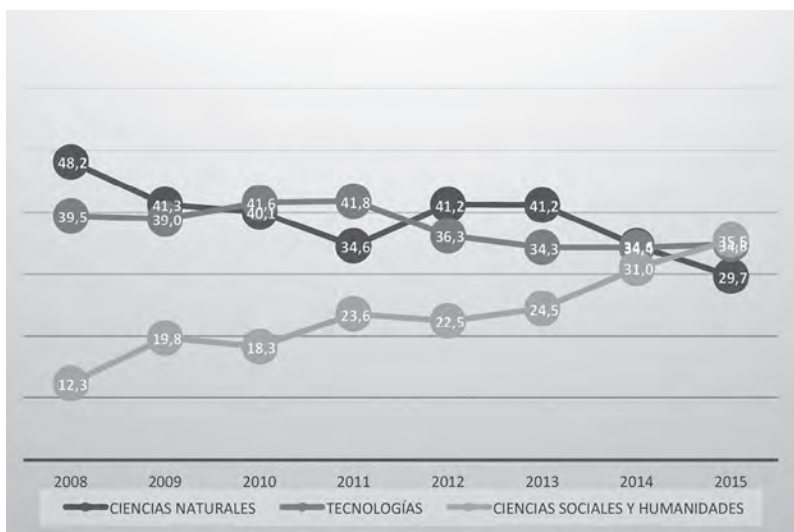
Gráfico 2
Distribución (%) de recursos. Programa FONDECYT Regular



³ Utilizo la cantidad de recursos asignados, no el número de proyectos financiados. Este último criterio es el que usa CONICYT, como lo hizo su Director Ejecutivo, Christian Nicolai, que me antecedió en este panel y mostró que con ese indicador existe una distribución igualitaria entre las diferentes áreas científicas.

En el Gráfico 2 se presenta la distribución de los recursos FONDECYT Regular desde el año 2008 a la fecha. Lamentablemente, no pude disponer de estadísticas para años anteriores, pero al año 2008, la participación de las ciencias sociales y humanidades solo habría subido poco más de 3 puntos porcentuales respecto de la situación existente a fines de los años 1990. De todas maneras, es posible observar que la brecha se ha acortado, especialmente a partir del año 2010 y que actualmente (al año 2015) la participación de las CSH alcanza a un poco más del 20% de los recursos asignados anualmente. Hay que reconocer que los fondos disponibles para nuestra área han aumentado y que casi se han duplicado, pero subsiste la desigualdad respecto del financiamiento.

Gráfico 3
Distribución (%) de recursos. Programa FONDECYT Iniciación



Según lo declarara la Directora Ejecutiva de FONDECYT hace pocos años, si bien se mantenía una brecha de asignación de recursos en el Programa FONDECYT Regular, se habían hecho esfuerzos por equilibrar la participación en el Programa de Iniciación. Ello es cierto, si se observa el Gráfico 3. Hay que reconocer que los nuevos

investigadores de nuestra área disponen de un fondo similar a los de las ciencias naturales y los de las Tecnologías cuando concurren. El punto sigue siendo que el Programa FONDECYT Regular es al que se destina la mayor cantidad de recursos (el 73% del total que suman ambos fondos), con lo que subsiste o no se ha acortado suficientemente la desigualdad para los investigadores de nuestra área con mayor experiencia.

El Aporte Fiscal Directo (AFD) y la valorización de productos específicos de la actividad científica

Hay un tercer punto que si bien no está relacionado directamente con la institucionalidad científica nacional, ha tenido consecuencias muy importantes para el desarrollo de la investigación, especialmente respecto del establecimiento del valor de la actividad científica. Se trata del financiamiento estatal a las universidades del CRUCH, que se realiza a través del Aporte Fiscal Directo (AFD), creado en 1981 y modificado en 1989, para establecer un fondo base (95%) y uno variable (5%), cuyo comportamiento anual modifica el primero, aumentándolo o disminuyéndolo para el año siguiente. En 1991 se precisó la composición del 5% variable, de acuerdo a los indicadores y proporciones que se presentan en el Gráfico 4⁴.

De los cinco indicadores que incluye el monto variable del AFD, los proyectos de investigación FONDECYT y las publicaciones incorporadas a revistas científicas de reconocimiento internacional representan un 60% del total. Las publicaciones aceptadas son aquellas incluidas en revistas ISI (ahora Web of Science, WOS), a las que se agregan en el año 2002 las indizadas en SciELO (equivalentes a un tercio del valor de las primeras). Las universidades, especialmente las más pequeñas y de regiones, con distinta suerte, han procurado incrementar el número de publicaciones de este tipo (cf. la Tabla 1), con el fin de ir aumentando su participación en la distribución del AFD. Esto no es extraño, ya que es precisamente el ámbito de las publicaciones el espacio de “crecimiento más asequible para ellas”.

⁴ Fuente: Ramírez, P. y Alfaro, J. Desincentivo a la investigación: resultado del comportamiento inequitativo del modelo de Aporte Fiscal Directo (AFD) a las Universidades Chilenas. *Formación Universitaria* 5 (4): 27-36, 2012.

Gráfico 4
Estructura del AFD y composición del 5% variable

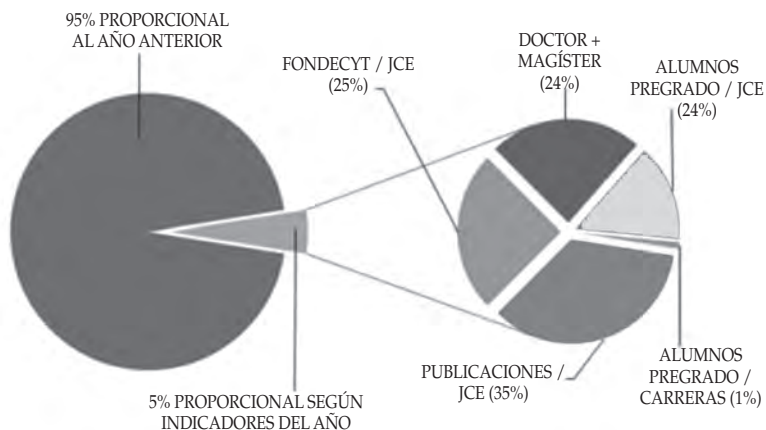


Tabla 1
Aumento (%) del número de publicaciones consideradas en el AFD (Años 2000 y 2015)

Universidades CRUCH	2000	2015	%
Universidad de Chile	622	2.030	226,4
Pontificia Universidad Católica de Chile	398	1.790	349,7
Universidad de Concepción	230	886	285,2
Universidad Austral de Chile	89	469	427,0
Universidad de Santiago de Chile	107	437	308,4
Pontificia Universidad Católica de Valparaíso	36	430	1.094,4
Universidad Técnica Federico Santa María	37	427	1.054,1
Universidad de La Frontera	36	390	983,3
Universidad de Valparaíso	23	337	1.365,2
Universidad Católica del Norte	41	286	597,6
Universidad de Talca	16	262	1.537,5
Universidad de Tarapacá	12	197	1.541,7
Universidad del Bío-Bío	13	156	1.100,0
Universidad de Antofagasta	20	146	630,0

Universidades CRUCH	2000	2015	%
Universidad Católica de Temuco	1	107	10.600,0
Universidad de La Serena	15	101	573,3
Universidad Católica de la Santísima Concepción	16	73	356,3
Universidad de Magallanes	14	73	421,4
Universidad de Los Lagos	6	61	916,7
Universidad Arturo Prat	7	52	642,9
Universidad de Playa Ancha de Ciencias de la Educación	3	50	1.566,7
Universidad Católica del Maule	0	47	100,0
Universidad Metropolitana de Ciencias de la Educación	2	39	1.850,0
Universidad de Atacama	0	25	100,0
Universidad Tecnológica Metropolitana	1	15	1.400,0

La importancia que alcanzan los proyectos FONDECYT y las publicaciones en revistas WOS y SciELO en el financiamiento de las universidades del CRUCH a través del AFD, no solo se manifiesta en la entrega de incentivos a sus académicos por estos productos, sino también ha influido al alza del valor que ellos han llegado a alcanzar dentro de la actividad científica. Obviamente, la centralidad que adquieren estos productos se correlaciona con la pérdida de valor de otros más tradicionales en las ciencias sociales y las humanidades, como veremos en el apartado siguiente.

Las consecuencias

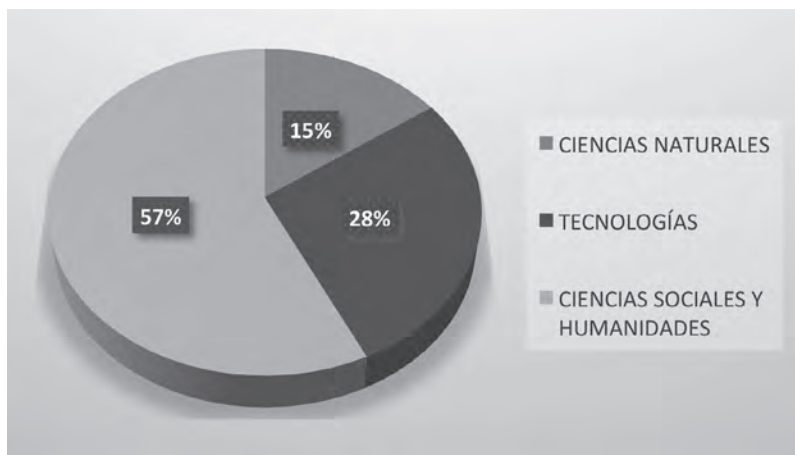
El contexto esbozado anteriormente ha tenido consecuencias para el desarrollo de la investigación científica en las ciencias sociales y las humanidades de las últimas décadas. A continuación reseñaré aquellas que me parecen más importantes. Para su identificación y caracterización he utilizados datos e información secundaria disponible, pero debo aclarar que gran parte proviene de la etnografía –o más bien autoetnografía– de mi propia experiencia “de campo”⁵.

⁵ “Campo” como espacio de la interacción social en la que se involucra el etnógrafo; pero también espacio “intelectual” en el sentido de la noción de campo de Pierre Bourdieu.

El impacto en las revistas científicas nacionales

En el contexto actual de desarrollo de la investigación científica ya no parecen tener cabida todas las revistas. Sobreviven o tiene mayores posibilidades de sobrevivencia aquellas que se adaptan a los requerimientos de indización. Las instituciones universitarias empiezan a poner condiciones para su creación y mantenimiento. En las universidades del norte de nuestro país, de donde proviene mi etnografía, se han empezado a implementar convenios de desempeño para el financiamiento de las revistas, donde se incluyen metas de indización progresiva: la orden es al menos “alcanzar el SciELO” (y luego ISI/WOS u otra intermedia como Scopus).

Gráfico 5
Revistas chilenas SciELO por áreas de conocimiento



Curiosamente, el resultado de este proceso es que la tendencia a la indización es mucho más pronunciada en las revistas del área de las ciencias sociales y humanidades, como se puede observar en el Gráfico 5. Sin duda, hemos tenido una gran capacidad de agencia, al menos en ubicar nuestras revistas en SciELO Chile, donde el 57% corresponde a nuestra área. De todas maneras, hay que anotar que las ciencias “duras” (Naturales y Tecnologías) necesitan menos de

este proceso, ya que están desde hace mucho tiempo conectadas con el “mundo” (ISI/WOS) y, de hecho, disponen de un número más alto de revistas donde publicar⁶.

Es también paradójal que este esfuerzo de indización se contradiga con la “desconfianza” del sistema hacia la publicación de los investigadores en revistas de su propia unidad académica o institución, a pesar de que sean evaluadas con un sistema de pares externos. Los grupos de estudios pueden aceptar que como resultado de un proyecto FONDECYT el investigador presente un artículo en una revista ISI/WOS de su propia institución, pero debe presentar necesariamente otro publicado en una que no lo sea. Esto no ocurre en las ciencias “duras”, sea porque publican más en revistas del extranjero, o porque las revistas chilenas de su área generalmente no son de unidades académicas o instituciones universitarias, sino de sociedades científicas o profesionales, con lo que parece evitarse la sospecha de privilegios.

Finalmente, también hemos empezado a asistir al colapso editorial de las revistas ISI/WOS nacionales del área de las ciencias sociales y humanidades, básicamente por el aumento de la cantidad de artículos que empiezan a recibir. Aparte de hacerse más lentos los procesos de manejo y edición de estas revistas, algunas han tenido que aumentar los números anuales y otras sencillamente posponer por dos o más años la publicación de artículos ya aceptados.

El impacto en los encuentros científicos

Los encuentros científicos mantienen su vigencia, ya que siguen formando parte de la tradición. Sin embargo, los antiguos Libros de Actas prácticamente se baten en retirada, precisamente porque ya no son funcionales dentro del sistema. Como una estrategia alternativa, los organizadores de simposios algunas veces ofrecen la posibilidad de publicar las mejores ponencias de sus mesas en revistas indizadas en las que tienen cierta influencia.

⁶ Hasta hace un tiempo atrás al menos la relación entre revistas ISI/WOS de las ciencias “duras” y de las Ciencias Sociales y Humanidades era de 5 a 1. Sin embargo, esta relación puede haber bajado, ya que ISI, que era originalmente de la Universidad de Michigan, fue comprado por la empresa Thompson Reuter, que ha ampliado su negocio incorporando muchas revistas de las ciencias sociales y Humanidades (lo que ha ocurrido también con revistas de nuestro país).

En este punto hay que señalar que las ciencias duras nos llevan mucha ventaja. Ellos publican desde hace ya tiempo no los Libros de Actas con las ponencias completas, sino los *proceedings* con los resúmenes en números especiales de revistas indizadas, que generalmente pertenecen a las sociedades científicas o profesionales que organizan los encuentros. Por este procedimiento, un texto de unas pocas líneas puede pasar a ser considerado como un producto ISI/WOS. Aunque algunos investigadores de las ciencias sociales y las humanidades de nuestro país están aprovechando estas oportunidades, hay que reconocer que no encontramos en el área un desarrollo definido de la razón instrumental de la participación en los congresos internacionales.

El impacto en proyectos y en la publicación de los resultados de investigación

Como se ha mencionado, se ha producido un proceso que ha desembocado en la centralidad de los proyectos FONDECYT y de la publicación de los resultados de la investigación en revistas indizadas ISI/WOS y SciELO⁷. El clima imperante es el de la competencia y la individualidad. La lógica es indudablemente neoliberal⁸. Los recursos son escasos, por lo que se deben canalizar hacia los proyectos que contengan las mejores propuestas de investigación y a los investigadores que presenten mayor productividad. La productividad se mide en número de proyectos FONDECYT y publicaciones ISI/WOS y SciELO, principalmente. Tanto para proyectos como para publicaciones parece importar más la cantidad que la calidad: tantos proyectos, tantos artículos, tantas citaciones...

El sistema financia proyectos de no más de cuatro años, la competencia no asegura la continuidad de programas de investigación de largo aliento. La preeminencia de los artículos ha provocado la derrota del libro, un elemento vital en la cultura de las Ciencias Sociales y las Humanidades. El libro se ha transformado en un

⁷ Aunque el margen puede ampliarse en la evaluación de la productividad de los investigadores de nuestra área, por ejemplo, incorporando Scopus y ERIH.

⁸ La Ley N° 18768 del 28 de diciembre de 1988, que en su artículo 50 establece la existencia de montos fijos y variables en el Aporte Fiscal Directo, es del Ministerio de Hacienda y tiene como objetivo fijar "normas complementarias de administración financiera, de incidencia presupuestaria y de personal" para diferentes ministerios.

objeto de culto, lo que en un mundo secularizado significa que es adorado por pocos o solo por “entendidos”, y despreciado por la mayoría o las tendencias de consumo. Paradojalmente, si el libro tiene alguna posibilidad, el camino parece ser la implantación de un riguroso sistema de “referato”, de un sistema de evaluación de pares externos, tal como el que existe en el Primer Mundo y en las revistas indizadas.

La desvinculación de la investigación de la enseñanza de posgrado

Estamos en un encuentro organizado por una red de programas de las ciencias sociales, las artes y las humanidades acreditados. No es necesario, entonces, abundar sobre los requerimientos de certificación de calidad que tienen los programas de posgrado, sin la cual sus alumnos no podrían obtener becas de estudio del sistema nacional.

Para la certificación de los programas es fundamental la “calidad” del claustro académico que lo imparte. La calidad se “mide” por la “productividad” científica de sus miembros. La productividad se calcula, nuevamente, por el número de proyectos FONDECYT y de publicaciones indizadas. Pero también por la presencia de líneas de investigación, es decir, paraguas de temas que agrupa la actividad científica de sus académicos.

Sin embargo, el clima de “individualidad” y “competencia” donde se desarrolla la producción científica muchas veces dificultan la generación de líneas de investigación compartidas. La prueba más clara de ello es que, a pesar que las universidades las más pequeñas y de regiones del CRUCH han aumentado el número de publicaciones para incrementar su participación en el Aporte Fiscal Directo, siguen teniendo problemas para levantar programas de posgrado que puedan certificarse.

Un quiebre cultural generacional

Una búsqueda rápida en el nuevo sistema de información científica de CONICYT, que mide la productividad científica en número de publicaciones ISI/WOS y número de citaciones, enseña que nuestros Premios Nacionales en el área de las ciencias sociales, humanidades y artes recién aparecen en los lugares por sobre los 300 o 500 (si aparecen). No es que no tengan calidad y merecimientos, por favor, sino que los criterios que se utilizan para galardonarlos

son otros y pertenecen a lo que podríamos denominar como nuestra cultura “tradicional”.

Ellos pertenecen, como el que escribe, a una generación de antiguos investigadores con una cultura no adaptada al nuevo sistema, incómodos y generalmente críticos del sistema imperante, lo que muchas veces desemboca en una actitud apocalíptica⁹. Pero, como contrapartida, observamos la aparición de una generación con una nueva cultura de productividad científica, muy cómoda en el sistema. Su actitud es de integración al sistema y, aunque respetan a los “antiguos”, no puedo dejar de tener la impresión que muchas veces lo hacen de la misma manera que respetan los “fósiles” por su importancia histórica.

El nuevo perfil del investigador en ciencias sociales y humanidades

Las condiciones imperantes han favorecido la emergencia de un nuevo tipo de investigadores en las ciencias sociales y las humanidades¹⁰. Integrados al sistema, son competitivos y tienen una disposición “atlética”, en el sentido que la productividad científica parece ser algo así como una cantidad de ejercicios: un FONDECYT, dos FONDECYT, tres FONDECYT..., una ISI, dos ISIS, tres ISIS, cuatro ISIS, cinco ISIS... (pronto debiera ser una citación, dos citaciones, tres citaciones...).

Se trata de investigadores que pueden ser positivistas o con tendencia a la “métrica”. Si se puede medir el fenómeno o el objeto, tanto mejor, porque hay más revistas que publican lo que se mide. Pueden también, si es el caso, practicar un interdisciplinarismo interesado, donde no parece importar tanto la comprensión multidimensional de una realidad, sino el acercamiento a disciplinas donde existen mayores oportunidades para publicar.

Son ciudadanos del mundo y el mundo es anglosajón. Viajan constantemente al extranjero y mantienen redes de cooperación académica internacional. Se autodefinen como investigadores, desprecian en muchos casos la docencia y carecen también de identidad

⁹ Parafraseando la oposición entre apocalípticos e integrados que desarrolla Umberto Eco en su estudio sobre la cultura popular y los medios de comunicación de masas.

¹⁰ En un ejercicio de reflexividad, debo aclarar que mi descripción de este nuevo perfil puede contener sesgos, ya que la mayor parte de mi etnografía (o auto-etnografía) proviene del campo de la antropología y la arqueología.

institucional, ya que no tienen mayores problemas de moverse o buscar nuevas posiciones en otras universidades en busca de mejores oportunidades.

Esta descripción del perfil del nuevo investigador no debe entenderse como un esfuerzo de caricaturización. Lejos de ello, mi interés radica únicamente en caracterizarlos, pues tenemos que asumir que convivimos con nuevos investigadores que, cómodos en el sistema, representan un quiebre generacional respecto de los antiguos investigadores identificados con lo que se podría denominar como la cultura “tradicional” de las ciencias sociales y las humanidades, dentro de los que me incluyo. Un encuentro como el que nos reúne no puede descuidar este hecho.

La representación de nuestras áreas del conocimiento en los organismos públicos y el financiamiento de la investigación y creación en Chile

Sergio González
Universidad Arturo Prat¹

La formación de capital humano avanzado en Chile

Aproximadamente el 95% de la investigación en ciencia y tecnología (incluyendo las humanidades) es financiada por el Estado, y su principal agencia para esa tarea es CONICYT. Por lo tanto, estamos afirmando que en nuestro país la discusión sobre ciencia, tecnología y humanidades es propia de la esfera pública y se desarrolla preferentemente en las universidades.

Sabemos que la Formación de Capital Humano Avanzado (FCHA) en Chile no ha respondido a una política que pretenda alinear necesidades específicas y prioritarias para el desarrollo del país, que podríamos definir de “misionales”, porque el consejo de ministros que debió en 2008 establecer las áreas o intereses estratégicos que dieran sentido a esta política pública nunca sesionó. De tal modo, los becarios del programa de “Becas Chile” partieron al extranjero a formarse según sus propios intereses, lo que podría definirse como “curiosidad” científica. Sin duda, esto estuvo muy bien porque ampliaron el campo formativo de nuestros becarios, pero aumentó el riesgo que eligieran áreas no prioritarias o estratégicas para el país en su conjunto, generando un problema posterior de inserción.

Los decretos supremos N° 664/2008 y N° 335/2010 que dieron origen a Becas Chile y Becas Nacionales respectivamente, fueron resultado de una decisión política bien inspirada que tenía por misión aumentar no solamente capital científico nacional, sino también

¹ Actualmente en Universidad de Tarapacá.

los capitales cultural, cognitivo y simbólico, fundamentales para el desarrollo del país. Sin embargo, no se pensó en el escenario del retorno de los becarios. Se les obligó a retornar sin ofrecer alternativas de inserción, excepto programas precarios como el PAI CONICYT. Además, con un mundo empresarial absolutamente distante de este fenómeno que debería ser de su mayor interés.

Desde las fechas de la promulgación de dichos decretos ya ha transcurrido casi una década y es el momento de evaluar si dicha misión se ha cumplido. No es posible realizar esa evaluación considerando solo la productividad científica del país. Se podría señalar, por ejemplo, que esta ha aumentado en un 11% anual o que Chile representa un 8% de las publicaciones indizadas de América Latina, y quedarnos conforme. Al contrario, deberíamos construir indicadores que relacionen el desarrollo del país, no solo en ciencia y tecnología sino también en capital cultural, con esta política pública de formación de capital avanzado. Con relación a las Humanidades, deberíamos construir otros indicadores, y preguntarnos qué tan bien estamos culturalmente hablando. El desarrollo espiritual del país no es una anécdota, pues hemos mercantilizado todo, incluso los indicadores en ciencia, tecnología y humanidades.

¿Cuál es el papel de los ex becarios –tanto de Becas Chile como Nacionales– en el desenvolvimiento del país?, ¿dónde se han insertado laboralmente? ¿La inversión en la formación de capital humano avanzado ha contribuido a una mayor equidad en la sociedad chilena, dándole mayores oportunidades a talentos que no tenían los recursos necesarios para financiarse posgrados nacionales o extranjeros?

Lo que llama la atención es que hacia 2010 ambos tipos de becas contaron con un presupuesto muy similar: 41.289 millones de pesos para Becas Chile y 41.209 millones de pesos para Becas Nacionales; sin embargo, al año siguiente Becas Chile aumentó su presupuesto en un 34.2%, mientras Becas Nacionales solamente en un 3.2%. En los años posteriores los presupuestos no han aumentado o disminuido en forma brusca, y se conservó la diferencia entre ambos tipos de becas. Solamente en 2015 se observa una caída generalizada en ambas becas y también en las complementarias. Podemos concluir que en 2011 hubo una decisión política de favorecer a las becas de posgrado en el extranjero por sobre las becas nacionales. Es evidente que dicha decisión no respondió a una política de desarrollo de las ciencias o de desarrollo del país en áreas estratégicas, sino

posiblemente a razones presupuestarias y, secundariamente, por una menor oferta de programas de posgrado acreditados en Chile en esos años.

Si agrupamos a los becarios de doctorado nacional y nacional para extranjeros entre 1998 y 2014 llegamos a 6.362, cifra muy similar al total de jornadas completas equivalentes con doctorado de las universidades de CRUCH en el año 2014: 6.241 (Anuario Estadístico CRUCH).

Si además sumamos el total de becarios de CONICYT internacional y Becas Chile, 3.137, alcanzamos un total de 9.499 beneficiarios, es decir, un 34,3% más que los doctores con jornada completa de las universidades del CRUCH. La pregunta es: ¿Estos doctores podrían ser un verdadero recambio en las universidades chilenas? Si observamos la tasa de contratación, nos damos cuenta que la respuesta no es muy positiva. La pregunta es: ¿son vistos más como una amenaza que como un aporte? La respuesta requiere saber cuánta resistencia o interés existe en las universidades por la inserción de capital humano avanzado. Se podría suponer que en las universidades públicas y regionales el interés podría ser mayor, pero es solo un supuesto.

Entonces hablemos de equidad. El proceso de selección de los beneficiarios de las becas nacionales y para el extranjero ha estado basado en la excelencia de las postulaciones, atendiendo a: calificaciones académicas del postulante; calidad de la institución receptora; y propuesta o proyecto expresado por el postulante. ¿Qué oculta la excelencia?

Desde 2010 a 2015, el 53% de los seleccionados proviene de establecimientos de educación media particular pagado, mientras el 19% de seleccionados provenientes de establecimientos municipales. Incluso ese 53% es también muy superior al porcentaje de aquellos provenientes de colegios particulares subvencionados. ¿Cabe la pregunta respecto de quién –en definitiva– se está beneficiando con estos recursos públicos? ¿El talento de los estudiantes chilenos está concentrado en esos colegios y en esas proporciones? Se supone que estadísticamente el talento se distribuye en forma normal, son las oportunidades las que no se distribuyen normalmente. Una política pública debería tender a corregir ese desequilibrio. Entonces, deberíamos analizar este problema en forma estructural. Aquí deben darnos una respuesta las ciencias sociales y las humanidades.

Cuadro 1

Tipo establecimiento	2010	2011	2012	2013	2014	2015	Total	%
Estudios en el extranjero	0	13	11	12	8	8	52	1%
Municipal	173	151	124	155	148	146	897	19%
Particular pagado	369	413	432	449	425	384	2.472	53%
Particular subvencionado	233	191	204	199	181	215	1.223	26%
Sin información	0	5	6	1			12	0%
Total	775	768	771	815	762	753	4.656	100%

Fuente: CONICYT.

¿No será que detrás de la exigencia de “excelencia” estamos aumentando la brecha de la desigualdad y de la inequidad? ¿Cómo corregirlo?

También observamos una desigualdad cuando incorporamos la variable territorial. Una política de formación de capital humano avanzado debería conciliar la concentración de las becas en áreas estratégicas para el desarrollo del país y, por otra parte, propender a la descentralización.

Con base en el perfil requerido para la postulación a las Becas Chile, los estudiantes seleccionados provienen principalmente de universidades de la región metropolitana (la Universidad de Chile, con más de 1.250 seleccionados desde el 2010, seguida por la Pontificia Universidad Católica de Chile con 1.180). Las otras universidades preferidas son: de Concepción 359, Austral 171, USACH 154 (también capitalina).

Cuadro 2
Universidad de origen de los seleccionados

Nº	Universidad origen de los seleccionados	Nº seleccionados
1	Universidad de Chile	1.250
2	P. Universidad Católica de Chile	1.180
3	Universidad de Concepción	359
4	Universidad Austral de Chile	171
5	Universidad de Santiago de Chile	154
6	P. Universidad Católica de Valparaíso	151
7	Universidad de Valparaíso	119
8	Universidad Técnica Federico Santa María	113
9	Universidad Diego Portales	98
10	Universidad de La Frontera	97
11	Otras universidades	964

Fuente: CONICYT.

El problema no se encuentra en estas universidades sino en la menor competitividad de las otras instituciones de educación superior. La región metropolitana concentra más del 50% del total de los seleccionados (2305). Le sigue muy de lejos la región del Biobío (327). Además, el ítem “sin información” (785) posiblemente oculte a postulantes de la R.M., y algunas regiones de origen corresponden a postulantes también ubicados en Santiago.

Cuadro 3
Regiones de origen de seleccionados

Nº	Regiones de origen	Nº seleccionados
1	Metropolitana	2.305
2	Biobío	327
3	Valparaíso	309

Nº	Regiones de origen	Nº seleccionados
4	Extranjero	232
5	La Araucanía	135
6	Los Ríos	100
7	Maule	83
8	Los Lagos	81
9	Libertador General Bernardo O'Higgins	68
10	Antofagasta	66
11	Coquimbo	53
12	Magallanes y Antártica Chilena	32
13	Tarapacá	29
14	Arica y Parinacota	20
15	Atacama	18
16	Aysen del General Carlos Ibáñez del Campo	13
17	Sin Información	785

Fuente: CONICYT.

Es evidente que no basta con señalar a la región metropolitana como la que concentra a los postulantes, también podríamos encontrar brechas importantes si desagregamos esa demanda por comunas.

Por lo anterior, se sugiere una “corrección descentralizadora”, que debería ser tarea metodológica de las humanidades y las ciencias sociales. Por ejemplo, podría realizarse a través del Programa de Inserción de Capital Humano Avanzado de CONICYT, orientándolo y focalizándolo hacia las regiones con menos postulantes y presencia en este programa. Generalmente coinciden con aquellas territorialmente más distantes a la región metropolitana (regiones extremas).

Las regiones serán más atractivas para los becarios en la medida que las estrategias de desarrollo regional requieran de capital humano avanzado, por lo tanto, a las autoridades y planificadores regionales les cabe un papel relevante en esta tarea descentralizadora

del talento calificado. También las universidades y centros de investigación tienen un papel clave en dicha estrategia.

¿Cómo se han distribuido las becas (extranjero) según área OCDE? Las postulaciones admitidas por la convocatoria 2016 fueron las siguientes:

Cuadro 4
Distribución de becas según disciplinas

Ciencias sociales	43%
Ciencias naturales	21%
Humanidades	17%
Ingeniería y tecnología	11%
Ciencias médicas y de la salud	5%
Ciencias agrícolas	3%

Fuente: CONICYT.

Vemos que las humanidades ocupan el tercer lugar del ranking, pero las ciencias sociales ocupan el primero, es decir, notoriamente son las ciencias sociales y las humanidades las más beneficiadas en la selección de becarios al extranjero. El impacto que este fenómeno masivo tiene y tendrá en estas disciplinas en Chile (y en la sociedad nacional) está por estudiarse, pero podemos suponerlo positivo a nivel del capital cultural, entre otros.

Es interesante que –según estas mismas áreas– al considerar a las universidades de destino ranking WOS (Web of Science) 2010-14, las humanidades son las que tienen más postulaciones en las *top 10*, con un 21%, le siguen ciencias sociales 9% y ciencias médicas 6%. Es decir, nuestras disciplinas lideran la formación de capital humano avanzado en el extranjero, ahora falta que lo hagan desenvolviéndose como los profesionales y especialistas que son en nuestro propio país. Sin duda, carecemos de la política pública que resuelva este nudo gordiano.

2. Conferencia Magistral: El papel y los desafíos de las Humanidades en el siglo XXI

Juan Marchena

Universidad Pablo de Olavide (Sevilla)

Esta conferencia está dividida en apartados. Sus números, que iré cantando, ascienden del uno al doce, más una coda final. Cada cual puede ir pendiente de por qué número vamos y tomarlo como índice o guía para saber dónde estamos y, sobre todo, para saber lo que falta para terminar.

Pueden ustedes decir como aquel asistente a un concierto de una cantante no muy diestra en su oficio, que le comenta a la persona que tiene al lado: “¿No cree que la soprano va demasiado aprisa?” Y el otro le contesta: “Mejor, así acaba antes”.

Número Uno. Una cuestión personal

Como saben soy físico e historiador. Parto de esta premisa para poder dar una conferencia como esta y arribar al final sano y salvo al puerto al que quiero llegar. Debo reconocer que desde muy joven supe apreciar, supongo que por designios de la madre naturaleza, no hay otra explicación, la belleza de los algoritmos. Unos se emboban cuando niños por otras cosas, yo por los algoritmos. Di muestras de rareza desde muy chiquito. Algo más mayorcito sentí fascinación por el razonamiento ajustado y una atracción irrefrenable por la deducción. Y ya de adolescente el discurso del método, en su aplicación práctica, me sedujo totalmente. Y la medida de las variables. Pero enseguida también quise adentrarme en los caminos de lo micro y lo macro. La física y sus leyes me deslumbraron: poder pasar de tratar de entender las partículas elementales a las galaxias más alejadas. Dejarme llevar por la obsesión de medir, medir para

conocer: del peso atómico al peso del universo. De la energía contenida en un quarks a la de un agujero negro.

Pienso ahora en Humboldt, un personaje asombroso, un híbrido también. Por cierto no se pierdan el libro que acaba de salir, de Andrea Wolf, *La invención de la naturaleza. El nuevo mundo de Alexander Von Humboldt*. La obsesión de medir: llevaba consigo 40 aparatos de medición. Todo lo medía.

Humboldt apreciaba y practicaba el método Newtoniano: él fue quien estableció que el método científico tiene dos fases: análisis y síntesis.

Análisis: la observación, la medición precisa, los instrumentos, la ordenación de los datos.

Síntesis: el gran observador se transforma en el gran pensador, el creador de la conclusión, que debe tener la mayor amplitud posible.

Así, observar es atender a la diferencia entre cosas similares, de ahí la necesidad de medir. Pero comprender es atender a lo común entre cosas diferentes, que ya han sido medidas.

Sus amigos eran Schiller y Goethe. Entre tabernas, cenas, gritos y alaridos, muchas veces. Humboldt hizo avanzar la ciencia, metió al continente americano en el mundo de la ciencia. Aún lo seguimos citando. Pero Schiller y Goethe crearon el romanticismo. ¡Y eran inseparables los tres! Para ellos todo era un todo. Inseparable. En el mundo, la naturaleza y la vida, y la naturaleza social, el individuo en su conjunto y en conjunto, no podían tomarse como cosas distintas, diferentes.

Ahora, inmerso en el proyecto amazonas que dirijo, me acuerdo de otro contemporáneo suyo... Alexandre Rodrigues Ferreira. *Diario da Viagem Filosófica* (¡qué título!). Recorrió el Amazonas en 1783-1792. Todo lo midió, todo lo dibujó, en láminas, grabados, dibujos, acuarelas, y las llevó a Lisboa.... Una joya de la ciencia, tanto que, por el Tratado de Sintra de 1808, por el cual los franceses napoleónicos vencidos por Wellington se retiraban de Portugal, uno de los presentes principales que llevaron al emperador fue parte de los cuadernos de Rodrigues Ferreira.

Midiendo, hallamos mundos sin fin. Hemos seguido midiendo y midiendo. Descendemos a la materia o ascendemos a la materia. Incluso manejamos la antimateria. Pero, y con todo eso, desprendido de sentido y rumbo, ¿a dónde vamos?

La agencia estatal europea acaba de publicar el mapa de la Vía Láctea, con 1000 millones de estrellas. Pero hay al menos 400.000

millones de galaxias detectadas. Es decir, hemos medido la punta de un alfiler.

Y viene la primera reflexión: si con base en medir y medir solo hemos conseguido medir la punta de un alfiler, mientras aquí, en la vida de lo cotidiano, las cuestiones terrenas nos parecen lo más de lo más, y la gente se mata por ellas, uno se pregunta, ¿la humanidad es consciente de su lugar en el universo? Entonces, ¿qué estamos midiendo? Las medidas a veces no tienen sentido si no las situamos a escala humana. O al revés, si no situamos la escala humana en el contexto del universo.

Una de nuestras herencias educativas más dañinas ha sido la de establecer una frontera bélica entre ciencias y letras. Y enfrentadas entre sí, como escribió Manuel Rivas, como huestes medievales.

En realidad, las ciencias y las letras son diferentes modos de ver una misma cosa. En realidad, una misma agudeza crítica debe atravesar a todas estas disciplinas. Comprender, de eso se trata, y “cargarse de razón” para explicarlas.

Nos asalta la pregunta de Leibniz: ¿por qué hay algo en lugar de nada? Y descubrimos que el universo es dialéctico. Que la nueva ciencia y la nueva filosofía nos dicen que el universo es espacio y materia a la vez. Que se curva, como el pensamiento.

Surge así el contacto de las ciencias con la filosofía. La búsqueda del hombre, que forzosamente debe hacerse en sus medidas, su medio, que son su sociedad y su cultura (ampliando el concepto a su sentido más abarcador). Era lo que a mí, en ese momento de mi formación, me faltaba. Al mismo tiempo que resolvía ecuaciones, leía con pasión la biblioteca de mi abuelo que pronto fue mía. Allí habitaba otro universo: surgía otra llamada, la de la no-medida. La medida de la persona en humanidad.

La facultad de física (de ciencias en aquellos años de finales de la dictadura de Franco) y la facultad de filosofía y letras estaban separadas por una verja de hierro. Para evitar, suponían las autoridades rectorales de la época, las concentraciones estudiantiles demasiado numerosas. Pero se me antoja que era también un símbolo de la separación entre las disciplinas. Cada una en su lugar, cada una en su sitio, tomando medidas. La lucha contra la dictadura de Franco inundaba las aulas, de modo que nos movíamos entre dos laboratorios: el mesón de ejercicios o la biblioteca de letras, y la calle. Y en medio, como un formidable catalizador positivo, y por cuestiones familiares, se hallaba mi inserción en América Latina, mi contacto personal, íntimo, permanente, epidérmico, con los exilios

latinoamericanos de los setenta, argentinos, chilenos, uruguayos, brasileños. La lucha por la libertad del continente fue una inoculación fatal.

Si sumamos todo esto al descubrimiento de mis maestros (pocos en la universidad, casi todos en el marco de ese exilio, los grandes intelectuales de cuatro países fundamentales, y mis primeros viajes a América Latina, en procura también de esos maestros) provocaron en mí una reacción de envergadura hasta hacerme un híbrido cultural, familiar, sentimental, continental, identitario, lingüístico, por naturaleza desnacional, por decisión comprometido, por voluntad mestizo. No solo las humanidades y la física convivían en dialéctica armonía en mí, sino yo mismo habitaba mundos diferentes que en mí se conectaban.

Tuve maestros formidables desde la historia (qué grandes conversaciones con aquellos profesores llegados con el exilio del otro lado del mar –vinos de por medio– en las que se saltaba de los merovingios a la reforma agraria del Perú promovida por Velasco Alvarado) desde la literatura (¿Qué tal tutear a algunos de los autores que constituyeron el famoso “boom”? a la música (los y las cantautores de la nueva canción, del llamado al otro lado del océano Folclore latinoamericano o Rock Nacional, que me enseñaron codo con codo a guitarrear...) convivir con poetas, luchadores sociales, economistas de la CEPAL... Pero a la vez tuve entonces, y los conservé en el tiempo felizmente, maestros de la facultad de ciencias, procedentes del campo de la física, de la neurociencia, de la termodinámica, de la mecánica estadística, de la biología del comportamiento, y quiero citarlos aquí, Valeriano Ruiz, José María Delgado, Antonio Pascual, José Luis Pino, por lo que pasé a verme envuelto en preguntas como ¿por qué mover los ojos si podemos mover la cabeza? o cómo desarrollar energías limpias a partir de la radiación solar cerca del Chimborazo, o las aplicaciones en la historia serial de la teoría de colas, o aun cómo se organizan las aves en migración... Bueno, ¿qué me enseñaron, en síntesis?: que todo sirve para comprendernos, en la física y las humanidades y las ciencias sociales.

Porque la realidad es una red de relaciones que rigen el comportamiento de cada vector de cada nudo que la compone; una red que conforma el conocimiento; una red que debe manejarse en el espacio y en el tiempo en los que esta red existe y evoluciona. Así, hacer ciencia es un incesante ir y venir entre la observación y la comprensión. Y en ese pasaje se crea el pensamiento en continuo cambio, en

continua crítica. No hay diferencia en este sentido entre las disciplinas científicas.

Y un querido maestro chileno-venezolano, geógrafo integral, otra especie de Humboldt del S. xx, Pedro Cunil, me hizo caer en la cuenta de que en la historia de la humanidad y del paisaje humano, no podíamos desprendernos de la física: en el paleolítico, me decía, se le cambió la forma a la materia. En el neolítico, se transformó la materia. Y ahora, concluía, estamos creando la materia.

En la misma dirección, otro querido maestro, Manuel Moreno Fraguas, un cubano más cubano y más grande que el Morro de La Habana, me recomendaba siempre no abandonar jamás el pensamiento científico, por más humanista que pudiera ser; precisamente por eso, decía. La humanidad es el corazón de la ciencia, y la ciencia el principal logro de la humanidad. Matemática, física, ingeniería e historia. Por eso casi gritaba (y lo tiene escrito):

“Quien no maneje e interprete las cifras, quien sea inepto para las matemáticas, jamás será historiador. Quien sea incapaz de comprender la belleza extraordinaria y el fabuloso mundo intelectual que hay detrás de un híbrido del maíz, una maquinaria o un nuevo alimento para el ganado, jamás será historiador. Pero quien no sienta la alegría infinita de estar aquí en este mundo revuelto y cambiante, peligroso y bello, doloroso y sangriento como un parto, pero como el creador de nueva vida, está incapacitado para escribir historia. Y quien en esta hora no sienta el deber de crear; quien no sienta el deber de estar aquí aunque sea simplemente quemándose como leña en este fuego; quienes no estén más allá de tu libro y el mío, de te-escribo-la-nota-de-tu-libro para que luego tú-me-escribas-la-nota-de-mi-libro, jamás podrán ser historiadores”.

Bueno, aquí termina el punto uno.

Dos. Una pelea en la frontera. Lucha de algoritmos

Pensamos (o los ministerios piensan) en la ciencia solo en su parcela de desarrolladora de aplicaciones prácticas. Pero nos olvidamos de la ciencia teórica. La ciencia teórica es la raíz. Sin ella no hay ciencia. Ninguna. Después de ésta vendrán las otras. Y la ciencia teórica sufre la misma discriminación que las humanidades. Es decir, el pensamiento es el que está discriminado, ¡Qué interesante! Por los dos extremos: pensar en la materia o en la antimateria, o pensar en la infinitud de la creación humana, ahí nos tachan de

improductivos. ¿Será que es el pensamiento lo que es tachado de improductivo?

Pero es una afirmación que no se sostiene: La física cuántica fue descubierta hace más de un siglo, y siempre fue relegada por su inutilidad. Un señor llamado Max Planck desarrolló la teoría cuántica en 1900, cuando explicaba que la luz es emitida por medio de energías “cuánticas”, múltiplos exactos de cierta cantidad mínima, o “cuanto”, pequeños paquetes de energía, luego llamados fotones por Albert Einstein. Hablamos de una cantidad de energía muy pequeña, pero muy importante. Aun el tenue y oscilante brillo de una vela produce un torrente de fotones (trillones por segundo), que son irradiados como arena derramándose cuando uno vuelca un cubo; parece ser una corriente continua, pero en realidad es una multitud de diminutos granos perdidos dentro del flujo mayor ¿Y eso para qué servía?

Solo ahora, cuando esta teoría se ha aplicado a la mecánica cuántica que rige nuestras vidas, se ha tornado en ciencia imprescindible: y así es la base del funcionamiento de los ordenadores, de los teléfonos móviles, de los televisores, de la fibra óptica, de internet... sin ella no funcionaría Uber, Amazon, Google, WhatsApp...

Los científicos de verdad, sean de la disciplina que sean, por supuesto incluidos los de las ciencias sociales, los de las humanidades, los de la comunicación o aun los que miran la realidad desde las artes, pertenecen a esa parte de la población que sirve a la humanidad, que están ahí por la alegría del descubrimiento, de la construcción, de la creación del pensamiento.

A veces hay progresos tecnológicos más allá de los cuales no se puede ir. Como decía Humberto Eco, no se puede inventar una cuchara mecánica cuando la de hace dos mil años sigue funcionando tan bien. Pero resulta que la propia inercia del desarrollo sin progreso conduce a esta incongruencia.

Unas palabras sobre mis queridos algoritmos, tan de moda como si fuesen personajes de *Juego de Tronos* (bueno, igual lo son y no lo sabemos). Sin embargo, como decía un admirado maestro citando a un clásico, son utilizados hoy para construir un mundo con muchas reglas y ninguna misericordia. Los algoritmos regulan nuestras vidas hasta límites insospechados o no revelados. Tanto que puede demostrarse que existe una relación directa entre los algoritmos y el aumento del paro. Los patrones numéricos se han convertido en el mundo empresarial e industrial en un instrumento de primera necesidad, y en un arma muy competitiva. La robotización (los

sindicatos españoles piden que los robots paguen impuestos como los trabajadores) se extiende por la industria, y todos son manejados por algoritmos. Transforman los datos en acciones. ¡Y a coste cero! Hay en ellos una limpieza mecanicista que asusta.

Los algoritmos parecen hacer las cosas mejor que nosotros, incluso decidir por nosotros, porque –aseveran– deciden mejor que nosotros. Cedemos el control de nuestras vidas en demasiadas parcelas a favor de los algoritmos, sobre nuestra cotidianidad, por ejemplo, si no directamente las más de las veces a través de nuestros datos. Continuamente estamos soltando, cediendo datos, que van a parar a manos de compañías con las que alimentan sus algoritmos y por tanto aumentando el poder sobre nuestras decisiones. El horizonte del fin del libre albedrío no está muy lejos en nuestro futuro. Los sensores que nos rodean en la vida cotidiana (en el trabajo, en el coche, inclusive los corporales, cada vez más extendidos, si es que nuestros móviles y celulares no lo son ya) permiten monitorearnos continuamente, generando una enorme cantidad de información sobre nosotros (*data*), para, con esos datos y mediante algoritmos sofisticados, saber exactamente quién, qué y cómo somos, e influir sobre nosotros tanto con sutileza como con la rotundidad de lo irremediable.

En muchas empresas ya se apuesta por empleados conectados con sensores inteligentes y asistencia digital para ganar en productividad. ¡Y veces trabajando 24 sobre 24 desde la propia casa!!! Y marchando en otra dirección pero con el mismo objetivo, hallamos el llamado “internet de las cosas”, o las cosas conectadas entre sí, que parecen ser más fiables que cuando se produce en ellas la intervención humana. O cuando las empresas buscan en el ámbito de la innovación el *regtech*, es decir, los algoritmos que permiten a las máquinas interpretar la legislación sobre cada materia y mejorar el cumplimiento empresarial; si es que no acaban por redactar o trazar la propia legislación.

Por todo ello es necesario controlar los algoritmos, y reutilizarlos al servicio del progreso, no del desarrollo sin control.

Porque los algoritmos surgen del pensamiento matemático. El talento es lo que los produce. Es pensamiento (el talento matemático está en el aire. Es democrático, y distributivo, igual se da en una niña de una comuna de Pudahuel que en un muchacho de las Condes. Pero hace falta colocarlo en plataforma. Ahí, en la plataforma, está la clave. Eso lo saben muy bien en los ministerios de educación).

Y ojo, también esos algoritmos están preñados de la humanidad de quienes los construyen, porque proyectan en ellos lo mejor o lo peor de su naturaleza. Normalmente, como sus constructores reconocen, no están sujetos a ningún código ético. En palabras de una de las principales expertas en algoritmos para empresas, Sira Ferradans, “la informática es un poco el salvaje oeste”. En la mayor parte de las grandes empresas que actúan como bancos privados y fondos de inversión, ya no hay un solo economista, solo matemáticos. Pero eso sí, ya es una ciencia sin alma, la dejó en el camino. En el fondo y en la forma, ellos aplican el siguiente aforismo: si el algoritmo de Google no te encuentra, es que no existes.

En los últimos años y en muchas parcelas, incluyendo lo que se dicta en nuestras universidades, porque es lo que “se vende”, nos hemos quedado con una parte del pensamiento científico, la que nos conviene: los pitagóricos decían que la realidad se componía de números, y las leyes de la naturaleza eran formulaciones matemáticas de los comportamientos físicos. Y nosotros ahora queremos imitarlos y dar con la clave del algoritmo total. Claro está, no existe el algoritmo perfecto, ni aún en los algoritmos maestros que pueden enseñarse a sí mismos, porque estos encadenamientos de variables viven de los datos. Y los datos son finitos. Hay que descubrirlos. O sea, que al final, volvemos al punto inicial. La ciencia es investigación, preguntas, descubrimientos... La economía digital basada en series matemáticas no puede transformarse en otro factor de desigualdad como lo está haciendo. De nuevo el pensamiento científico, amparado en las líneas matrices del pensamiento humanista, tiene que emplearse a fondo para corregir estas desviaciones.

Tres. Humanidades relegadas/humanidades valoradas

A pesar de que las humanidades no han sido consideradas –generalmente– a la hora de realizar diagnósticos y propuestas de desarrollo científico en la mayor parte de las instancias gubernamentales y planificadoras de la educación superior en casi todo el mundo, estas disciplinas, y esto es una verdad de Perogrullo, siempre han tenido una muy importante participación en el desarrollo científico, en la innovación y en la creación de pensamiento.

Un papel que recién en los últimos años está comenzando a ser advertido en los principales y más avanzados institutos tecnológicos y universidades, incorporando sus miradas o propuestas de análisis a los pensum obligatorios.

Desde luego no es aconsejable, ni aún admisible, fijar en la proyección industrial ni en la producción tecnológica el criterio central para priorizar, cuando no exclusivizar –o desarmar– proyectos, programas y líneas y áreas de investigación. Hay necesidades científicas que están por encima de estos criterios. Por ejemplo, sobre nuestra contemporaneidad.

Fortalecer la investigación sobre las realidades de la contemporaneidad de nuestras sociedades requiere el diálogo de las humanidades, de las ciencias sociales y naturales, de las ciencias básicas, de las ingenierías y las disciplinas tecnológicas, así como de las ciencias de la comunicación e información; pero tiene que ser un diálogo realizado de una manera sistémica multidisciplinaria y colaborativa, señalando los interrogantes y las variables a analizar, manteniendo y desarrollando nuestra capacidad de reflexión crítica, y aportando desde las respectivas miradas que ofrecen estas disciplinas soluciones complejas a problemas complejos, inasumibles por una o por pocas ramas del conocimiento por separado.

Y ello con el fin de aportar respuestas válidas, innovadoras, sostenibles e incluyentes a las preguntas que se nos hacen desde nuestra realidad, desde nuestras sociedades, y mostrarnos los caminos más favorables por donde alcanzar un futuro no ya sustentable sino perfectible. En ese sentido, las humanidades deben ser parte fundamental de cualquier proyecto que pretenda incrementar las capacidades científicas y tecnológicas en los centros de enseñanza.

Al hablar de ciencia o de ciencia-para-el-desarrollo y tratar sobre la naturaleza y los desafíos de las disciplinas científicas, no es extraño por tanto que en las más lúcidas interpretaciones sobre el futuro de las mismas, se haya incluido a las humanidades en la definición de “ciencia”. Es innegable, por una cuestión de conocimientos básicos, que estas disciplinas han participado muy activamente en el proceso de la creación científica, y de la innovación. Pero sin embargo y a pesar de todo lo anterior, a la hora de formar parte de los pensum académicos o de generar propuestas de estudios en educación superior, las humanidades son eliminadas del plantel. Nos sacan del aula.

Cuatro. Un asunto de evidencias

La evidencia indica, y así se ha expuesto repetidas veces, que los seres humanos asignamos sentido a los elementos que componen la realidad con independencia de que sean objeto de estudio de las ciencias naturales. Es decir, aparte de por la observación empírica, los objetos –objetivos– de las ciencias, y la propia ciencia como objeto, adquieren significado en función de concepciones complejas que se construyen en el seno de una cultura. Y estas concepciones no se pueden someter a procesos demostrativos. Las ideas, los conceptos, por ejemplo, como desarrollo, paz, libertad, podemos medirlos, sí –por ejemplo, a través de encuestas o de indicadores– pero eso significa simplificación y por tanto acarrea pérdida de significados.

Las humanidades, la filosofía, la historia, etc... someten a crítica y ayudan a preguntar cuestiones básicas que pertenecen al mundo de lo conceptual, y además tienen un desarrollo propio en el espacio y en el tiempo (lo digo como historiador).

Así, cuestiones como la globalización, el cambio climático, las crisis económicas, las migraciones masivas, el papel de las religiones, las nuevas pandemias, la extensión de la pobreza y los cambios de este concepto de pobreza, el cambio cultural, y tantas y tantas cuestiones, deben manejarse más allá del propio presente, estando sujetos a ideas en continuo cambio y transformación. Y son realidades humanas que se desarrollan en un contexto cultural que no puede ser obviado.

Estas ideas, estas construcciones de pensamiento, constituyen el aporte principal que las humanidades realizan a la comprensión de la humanidad.

Las preguntas que se hagan de cara a una programación educativa hacia el futuro, necesitan del manejo de los instrumentos y de las habilidades que las humanidades aportan. En ningún caso las reemplazan desde el punto de vista de la práctica, pero construyen un evidente y fundamental campo de reflexión.

Cinco. Un camino errado y una trampa

Así, por ejemplo, no es posible ni aconsejable asumir solo la proyección industrial o empresarial o de integración en el mundo o mercado laboral, como criterios para desarrollar y priorizar programas y áreas de investigación en nuestras universidades u

organismos públicos creados para su fomento. Ya lo hemos dicho antes. O mantener el criterio de que las humanidades no contribuyen al crecimiento de la economía y, por ello, los ciudadanos no tienen por qué pagar esa formación con sus impuestos.

Existe una especie de trampa, en la cual se nos dice que nos abocamos a la eliminación progresiva de las humanidades en nuestros países a fin de alinearnos con las definiciones compartidas en el mundo más desarrollado.

No es cierto. Primero porque tal vía conduce al uso de la educación como nueva forma de extensión de la desigualdad, o de un “capitalismo académico”, en cuanto solo los dotados de mayores recursos accederán a estas “disciplinas tecnológicas de futuro”. La eliminación de las humanidades establece que toda la inversión se dedicará a la creación de herramientas de futuro para los mejores, y éstos no necesitan nada más sino estar a la vanguardia de la técnica. Todos los demás quedan excluidos o sometidos a niveles terciarios de aprendizaje para trabajos terciarios también. Así, bajo el precepto de mejorar “la utilidad económica del conocimiento” (en el fondo, del “gasto educativo”) se opta por un utilitarismo de corto alcance, que no considera que el conocimiento debe tener sobre todo utilidad social (“inversión educativa”) al entender la educación como un derecho social, que tiende a lograr la igualdad social mediante la concesión de una auténtica igualdad de oportunidades para todas y todos. Y en el caso de las humanidades, para fomentar la creación de “capital humano”, sustentando la educación en valores y fomentando los derechos humanos, restituyendo su valía a lo colectivo, y remplazando las competencias entre las disciplinas por cooperación.

Pero segundo, no es cierta la afirmación de que debemos eliminar, reducir o acoger a progresivamente a las humanidades para alinearnos con el mundo más desarrollado, porque esta no es una opinión compartida universalmente.

¡Claro que las humanidades contribuyen al crecimiento! Porque precisamente lo que nos plantean las humanidades es trazar el camino desde donde venimos al adonde debemos ir, y a enfrentar la complejidad de los desafíos de los tiempos actuales. Y en estos desafíos, en este escenario de mayor complejidad que compartimos con el resto del mundo, las ciencias y las humanidades, en su acción conjunta y compartida, tienen que ser las disciplinas que nos ayuden a ser capaces –como sociedad– de mejorar el modo de pensar acerca del futuro que queremos construir.

Seis. Relegadas pero necesarias

La cruzada contra las humanidades en Europa no ha llegado a ese punto, pero hace tiempo que se les asigna un papel secundario. Han sido relegadas al fondo de la clase. Pero al mismo tiempo, en los diagnósticos realizados sobre carreras tecnológicas, muchas de ellas altamente especializadas –y con éxito en cuanto a alcanzar altas cotas de inserción laboral en las empresas– se denota un fracaso final en sus proyectos de investigación y más aún de innovación, por falta de la suficiente preparación creativa de sus egresados. Muchos de los proyectos de ingeniería fallan en la práctica porque no han tenido en cuenta lo suficiente el contexto cultural donde deben desarrollarse y desenvolverse.

La semana pasada la comisaria belga de empleo, Marianne Thyssen, denunciaba que en un continente con más de 20 millones de parados no es admisible que el 40% de las empresas no encuentren trabajadores con habilidades para innovar; y que esta falta de innovación es la causa del lento despegue económico. El profesional de futuro ha de realizar un análisis del mundo social y de las condiciones en las cuales vive el ser humano para aplicar sus proyectos tecnológicos, que deben ir a favor de este objetivo. Pero se necesita la intuición para lograr una imaginación creativa, no solo la rígida disciplina que aporta la tecnología.

Y todas estas aptitudes o herramientas o aportes o “virtudes necesarias”, las ofrecen las humanidades. Fernando Savater escribía: Ante todo “la educación humanista consiste en fomentar e ilustrar el uso de la razón, esa capacidad que absorbe, abstrae, deduce, argumenta y concluye lógicamente” (Savater, Fernando, *El valor de educar*, Ariel, Barcelona, 1997).

Siete. Juntarnos

Profundizar y fortalecer nuestra convivencia intercultural en el futuro, y nuestra calidad de vida, en el sentido más amplio del término, desde el cuidado de lo medioambiental, la salud, la nutrición, la habitabilidad, etc., requiere de un diálogo donde las ingenierías tecnológicas, las ciencias naturales, las humanidades, y las ciencias sociales, de forma interdisciplinaria, deben aportar miradas, ideas, conceptos, de una manera integral e integradora. Y ello para ampliar nuestra capacidad de explorar y reflexionar críticamente sobre

nuestra realidad a partir de la experiencia colectiva acumulada. La innovación no debe ser solo una innovación de carácter tecnológico, sino también y fundamentalmente, una innovación en la creación de pensamiento. Ambas constituyen la médula de nuestra actividad científica.

Por tanto, el financiamiento de la investigación en materia de humanidades debe incorporarse en el diseño de los planes de desarrollo científico, integrándose en los mismos con la fuerza de lo necesario.

Porque a la pregunta de si sirven las humanidades para innovar, la respuesta es que sí, desde luego y principalmente.

Ocho. Experiencias

Diferentes organismos advierten desde hace años de la necesidad de formar a más estudiantes en las especialidades integradas (graduados en ciencias, tecnología, matemáticas y humanidades). Y es una demanda creciente en las empresas de futuro.

La decana de la escuela de humanidades del MIT, Instituto Tecnológico de Massachusetts, explicaba que todos los retos que debe resolver la ingeniería, desde el cambio climático a las enfermedades o la pobreza, están ligados a realidades humanas. Los alumnos deben estar obligados a dedicar el 25% de sus horas de clase a asignaturas como literatura, historia, geografía, idiomas, economía, arte o música.

En España hay universidades que han fusionado las ciencias y las humanidades en una carrera de cuatro años. La idea es formar a profesionales que puedan responder a los retos tecnológicos sin descuidar la base “humana de los problemas”. Entender al ser humano, sus culturas, hábitos, modos de vivir, conociéndolos y respetándolos, como clave para “diseñar nuevos productos y servicios, aplicando la tecnología con sentido humanístico”. Se trata de grados y postgrados dictados en varias lenguas en los que se emplea una pedagogía encaminada a entrenar la creatividad y la capacidad de innovar, de participar en el “diseño de las ideas”, con un aprendizaje basado en experiencias reales y no en modelos ya contruidos a repetir copiando. Los alumnos aprenden a manejar tecnologías con el prisma del estudio y la comprensión de las necesidades humanas. En todo caso, ellos pueden explicar a los técnicos puros cómo

desarrollar y aplicar las nuevas tecnologías con éxito. Preparar a los egresados para liderar el mundo tecnológico.

En algunas universidades públicas españolas reconocen que la tarea no fue fácil, y que incluso fueron laboriosas las negociaciones con la Agencia Nacional de Evaluación de la Calidad y Acreditación, porque costó mucho que entendieran la esencia de estos grados. A veces –si no siempre– la burocracia frena la innovación.

Nueve. Una nueva variable

Es necesario introducir la variable “condición humana”, que no evoluciona ni lineal ni homogéneamente, sino que posee otras oscilaciones. Las humanidades permiten el necesario cimbreo de las ideas. Enseñan a lo que algunos autores han denominado “vivir en tensión sin romperse”. El pensamiento soporta, a diferencia de otras respuestas de la ciencia, diferentes puntos de vista, sin ser excluyentes ni dogmáticos. El pensamiento puede organizar de manera lógica y convincente un conjunto de conocimientos que permite entendernos por encima de diferencias de etnia, idioma o religión.

Además, hay que incorporar, para conocer el presente, a la cultura histórica, que integra el análisis del pasado colectivo y la historia de los saberes; y a la cultura geográfica, situándonos así en el tiempo y el espacio, que son esenciales para apreciar las raíces individuales y colectivas, la identidad, y a la vez el conocimiento y la comprensión de los demás, de la otredad. Existe una tendencia en nuestros días a extender una amnesia histórica o a realizar una historia plastificada, que en mucho recuerda el propósito de los regímenes dictatoriales, para hacernos perder las referencias y los puntos de orientación comunes (y estoy casi leyendo parte del informe de la Comisión Europea sobre las humanidades...).

Es decir, como Jacques Derrida afirmó a propósito de este desafío igualitario que siempre propondrán las humanidades, que existe un “derecho a la filosofía”, podríamos decir, un derecho igualitario a los saberes críticos. Un derecho a permitir pensar en la oscilación entre idealismo y trascendentalismo por una parte, y realismo, por la otra. Un pensamiento altamente innovador.

Fomentar el juicio crítico y aplicarlo al análisis de los principios económicos o sobre la justicia social; fomentar el respeto por la diversidad cultural a partir de su conocimiento; entender la relación biunívoca entre cultura y medioambiente; entre multiculturalidad

y biodiversidad; entre desarrollo humano y desarrollo económico; abandonar las ideas sobre desarrollo sustentable porque no lo es; e innovar un nuevo concepto de progreso.

Y así se inscriben los cursos sobre hambre y hambrunas, y los de tantos y tantas especialistas cada vez más multidisciplinares sobre cuerpo y cultura, sobre mundos globales, sobre las complejidades de las principales religiones, sobre el derecho alternativo, sobre los saberes étnicos, tan importantes y fundamentales en nuestro continente, sobre la utilización tradicional de los recursos...

Martha Nussbaum escribía que un “graduado de una universidad o de una escuela superior tiene que ser el tipo de ciudadano capaz de actuar como un participante inteligente en los debates que involucran las diferencias (que se producen en un mundo crecientemente multicultural y multinacional) ya sea como profesional o simplemente como ciudadano”.

Y potenciar la “imaginación narrativa”, escribe: “Esto significa la capacidad de pensar cómo sería estar en el lugar de otra persona; ser un lector inteligente de la historia de esa persona, y comprender las emociones, deseos y anhelos que alguien así pudiera experimentar... La tercera capacidad que nuestros estudiantes deben alcanzar es la de descifrar los significados de la acción de los demás mediante la imaginación”. Recomendando la lectura de Marta Nussbaum, *El cultivo de la humanidad. Una defensa clásica de la reforma en la educación liberal*, Paidós, Barcelona, 2005.

Diez. Nuevas metas. La democracia

Impulsar el desarrollo humano integral; cultivar el pensamiento crítico; conducir hacia una ciudadanía global: son tareas propias de las humanidades para esta educación más poliédrica e integrada.

Además, las humanidades resultan vitales para la formación en las sociedades democráticas. ¿Por qué la democracia necesita de las humanidades? Si se permite que en muchas naciones, para mantenerse en la órbita de las fórmulas impuestas por el modelo de desarrollo a fin de insertarse en la actual globalización económica capitalista, se decida desechar la formación en otras aptitudes o capacidades propias de los ciudadanos/as que la separen de este modelo, estaremos ante un sistema educativo que propugna una formación antidemocrática. Es la erosión de las cualidades esenciales para la vida misma de la democracia, como señala Marta

Nussbaum. (Marta Nussbaum *Sin Fines de lucro. Por qué la democracia necesita de las humanidades*, Katz Ed., Buenos Aires, 2010).

Si se permite, como antes señalamos, por la no existencia de pensamiento libre y sólidamente basado en conceptos humanísticos, que las decisiones de la tecnología restrinjan el libre albedrío, la libertad de elección, y la toma de decisiones políticas inherentes a la condición humana; la democracia y los derechos colectivos serán severamente acometidos y derrotados.

Cabe señalar, como algunos autores han hecho, que la tecnología está en camino acelerado de constituirse en una poderosa arma anti-democrática, manejada por algunos pocos, superando la tradicional división de pobres y ricos o la estructura de clases: los sectores dominantes de la tecnología, incluso de la biotecnología aplicada a la constitución biológica de los cuerpos y a su salud, pueden acabar constituyendo un Olimpo que regule vidas y cuerpos mediante la salud, la nutrición, los microclimas o el manejo de los recursos básicos como el aire respirable o el agua potable.

El pensamiento humanístico inclusivo y universalizador será una de las pocas herramientas que tendremos para enfrentarnos a este horizonte devastador.

Hay que rescatar los valores de la vida en sociedad, de la propia palabra “política”, y de liberar de sus ataduras el propio concepto de democracia, recuperando la capacidad de vivir juntos, de decidir juntos hombres y mujeres, de expandir la tolerancia, el conocimiento y la aceptación del otro, para evitar juntos un futuro mezquino de fanatismo e infortunio.

Once. Hasta en el G20 y en el FMI

En el G20 se confió para que se atendieran problemas apenas intuidos por el poco representativo G7, de las principales economías avanzadas. Pero en la reunión que recién finalizó en Hangzhou de este G-20, la conclusión final ha sido algo así como “por aquí no se va a ningún lado”. Las economías emergentes, que en su conjunto son enormes, reclamaron un poco de reflexión. Las conclusiones operativas de la reunión han sido escasas, como ya sabemos, pero el enunciado ha sido claro: la frase más repetida ha sido “civilizar el capitalismo”. Civilizar para crecer. Cómo estarán las cosas y a qué extremos se habrá llegado que el propio capitalismo acepta que tiene que civilizarse.

En realidad, con esta expresión se pretende detener la extensión del descontento social, que cada día es más evidente, ruidoso e indiscutible, derivado de una pésima gestión de la crisis que ha producido un menor crecimiento y una mayor desigualdad en la distribución de la renta y de la riqueza. Y aunque nadie en el G20 ha puesto sobre la mesa decisiones concretas, la directora del FMI ha sintetizado más el diagnóstico al subrayar que “el crecimiento está siendo demasiado reducido, durante demasiado tiempo, y para muy pocos”.

Que haya aparecido en el comunicado final una referencia a la necesidad de controlar más eficazmente la fiscalidad de las grandes multinacionales, sugerida por el presidente de la Comisión Europea, es significativo. Con los estándares actuales no se logrará la pretendida “normalización” de la economía mundial. Y, concluyen, la condición necesaria es que la globalización encuentre menos rechazo social, y aplicar de forma inmediata políticas que garanticen la restauración del potencial humano de las sociedades. Civilizar la crisis para poder crecer. Y deduzco que las claves para la formulación de estas políticas no las dictarán los técnicos de las grandes empresas sino los pensadores de la economía y de las ciencias sociales en general que, estudiando y conociendo la realidad, propongan patrones de modificación; patrones que serán mucho más “humanos” que técnicos.

“El crecimiento solo ha beneficiado a unos pocos”, concluyó Christine Lagarde, la directora-gerente del FMI esta semana, como dije. Y añade: “La globalización en adelante debe ser diferente; no puede ser ese impulso por el comercio como hemos visto históricamente, sino que debe tener en cuenta la inclusión, la determinación de que funcione para todos; debe prestarse atención a aquellos en riesgo de quedarse atrás”.

Lo realizado hasta ahora suena algo así como a la aplicación del principio de San Mateo: “Porque al que tiene mucho se le dará más y tendrá en abundancia, pero al que no tiene, aún lo poco que tiene le será arrebatado”. Mateo 13:12 y 25:29. Se supone que se refiere al que más tiene en méritos y virtud, pero me temo que los economistas lo han aplicado en un sentido bien diferente: cuando más tengas, más ganarás, hasta hacerse un paradigma de las relaciones comerciales internacionales. Si hasta ahora se usaba especialmente referido al enriquecimiento de los países avanzados frente al empobrecimiento de los más subdesarrollados, ahora, con la globalización, el principio se aplica a toda la población del planeta.

No hace falta ser un fino analista para percibir que la erosión de las clases medias en los países desarrollados se ha agravado con la gran recesión actual, pero que se ha venido produciendo a lo largo de las últimas décadas, y el Fondo no ha sido ajeno a este proceso con sus políticas, como sabíamos hace años en América Latina y ahora están descubriendo en Europa. Por cierto, abro paréntesis: la estadística de ayer hizo erizar los cabellos a los europeos: uno de cada cuatro europeos se halla en riesgo de exclusión social, 123 millones, y son los niños los que en mayor riesgo están, con una tasa de desnutrición infantil que asusta, debido fundamentalmente a la alta tasa de desempleo de sus padres. Un empleo que no va a crecer lo suficiente: eso es la exclusión. Lo que sucede es que, siendo cada vez más y sin solución a la vista, los excluidos pueden llegar a ser mayoría. Y sus efectos políticos y sociales, una bomba. Cierro paréntesis.

Durante años, el FMI ha sido el principal bastión del neoliberalismo, como sabemos muy bien, pero ahora se comienzan a medir cada vez más los efectos de la disciplina fiscal en el crecimiento, y sobre todo, las repercusiones sociales y económicas de la desigualdad. Se está pidiendo a las grandes economías y a sus gobiernos que gasten más, que suban el salario mínimo y tomen medidas para combatir la desigualdad, y a la bolsa de pobreza que arrastra a los países más ricos del mundo. Si comparamos sus recetas de los 90 y principios del 2000, cuando la globalización era la panacea sin hallársele efecto perverso alguno, con las de ahora, el cambio no puede ser más sorprendente. Llegó la gerente Lagarde y mandó a parar.

Ahora, con el auge de los populismos, el giro del Fondo se acentúa, y se asustan cuando estos discursos los oyen incluso en el corazón del sistema. Han llegado a la brillante conclusión de que se tienen que poner, de prisa y corriendo, a elaborar un nuevo pensamiento económico, una nueva doctrina. Y dicen: “Las herramientas con las que los economistas trabajan han tendido a centrarse en el crecimiento del PIB, que es bueno, pero el problema es que si ese crecimiento solo va al 2% de la población y el 98% pierde, tienes un grave problema político”. La viejísima idea del *laissez faire, laissez passe, que le monde va de lui memme*, sobre la no intervención del Estado sino para potenciar los crecimientos de los países, porque esa riqueza que se genera se iría repartiendo por sí misma, goteando a todas las capas sociales, definitivamente no funciona. Como ha escrito el Nobel de Economía, Joseph Stiglitz, “los ideólogos de la economía olvidaron la distribución”. Porque la desigualdad, concluyen ahora muchos, es un riesgo económico y social, ya que la

desigualdad, en sí misma, lastra el crecimiento, afirman. Así, el informe anual del FMI de 2016 convierte la desigualdad en un área prioritaria de trabajo para el próximo año, y el asunto de los desequilibrios sociales ha entrado de lleno y con urgencia en el ámbito de la investigación, incorporándolo en nueve de los exámenes anuales que hace el FMI de la situación económica de los países.

En fin, como ha escrito el mismo Stiglitz, “si los líderes europeos no toman decisiones, los votantes lo harán por ellos; y puede que no les guste”. Puede que no nos guste a ninguno de nosotros. La extensión de la extrema derecha por la mayor parte de Europa ha dejado de ser una preocupación para acabar siendo un enorme problema para la democracia.

Así que vean si es importante o no comenzar a meter a las humanidades y a las ciencias sociales en las escuelas de Bussiness Administration.

Doce. Casi finalizando con Colombia

Quizás el mejor ejemplo de todo lo anterior, de la necesidad de la implementación de las humanidades en los planteles universitarios y académicos, lo hallemos en Colombia, y en nuestros días. No quiero dejar pasar la ocasión sin felicitar públicamente a todos los colombianos y colombianas por el más hermoso de los procesos sociales y políticos en el que sociedad alguna puede empeñarse: la construcción de la paz. Una tarea muy difícil, como estamos viendo, llena de obstáculos; tarea casi imposible hace apenas unos meses. Ahora, a pesar de todas las dificultades, está casi, casi, al alcance de la mano.

Quienes pensaban que eso del pensamiento político pertenecía al guardarropa de nuestros abuelos, se quedan sorprendidos con el presente colombiano. Más allá de la batalla de personalismos, ajena al grito de la calle, desde donde se insiste en que la paz no puede depender de los despechos de alguno, surge con fuerza la voluntad de las víctimas en la búsqueda y reclamo de su dignidad. Una vez más, la grandeza de estos hombres y mujeres traspasados por la violencia, y su grito de paz, reconciliación y justicia, genera toda una nueva filosofía de la convivencia: evitar las víctimas del futuro.

Es la clave. Los líderes deben entender que la paz no es solo un tema jurídico, sino un difícil ejercicio de equilibrios. De consensos. Y hay que saber manejarse en ellos. Y para ello no sirven las fórmulas

existentes o aprendidas en manuales o escuelas de vieja politología. Como ha escrito el profesor Medófilo Medina, de la Universidad Nacional de Colombia en una carta dirigida al presidente Santos, el consenso es la vía de construcción de un sistema político y social auténticamente democrático, para la construcción de un país más humano y socialmente más justo y políticamente más moderno y democrático.

Hay que crear algo nuevo. Las víctimas del conflicto, las principales afectadas en el mismo, lo entendieron así con su voto Sí a la Paz que masivamente dieron en el referendun del pasado domingo. Había que cumplir con la generación siguiente, dijo alguien. Y en palabras de otra víctima de la violencia: “Hemos de reconciliarnos con la humanidad y ofrecer eso a las generaciones futuras”. Como Gabo escribió en sus cien años de soledad, hay que hallar entre todos “una nueva oportunidad sobre la tierra”.

Bueno, pues en esta escritura del mejor tratado de teoría política contemporánea latinoamericana que el pueblo colombiano está escribiendo, una *realpolitik* que sí genera filosofía política, alguien tan poco sospechoso de divagueos como el presidente del grupo Prisa de comunicación, pronunciaba antes de ayer una frase muy significativa al respecto de este proceso: construir la paz depende del *entusiasmo social*. Según él, un desafío mucho mayor que el de la negociación como es el postconflicto como reto, se basa en el necesario entusiasmo social. Y la pregunta del millón es cómo se mide, como se consolida, se amplía, se maneja el entusiasmo social.

Hay que saber mucho de la humanidad colombiana, sus sociedades y sus culturas, su historia, su geografía, sus condiciones socioeconómicas, su diversidad étnica, para poder aprehender en su integridad ese concepto de entusiasmo social.

Ni en los másters en *bussines administration* ni en las escuelas de negocios de las más exquisitas, caras y exclusivas universidades colombianas, se enseñó nunca eso. Principalmente copiaron y reprodujeron todos los patrones norteamericanos de manejo de empresas o de manejos políticos de la economía. Inclusive en las universidades de los Estados Unidos donde se forjaron los principales líderes empresariales y economistas colombianos, tampoco se enseñó nada de eso, ni siquiera geografía de Colombia, ni sociología de Colombia, menos aún historia de Colombia, o cultura colombiana, de modo que la desconexión con la realidad de estas personas al regresar a su país a hacerse cargo de una empresa o de una parcela del gobierno tecnocrático de turno ha llegado a ser mayúscula;

conociendo mejor cualquier sociedad norteamericana o europea que la propia colombiana donde debían actuar; o, en todo caso, se obliga a la sociedad colombiana a adoptar modelos anglosajones para que sus teorías pudiesen aplicarse.

Bueno, pues ese factor, el *entusiasmo social*, que ahora es el fundamental, nunca lo estudiaron, nunca lo tuvieron en cuenta, nunca lo consideraron. Vinieron a descubrir que la nación, de pronto, no podía ser manejada como una empresa. No era una empresa. Era otra cosa que ellos desconocían.

De pronto las brechas de desigualdad y el desempleo que ellos habían considerado como elementos cíclicos coyunturales propios de cualquier economía, ahora tenían una extraordinaria importancia en la solución de los problemas, y funcionaban en otra dimensión. Eran la clave de una nueva economía, la de la oportunidad de futuro, la de la paz para Colombia. La sociedad colombiana ya no era una oportunidad de negocio, era mucho más que eso, pero no sabían ni saben cómo manejarla. La sociedad colombiana ha comenzado a tomar conciencia de que ser testigos y actores de la historia es un privilegio. Tener la oportunidad de construirla, de darle forma, es una suerte formidable, una fortuna y a la vez una enorme responsabilidad. Ese es el entusiasmo social.

De pronto se dan cuenta estos economistas o ingenieros financieros de las escuelas de negocio de que a la pregunta de ¿qué es la paz? Se puede responder, en su terreno, que la paz es más inversión, más empleo, más infraestructura, más bienestar, más democracia. También mayor inversión extranjera directa, más turismo, más empresas estableciéndose en Colombia.

Y para terminar de ajustar, caen en la cuenta de que construir la paz, lejos de ser un costo, es una inversión. Porque los colombianos y las colombianas no están dispuestos a seguir pagando el precio de la guerra; no quieren más jóvenes cargando un fusil; no quieren más madres llorando a sus hijos muertos, ni más familias desplazadas. De pronto estos economistas, estos tecnólogos, estos tecnócratas, comienzan a descubrir que la paz es una gran oportunidad de soltar el lastre que impide al país crecer y desarrollarse a su máximo potencial. Pero para eso hay que saber qué es, como se maneja, el entusiasmo social. Y ahí de nuevo aparecen las humanidades.

Muy bien, dicen las humanidades, que sí entienden y manejan perfectamente ese concepto: crecer, sí, pero con pensamiento crítico. Crecer, sí, pero ¿qué es crecer, para quién, para quiénes, por qué, hacia dónde, de qué manera, cómo crecer, cómo pensar ese crecer

colectivamente, igualitariamente, con justicia y equidad, hombres y mujeres? Los economistas y tecnócratas no tienen respuestas para todo esto.

Y de pronto se dan cuenta de que en muchas facultades de humanidades, en las universidades públicas, las despreciadas, las rebajadas, las que para nada sirven, allí sí saben, sí tienen estas respuestas. A buena hora lo descubren.

Me acuerdo de la universidad de Cartagena, en la costa Caribe colombiana, de la facultad de ciencias humanas que colaboré en levantar con mis hermanos Winston Caballero y Alfonso Múnera, allá, hace más de 20 años. La facultad se llenó, como estaba previsto para horror de la élite blanca cartagenera, de muchachitos y muchachitas (peñaños decimos nosotros) de los barrios, muchos de ellos desplazados por la violencia, de estrato menos cinco, como yo decía, que apenas alcanzaban a tener para el boleto de la buseta. Ellos sí tenían claro para que servía crecer, hacia dónde crecer, cómo, por qué crecer. Y desde luego, eran los campeones mundiales en eso de innovar: todo el día innovando en el aprendizaje de sobrevivir. Ellos sí que cultivaban el entusiasmo social, en el aula, cada día, estudiando, trabajando, leyendo, conociendo, pensando. Ellos sí que me enseñaron para qué demonios sirven las humanidades.

Y ahora, como en todo concierto, la coda, o parte final de una pieza musical.

Termino. Quiero decirles que no me arrepiento de ser un físico, y que me alegro infinitamente de ser un humanista, un historiador de este continente que es el mío por adopción desde hace más de cuarenta años, y lo sigue siendo más que nunca, como decía mi maestro Manuel Moreno: un continente revuelto y cambiante, peligroso y bello, doloroso y sangriento como un parto, pero como él creador de nueva vida. Ser testigos de su historia es un privilegio. Tener la oportunidad de construirla, de darle forma, compartidamente, con mis estudiantes, con ustedes, con mis maestros, siempre aprendiendo, es una gran fortuna y una enorme responsabilidad. Hacer historia es una tarea ciudadana, democrática, libre, compartida, como he dicho. Pensar históricamente nos hace más activos en nuestro presente. Cargados de razón sobre nuestro pasado, abordaremos mejor la construcción cotidiana del presente para manejar con mayor certeza las llaves del futuro.

Muchas gracias por vuestra asistencia, queridas amigas, queridos amigos. ¡Salud!

3. Reflexiones sobre nuestras disciplinas (Publicadas en la página web de Humaniora)

La comisión de políticas públicas de Humaniora invitó a los académicos vinculados a la red, a que reflexionaran en torno a las preguntas que se plantean en el siguiente párrafo.

Enfrentados a la definición de un ministerio de ciencias y de una nueva institucionalidad universitaria, les invitamos a reflexionar sobre el sentido, el papel, la función, la necesidad de las ciencias sociales, las humanidades y el arte en nuestra sociedad.

¿Para qué, por qué existe el arte? ¿Qué necesidad tenemos de las humanidades? ¿Por qué las ciencias sociales son necesarias? Son las preguntas y motivaciones que planteamos.

Aunque la utilidad y legitimidad de estas áreas del conocimiento, como la necesidad de talento y sensibilidad materializada en obras artísticas están muy claras para sus cultores, lectores y consumidores, lo cierto es que prácticamente nunca las explicamos y difundimos, de tal modo que ahora ofrecemos esa oportunidad.

Pueden enviarnos sus respuestas en formato Word, letra Times New Roman, tamaño 12, a un espacio, con máximo de tres páginas; junto con un título, su nombre y una palabra que represente la forma en que quieren presentarse ante el público lector. Todos los textos serán publicados, a lo menos en formato digital en el sitio de Humaniora, sin que se descarte su edición en soporte papel.

El Humanismo, las humanidades

Carla Cordua Sommer

Premio Nacional de Humanidades
y Ciencias Sociales en 2011

Las humanidades son una creación del humanismo. Pero “humanismos” hubo varios antes de la edad moderna. A partir del siglo xiv, los humanistas italianos del renacimiento ejercen una gran influencia sobre la educación elemental y universitaria de su país. Pronto las humanidades se convierten en un ciclo bien definido de materias de estudio, que incluye gramática, retórica, poesía, historia y filosofía moral. Son disciplinas dedicadas a asuntos mundanos o seculares, en contraste con las disciplinas del programa educativo anterior, que enseñaba teología, metafísica, filosofía natural, medicina y matemáticas. Aunque no existe una incompatibilidad entre estos dos currículos, ellos son independientes uno del otro.

La idea del individuo como un microcosmos que se hace a sí mismo entraña las nociones de la autosuficiencia y la universalidad de cada ser humano. La voluntad libre se puede dar estas condiciones por propia iniciativa. Si el hombre está dotado en principio para valerse de sus posibilidades de ser y si elige cultivarlas realizará la plenitud de su vocación universal y la autonomía de quien se basta a sí mismo. Encontramos todavía esta ambición humanística tres siglos después del renacentista Pico Della Mirandola, entre los ideales de Goethe, y, aún más sorprendente, cincuenta años más tarde, las mismas ideas en la obra de Carlos Marx, que anuncia que en la sociedad comunista que seguirá a la dictadura del proletariado, los trabajadores podrán, después de aportar su trabajo a la sociedad, cultivar libremente sus más diversas potencialidades personales.

El humanismo representativo de esta idea del hombre pronto será objeto de crítica desde varios frentes diversos. Lo interesante de la amplia y duradera influencia de la inspiración humanística

reside en que, aún donde algunos han abandonado el proyecto de la autogénesis universal del hombre, las instituciones educativas modernas conservaron las humanidades como materias de enseñanza. Justifican su variedad y carácter selecto porque sirven a la formación de personalidades autónomas, dueñas de sí y destinadas a realizar altos designios.

Las humanidades solían ser el programa educativo de ciertos sectores sociales a pesar de que ellas sobrevivieron a muchos cambios históricos. En los siglos XVII y XVIII formarán a los jóvenes, no ya para orientarse conforme a modelos admirables en un mundo nuevo, sino como incorporación a la sociedad burguesa en proceso de definición. Una educación en los clásicos grecorromanos, que requiere conocer lenguas muertas y obras de poetas y sabios antiguos, debido a que separa al burgués del vulgo, resulta indispensable para los hijos de las clases pudientes. De manera que la formación en las humanidades, además de los beneficios personales que otorga al individuo, se convertirá en señal inequívoca de cierta posición social y en la aparente justificación de que sean sus portadores quienes la ostentan.

La formación humanística representará en todas partes a la libertad desinteresada, esto es, no utilitarista; en particular allí donde sus beneficiarios no están demasiado urgidos a abandonar temprano los estudios para ganarse la vida. Se supone que tales estudios, combinados con determinadas circunstancias sociales, le ofrecen al estudiante un plazo prolongado para crecer y aprender, y para prestar atención a sus voces interiores que le revelarán quién es y lo que le cabe esperar de la vida. Estas y otras posibles funciones sociales que las humanidades pueden prestar, no deben impedir que se les reconozca su valor intrínseco: conocer a los clásicos de primera mano será, aparte de toda otra consideración, un golpe de suerte para quien tenga la oportunidad de lograrlo.

La modernidad hará sentir una cierta influencia contrapuesta al humanismo individualista a lo largo del siglo XVII. La conquista de la naturaleza por la ciencia de nuevo cuño propone cambiar el destino del género humano mediante la conducción científico-tecnológica de las energías naturales puestas al servicio de fines humanos. Lo que Bacon y Descartes llamaron “el reino del hombre en la tierra” es un proyecto colectivo destinado a transformar la vida a la humanidad, no una empresa de cada cuál por sí mismo. La importancia suprema del individuo plenamente desarrollado comienza a ser desplazada por la espera de los beneficios que para todos ofrecen

las nuevas ciencias y técnicas del mundo físico. La razón humana, de la que depende la investigación de la naturaleza, será puesta a prueba en su capacidad de conocer la verdad y gobernar al conjunto. Desde sus comienzos las ciencias de la naturaleza se ven como una revolución tanto del saber como del poder humano sobre sus circunstancias terrenales. Este vuelco científico, cultural y político no reconoce lo que le debe al pasado en materia de autoridades o saberes previos. La racionalidad moderna queda ligada, por su radicalismo, al mito del retorno al punto cero en el que el hombre carente de herencia, de predecesores, es capaz, sin embargo, de actuar fecundamente. Como si guardar tradiciones fuese incompatible con la permanente necesidad de innovar, la influencia modernista opera frecuentemente desde la convicción simplista de partir de la tabla rasa. Sin ver que desnudar a los hombres de toda herencia equivale a privarlos de todo, de costumbres, de lenguaje, de instituciones. Ser humano es, muy por el contrario, ser histórico-cultural y abierto al porvenir de parte en parte.

Entre nosotros latinoamericanos, cortos de historia y recuperados solo a medias del imperialismo europeo que inventó nuestras nacionalidades, el humanismo de origen renacentista y las humanidades, que forman parte aún de nuestros sistemas educativos, se conservan mezcladas con elementos de variada procedencia. Las que practicamos no repiten a sus modelos originales. Aquí ellas se han deshecho del cordón umbilical que las ligaba al clasicismo antiguo. El aprendizaje del latín y el griego nunca fueron considerados como requisitos para cursar la educación secundaria humanística ni para ejercer las profesiones de la enseñanza, de la creación literaria y artística, de la formación espiritual de los americanos educados aquí. Algunos rasgos del ideario humanístico europeo se conservan entre nosotros y nos importan decisivamente. Por ejemplo, la noción general del valor formativo de la imitación o la repetición de modelos. En vez de enseñar mediante reglas a escribir en la propia lengua, a hablar con claridad, a pensar críticamente, etc.; enseñar lo mismo mediante modelos en los que se cumplan estas habilidades de manera sobresaliente. La educación que se vale de casos ejemplares se basa en un método formativo mucho más atractivo que la que recomienda conductas en abstracto. Los ejemplos vívidos y contados suelen despertar la ambición de no ser menos que lo posible. Contar la vida y los actos, los empeños y las obras de Andrés Bello, o los logros de Violeta Parra, sería educar moralmente mediante ejemplos que invitan a imitar lo difícil.

El nacionalismo, en cuanto representa una postura defensiva frente a lo extranjero, milita en las filas de los que dividen a la humanidad en patrias exclusivas que hacen bien evitando la 'contaminación' de unas con otras. El humanismo es declaradamente universalista, abierto a todas las versiones de lo humano y enemigo de la parcialidad caprichosa con lo propio. Somos muchos y diferentes, pero reconocemos que lo humano atraviesa fronteras y límites. Y seguimos creciendo: ya ni siquiera soportamos la crueldad con los animales ni el sufrimiento que les imponemos, un asunto que solía quedar más allá del humanismo, pero que ahora le pertenece. El objetivo es fundar una humanidad en la que circulen libremente el pensar y las obras de los mejores hombres que han existido en la historia, aparte de sus nacionalidades, de sus diferencias religiosas, políticas, lingüísticas, etc. Es una meta contraria a las divisiones y los intereses nacionalistas, racistas, sexistas, etc., aunque la alianza entre la ignorancia de la tradición y la cerrazón nacionalista sean difíciles de derrotar. No es que propongamos una beatería grecorromana para consumo local; estamos bastante lejos de los *studia humanitatis* de la Italia renacentista. Pero la idea central de estos estudios todavía puede servir para protegernos del trato que reciben los humanos y la humanidad toda de parte de algunas disciplinas que se dicen científicas en la actualidad.

El estudio del ser humano como ser natural, esto es, como parte de una naturaleza que comparte con otras especies que la suya, es un estudio perfectamente legítimo mientras se mantiene dentro de los límites de su punto de vista. Cuando se extralimita y pretende cubrir aquellos sectores de la vida y la actividad humanas que no caen dentro del campo de su competencia, la ciencia ha dejado de ser lo que pretende, para dar lugar a la charlatanería y la propaganda ideológica. Ni la antropología, ni la biología, ni la psicología naturalista, ni otras disciplinas que comparten el punto de vista antropológico que se ocupa del ser humano como objeto o cosa, pueden conocer las dimensiones histórico-culturales que están en juego allí donde lo que importa es el pensamiento, la educación, la moralidad, la convivencia política, el lenguaje, las artes, en suma, el patrimonio espiritual de una humanidad que tiene futuro debido a que no ha perdido el contacto con la tradición específica que lo separa de la naturaleza y de la cruda animalidad sin historia.

Ciencias Sociales latinoamericanas y la importancia de sus aportes

Marcelo Arnold
Universidad de Chile

¿Para qué las Ciencias Sociales?

Mi experiencia como Presidente de la Asociación Latinoamericana de Sociología (2013-2015) y Decano de la Facultad de Ciencias Sociales (2006-2014) me permitió valorar la riqueza y variedad de las expresiones de las ciencias sociales regionales y locales, pero también apreciar sus debilidades y desafíos. Esa posición, además, me entregó el convencimiento que nuestras producciones deben mantener su tradicional perspectiva reflexiva crítica y no abandonar ese sello, pero a la vez deben apoyarse en recursos acordes con el mejor nivel de nuestros estándares disciplinarios.

Tomando en cuenta lo anterior, y enfrentados a anuncios respecto a la instalación de una nueva institucionalidad para el desarrollo las ciencias, mi motivación es alentar a posicionar nuestras producciones en el contexto global, aumentar su protagonismo, niveles e impacto y reducir su dependencia, especialmente cuando no hay limitaciones intrínsecas o inalterables que lo impidan.

La importancia o el sentido público de las ciencias sociales es contundente. La necesidad de robustecer estas disciplinas vale tanto si se las concibe como medios de ilustración, para la solución de problemas o de emancipación. Respecto a esto último, incluso quienes desconfían de las instituciones y promueven cambios sociales radicales o replantean nuevas utopías movilizadoras, no pueden conformarse con producir discursos sobre la sociedad y sus procesos con la pura intuición o el voluntarismo.

La ausencia de buenas ciencias sociales resiente a la sociedad. Sin la contención de conocimientos fundamentados científicamente a los ciudadanos solo les queda ser abastecidos de información

sobre sus propias condiciones de vida de los peores modos. La banalización y el dogmatismo siempre están prontos para cubrir los vacíos de conocimientos. Es así como la publicidad y las consignas han ganado terreno en la conformación de una imagen de sociedad. Esa ruta no es promisoría. Con ella se refuerza el simplismo de opinantes y comentaristas que exponen sus particulares y livianas creencias a públicos que solo buscan confirmar las propias, o que persiguen enfrentar su tedio con el escándalo y el sensacionalismo (eso sin considerar que apuntalan una pereza que evita el estudio, la lógica y la evidencia como fuente del conocimiento).

Las posibilidades para el desarrollo de las ciencias sociales locales son auspiciosas. Los acelerados cambios y las recurrentes crisis e incertidumbres, de todos los tipos, que se notifican a través de los medios de comunicación para las masas han incrementado la necesidad de explicaciones y tecnologías que contribuyan a la convivencia social y al mejoramiento de nuestras calidades de vida. El problema es que esas expectativas se decepcionan cuando los aportes carecen de fundamentos sólidos. Tampoco resulta muy favorable que los decisores solo dispongan de las visiones económicas de los fenómenos sociales, o las del modelamiento matemático o de las neurociencias. Estos enfoques son promisorios y parecen no tener contrapesos, pero son limitados.

La producción de buen conocimiento sobre la sociedad y sus problemas requiere sortear obstáculos. Se hace cada vez más arduo tratar de describir las interrelaciones sociales y más todavía explicarlas, pronosticar e incluso indicar tendencias de corto plazo. La complejidad social es apabullante, pero a ello no debe agregarse el desánimo o la pasividad. A propósito de lo último, llama la atención que nuestros acervos disciplinarios, es decir aquellas materias que se enseñan a los estudiantes o que se referencian en las publicaciones provienen, casi exclusivamente, de centros localizados en los países occidentales desarrollados. Sin que asombro se espera de autores foráneos la inspiración, o los recursos, para estudiar e interpretar nuestras realidades, incluso para abastecerse con pensamiento crítico o de nuevos enfoques latinoamericanistas. Esta situación choca con lo deseable dando cuenta de un limitante autocolonialismo disciplinario que, en parte importante, es consecuencia de nuestras propias actitudes.

Las actuales formas de las actividades científicas ofrecen buenas oportunidades para que participemos más decididamente en las producciones de punta en ciencias sociales. En nuestro

medio se encuentran algunos desarrollos sustantivos en trabajos de Fernando Robles, Aldo Mascareño o de Daniel Chernilo, entre otros.

Contribuiría a robustecer nuestras disciplinas colocar nuestro foco en observar las producciones regionales más reconocidas. Por ejemplo, estudiar las características de aportes como la modernización asincrónica de Germani, la teoría de la dependencia de Cardoso y Faletto, la evolucionista de Ribeiro, a los cuales podrían agregarse las producciones de Ernesto Laclau, Paulo Freire, Theotonio Dos Santos, Pablo González Casanova, Antonio Cattani, Aníbal Quijano, José Mauricio Domínguez, de las investigadoras feministas y de muchos otros y otras investigadores(as) latinoamericanos(as). Salta a la vista que en estos aportes de excelencia, que a primera vista contravienen las tendencias, se vinculan análisis de procesos sociales locales con equivalentes de alcance global y no se desestima incorporar críticamente conceptualizaciones o metodologías de carácter universalista. De esta manera se favorecen explicaciones que se conectan e impactan ante públicos más extensos y especializados. Una buena alternativa es fomentar estudios con formatos equivalentes. Es decir, que traten los temas-problemas que se despliegan en el mundo contemporáneo. Por ejemplo, las nuevas y crecientes desigualdades y exclusiones sociales; la devastación de los recursos medioambientales y el calentamiento global; el repliegue de los estados, la desprotección y el individualismo; los impactos de los cambios sociodemográficos; las modificaciones de las pautas afectivas, sexuales y de género; la transformación de la impaciencia ciudadana en indignación, protestas y otras expresiones equivalentes. Sin duda esos temas se abordan con frecuencia, pero al descuidar en sus análisis las vinculaciones globales sus ofertas son demasiado particularistas.

Las ciencias sociales locales podrían hacer importantes aportes que, incluso, pueden anticipar tendencias globales. Se puede contribuir con mucha evidencia sobre, por ejemplo, los conflictos, desigualdades y precariedades sociales y su tratamiento –temas que bien van conociendo y experimentando muchos europeos, chinos y estadounidenses–. También sobre los efectos sociales que se relacionan con rápidos e inequitativos crecimientos económicos, que han dado lugar al creciente protagonismo político de los sectores medios emergentes, sobre las vulnerabilidades de la variante neoliberal del capitalismo contemporáneo, o de cómo las aspiraciones de los individuos y sus familias se procesan con mejores posiciones de

consumo, dando lugar a vidas cotidianas que se desenvuelven, sin respiro, bajo un futuro pleno de incertidumbres.

Ciertamente, el fortalecimiento y posicionamiento de las ciencias sociales acorde con sus posibilidades, no sucede como un proceso natural, del cual el tiempo se hace cargo. Los efectos de una actitud pasiva son similares a lo que ocurre en una escalera mecánica: a nivel global todos avanzan, pero las distancias se acrecientan, cuando no, algunos ya están en los otros pisos (en ese sentido conviene observar el reciente desarrollo de las ciencias sociales brasileñas, a pesar de que, en comparación, sus universidades son de reciente fundación). Tampoco es un buen síntoma caer en una moda posmodernista de diluir la especificidad de las ciencias sociales en saberes de otros tipos.

Nuestra apuesta es subrayar la formación en ciencias sociales locales alentando tanto su versión crítica como su rigurosidad y especificidad. Estas condiciones son requisitos para que sean tomadas en cuenta. Afortunadamente, disponemos de los recursos reflexivos, en nuestra centenaria universidad pública y en los nuevos centros académicos donde trabajan nuestros egresados. Desde allí se pueden producir aportes que tengan una profunda significación, no solamente para la requerida (auto) comprensión de la sociedad, sino también para bosquejar ofertas sobre el futuro que queremos para la convivencia humana. Lo anterior pasa también por moderar razonablemente las expectativas frente al valor de conocimientos, cada vez más provisorios, y lo mismo respecto a los beneficios esperables de sus aplicaciones. Pero con todo, las restricciones de las prestaciones científicas son mejores que los “palos de ciego”.

En síntesis, independientemente de las estrategias que se adopten, es deseable fomentar y reforzar la integración de nuestras producciones con las discusiones y debates globales. Vale la pena explorar las ofertas disponibles y remontar nuestros actuales déficits. Nada conviene menos que la cómoda crítica de pasillo o de café, que conlleva al sometimiento a patrones de producción de las ciencias sociales, sin intervenir en ellos.

Bueno, los desafíos están expuestos: podemos empezar a sacudirnos o proseguir en nuestra pasiva espera.

El arte es una paradoja viva

Rodrigo Zúñiga
Universidad de Chile

El arte es cosa pública, pero no a todos interesa. El arte sale a nuestro encuentro, pero no siempre tiene con quién encontrarse. El arte está ahí para cualquiera, pero cada cual lo vive o experimenta de un modo singular. El arte nos abre al sentido (del mundo, de las cosas, de nosotros mismos), pero una obra nunca se reserva, tampoco, un único sentido –en ella cohabitan diversos sentidos, no necesariamente coincidentes.

El arte es una apertura al mundo, pero esa apertura no es reducible a lo dado de antemano, a lo ya conocido. La obra abandona el mundo por un momento, lo pone entre paréntesis. Promoverá otras configuraciones sensibles, otras significaciones, y solo por esta razón, habrá en cualquier obra, siempre, algo de soledad, algo de inaudito. Soledad y desasimiento: la obra viene hacia nosotros alejándose, porque suspende lo conocido y nos obliga a tantear un acercamiento, a dar algunos pasos con delicadeza. Parece un cuerpo vibrante. Exige reciprocidad, compromiso sensorial, emotivo e intelectual (todo al mismo tiempo), y en ese trance, muchas veces, nos desorientamos y nos sentimos extraviados: decimos no entender una obra. No podría ser de otra manera. El arte es (también) una experiencia del extravío y la orfandad. Experimentar, aún sea brevemente, ese extravío, será un precio menor, pero inevitable, por hacerse de esa pequeña vibración que no existe sino con la obra misma, con su acontecimiento.

Y podríamos continuar, claro.

El arte es cosa pública, pero está hecho de pequeñas soledades. El arte es para todos, pero compromete lenguajes particulares. Toda obra es para todos y para cualquiera (¿Cómo podría no ser así?), pero ninguna obra, ni una sola, será para todos y para cualquiera

efectivamente. De esta clase de paradojas participa el arte. No es extraño: el arte es una paradoja viva.

Ahora bien, ¿Se puede vivir sin arte? Desde luego.

¿Puede un país decidir no fomentar las artes? De ninguna manera.

Nunca será sencillo defender las artes, nunca lo ha sido. No lo fue para la antigüedad clásica ni lo es tampoco para nuestra época de tecnologías digitales e innovaciones asombrosas. El arte siempre resultó algo anómalo, singular, divergente. Sin embargo, si somos capaces de reconocer en el arte una paradoja viva, es porque gracias a él entramos en relación con algo que nos habita, nos interpela y nos compromete en lo más profundo. Quizá sea imposible saber qué sea eso, exactamente –la palabra ‘humanidades’ nos acerca a ese misterio–, pero sí sabemos que no podemos obviar su llamado. En los peores momentos de la historia, cuando la barbarie se imponía sin contrapeso en el mundo, siempre hubo un poeta, un escritor, un músico, un pintor, que acudió –en nombre suyo y de todos nosotros– a mantener viva la llama de esa vocación enigmática.

El peor espejismo, la ilusión más peligrosa, alegará siempre que las artes exigen dotaciones y talentos naturales que no todos tienen, o que su aporte real a la productividad de un país resulta considerablemente menor a la de otros ámbitos, o que se trata de un pasatiempo inocuo que es necesario recluir al tiempo libre y la esfera doméstica. Pero en las artes está en juego lo esencial: el humano que hace frente a sus paradojas, a sus límites, a sus inquietudes, a sus anhelos e imaginaciones, en una época y un contexto determinados. En las artes, en todas las artes (conservadoras o rupturistas, agradables o crípticas, hermosas o abyectas) se fraguan imaginarios, formas estéticas y simbólicas, racionalidades, emociones, fantasías, discursos y tecnologías que nos ayudan a reconocer y a encarar nuestros temores y nuestras esperanzas. No podemos darnos el lujo de minimizar su aporte a la formación de ciudadanías, y mucho menos en una era que, con sus procesos globales de conectividad audiovisual, amenaza con crear formas inéditas de analfabetismo: individuos ensimismados, incapaces de relacionarse críticamente con sus imágenes y sus nuevas maneras de significar, con sus entornos altamente tecnologizados y, lo que es peor, con sus propios pares.

La pregunta por el sentido de las artes, las humanidades y las ciencias sociales constituye, por sí misma, un llamado de atención. Es una pregunta que no debiéramos siquiera formularnos como

sociedad; pero puestos en esta disyuntiva, tenemos la obligación de responderla. Tendremos siempre el recurso de apelar a las competencias blandas, a los procesos cognitivos que están en juego, exclusivamente, en la educación artística. Con todo, hay muchos otros aspectos que debemos realzar y que nuestra sociedad necesita tener presente con urgencia. Una ciudadanía sin acceso a su patrimonio, a sus museos, a su historia, a sus voces, a sus sonidos, a sus imágenes, ha sido obligada a relegar una parte importante de sí misma en las regalías de unos pocos. Las artes son cosa pública, aunque a pocos les interese, porque en ellas todos somos convocados democráticamente. Y nadie puede estar ajeno a aquello que lo interpela en lo más profundo.

El lugar de las artes, humanidades y ciencias sociales: notas a partir del informe

*Un sueño compartido para el futuro de Chile*¹

Cristián Opazo

Pontificia Universidad Católica de Chile

Pues, bien, aquí instalamos la pregunta que nos convoca: ¿qué lugar cabe a las artes, humanidades, ciencias sociales, y comunicaciones en el relato compartido de este sueño de futuro?

¿Un sueño *compartido* para el futuro Chile? Esa es la pregunta que resta. En julio de 2015, la comisión presidencial Ciencia para el Desarrollo de Chile emitió un informe final que, después de “más de cuatro meses” de trabajo, señala “un camino donde la ciencia, la tecnología y la innovación nos permitan avanzar hacia el desarrollo que queremos”. En diálogo con “cerca de 300 personas”, entre las que se cuentan académicos, técnicos y políticos, el texto entrega a la presidenta Michelle Bachelet lineamientos claves para el diseño de un futuro Ministerio de Ciencia, Tecnología e Innovación².

Leído desde la perspectiva de Humaniora³, el trabajo de los comisionados –riguroso en su ejecución y encomiable en sus fines– evidencia, de manera sintomática, el lugar incómodo, acaso precarizado, al que son confinadas las humanidades, las artes, las ciencias sociales y de la comunicación, cada vez que se abren debates

¹ *Un sueño compartido para el futuro de Chile: informe a la presidenta de la república Michelle Bachelet*, Comisión Presidencial Ciencia para el Desarrollo de Chile, Julio de 2015.

² *Ídem*, p. 4.

³ El informe fue presentado y discutido por la mesa directiva de Humaniora: Red de Posgrados en artes, humanidades, ciencias sociales y de la comunicación (Arica, 12 de mayo de 2016). Sirva precisar que los programas afiliados a Humaniora comparten una visión común: artes, humanidades y ciencias sociales “son claves para el desarrollo de país” y, por ende, es una tarea urgente favorecer “la generación de alianzas” en el campo tanto a nivel nacional como latinoamericano: <http://www.humaniora.cl/wp/>.

públicos sobre el estatuto de la ciencia y tecnología, la innovación y la transferencia, el desarrollo y la sustentabilidad.

Enfrentados al reciente anuncio de creación de un ministerio de ciencia y tecnología y, tal vez, innovación⁴, los miembros de Humaniora ofrecemos una lectura crítica de dicho informe: según creemos, este insumo, pieza clave para el diseño de este nuevo tinglado institucional, otorga un pie forzado para corregir, discutir, precisar o, incluso, refutar una serie de supuestos, desinformados o falaces, sobre la singularidad de nuestras disciplinas.

Pues, bien, aquí instalamos la pregunta que nos convoca: ¿qué lugar cabe a las artes y humanidades, ciencias sociales y de la comunicación en el relato compartido de este sueño de futuro?

Cuestión de palabras

Como se ha indicado, la comisión presidencial consideró la participación de representantes de las ciencias sociales y humanidades (historia, psicología y sociología)⁵. Desafortunadamente, la sola retórica del informe emanado tiende a escamotear el aporte de estas disciplinas. Veamos. Sobre la base del *Frascati Manual*⁶, [5] el documento precisa, en una *nota pie*, que a lo largo de su argumentación, se referirá a la ciencia en forma amplia –tan amplia que incluye ciencias sociales y humanidades y, dentro de estas últimas,

⁴ En su cuenta anual (21 de mayo de 2016), la presidenta de la república, Michelle Bachelet, anunció la creación de un Ministerio de Ciencia y Tecnología, cuyo anteproyecto se encuentra en etapa de elaboración y, se estima, será presentado durante el segundo semestre de 2016.

⁵ Así lo aclara Gonzalo Rivas, el presidente de dicha comisión, en carta publicada en el diario electrónico El Mostrador, en la edición del 24 de junio de 2016: <http://www.elmostrador.cl/noticias/opinion/2016/06/24/en-respuesta-a-carta-abierta-de-los-investigadores-en-artes-y-humanidades/>. El texto de Rivas responde lo afirmado por la declaración –a nuestro juicio muy acertada– del grupo Investigadores en Artes & Humanidades: <https://docs.google.com/forms/d/e/1FAIpQLSfwAP6ZnKUWagXTdhykWfZfeenxhMiTUFpmqAkkSfgCvmkHBg/viewform?c=0&w=1>

⁶ *Frascati Manual* es un texto propuesto por la OECD como guía para el levantamiento de información estadística en los ámbitos de la investigación y el desarrollo. Para mayores detalles, véase: <http://www.oecd.org/sti/inno/frascatimanualproposedstandardpracticeforsurveysonresearchandexperimentaldevelopment6thedition.htm>.

sin distinción, a las artes, sin debido distingo entre las prácticas que bajo este rótulo convergen.

Las taxonomías propuestas en el *Frascati Manual* son herramientas útiles para la elaboración de informes estadísticos sobre investigación y desarrollo. No obstante, por su sesgo economicista, dichas taxonomías figuran nuestras disciplinas como un ámbito superficialmente *homogéneo* y arbitrariamente *diferenciado*. Ámbito *homogéneo* porque no se reconocen las diferencias entre áreas que se presumen intercambiables y, por ende, sin un objeto de estudio nítido (e.g. lingüística/literatura, estética/filosofía, arte/comunicación). Y, también, ámbito arbitrariamente *diferenciado* porque se le escinde, sin criterios académicos, de áreas que sí le son necesariamente afines (e.g. economía social, estudios urbanos, sociología o psicología).

Estos criterios –a nuestro entender, imprecisos– son la base de una organización académico-administrativa que, por ejemplo, en el programa FONDECYT, de CONICYT, suscita que los especialistas en psicolingüística, abocados a problemas de educación, deban competir por los mismos fondos que los especialistas en letras coloniales o en filología clásica. Peor aún, estos mismos criterios han contribuido a que en el Programa de Investigación Asociativa, PIA, del mismo CONICYT, a la fecha, solo se haya admitido como disciplinas de las humanidades elegibles para desarrollos interdisciplinarios a la antropología y a la historia, obviando, por ende, entrecruces capitales para la generación de conocimiento de impacto global tales como los estudios culturales, los estudios del discurso o los estudios de género y sexualidad, instalados desde hace varios lustros en nuestras universidades complejas⁷.

Por lógica consecuencia, quienes nos desenvolvemos en las áreas comprendidas por Humaniora observamos una creciente restricción de las oportunidades de emprender proyectos de investigación asociativa que permitan enfrentar, de manera interdisciplinaria, nuevos desafíos en artes y humanidades: en la actual estructura de CONICYT, el carácter asociativo y colaborativo de estas áreas solo se reconoce en la medida que su quehacer

⁷ Así lo indican las bases de los proyectos Anillos en ciencias sociales y humanidades del programa PIA de CONICYT: <http://www.conicyt.cl/pia/files/2014/07/Bases-Anillos-Cs-Sociales-2014.2.pdf>

se desarrolle de manera subordinada a estructuras propias de las ciencias exactas y de la tecnología⁸.

Malos entendidos

Del mismo modo, la mirada reductiva –cristalizada en una apresurada nota al pie del informe– da lugar a un “mal entendido”. Según se colige de la lectura del texto, a nuestras disciplinas, se las percibe como un ámbito más próximo a la “antigua extensión universitaria” (135) que a los auténticos desafíos investigativos del país. Efectivamente, cada vez que se invocan los nombres de áreas tales como energía, medioambiente o salud, entre otras consideradas vitales para el desarrollo del país, el informe parece olvidar que ciencia –según el mismísimo *Frascati Manual*– también incluye a las artes y a las humanidades.

Esta concepción mezquina de nuestras disciplinas ha redundado en el diseño de políticas de investigación que parecen desconocer las diferentes maneras por las que estas disciplinas se desarrollan en universidades y centros de investigación nacionales e internacionales. Por un lado, este “mal entendido” sobre qué son las artes y humanidades ha contribuido a definir un perfil de investigador que toma su modelo de la gestión cultural y áreas afines, y como reza el informe de la comisión presidencial, concibe nuestras prácticas como las de “gestores culturales” (56) especialistas en “intercambio cultural entre países a nivel global” (59). Por otro lado, quienes provenimos de estas áreas miramos con extrañeza esta conceptualización de la investigación que no comprende el trabajo de quienes, por ejemplo, producen modelos de pensamiento y generan conocimiento a partir de la creación artística, como es el caso de quienes cultivan las artes visuales, la música, el teatro o el performance, entre

⁸ En el actual organigrama de CONICYT, los fondos asignados vía concurso para proyectos de investigación asociativa o la convocatoria para el establecimiento de núcleos de investigación autorizan la participación de Artes y Humanidades de manera restringida y en calidad de áreas “colaboradoras” en proyectos liderados por investigadores de disciplinas consideradas prioritarias. Para mayores detalles, véase el sitio web institucional: <http://www.conicyt.cl/pia/>

otras, con fines académico-universitarios, radicalmente distintos de quienes lo hacen en el contexto de la industria del espectáculo⁹.

Preguntas pendientes

Cabe señalar que, en varios pasajes, dicho informe apuesta por “fortalecer nuestra convivencia [nacional]” (34). En este contexto, el proceso de fortalecer la convivencia –según percibimos– se describe en términos de amenazas/oportunidades cuestiones tales como la “diversidad social, cultural y geográfica” (54) y las “distintas realidades socioculturales del país” (54). Vistas así las cosas, los investigadores convocados por Humaniora asumimos el desafío de visibilizar una agenda de investigación que, con mucha antelación a la discusión contingente, hace suyos los desafíos que señalan los procesos migratorios, la lucha por la paridad de género, el estudio de las sexualidades, las políticas y estéticas de la memoria o los discursos que median nuestras prácticas ciudadanas y, cómo no, el diálogo de nuestra comunidad con sus pueblos originarios y con el contexto latinoamericano en que se inscribe –cuestiones que, en el discurso de la tecnología y la innovación apenas son consideradas.

Asimismo, los investigadores adscritos a las áreas disciplinares convocadas por Humaniora relevamos una *tradición de investigación universitaria* que, más allá de los dogmas de la innovación y el emprendimiento, movilizan saberes que resultan claves para (re)articular un proyecto nacional capaz de comprender la diversidad cultural de quienes la conforman. Pues, ¿qué disciplinas, sino las aquí relevadas son las que pueden aproximarse con mayor propiedad a la particularidad de nuestros ecosistemas, etnias, lenguas y memorias? ¿A qué clase de desarrollo puede aspirar una comunidad nacional desatenta a estos asuntos? ¿Acaso es posible pensar una sociedad integrada cuando estos saberes se hallan precarizados?

⁹ Peor aún, en paralelo se discute un nuevo Ministerio de la Cultura que tampoco presta debida atención a la investigación en Artes y Humanidades. Para mayores detalles sobre esta discusión particular, véase el diagnóstico realizado por Pablo Chiuminatto: <http://diario.latercera.com/2015/12/26/01/contenido/opinion/11-205854-9-ministerio-de-cultura.shtml>.

Al día de hoy, todo parece indicar que, antes de erigir una nueva institucionalidad, urge revisar los supuestos conceptuales que la sustentarán. Y para alentar dicha revisión, aquí, sugerimos algunas preguntas para alentar la discusión:

¿Cómo participan las artes y humanidades de la noción ciencia barajada por los demás interlocutores de este debate nacional?

¿Qué modelos y qué prácticas específicas despliegan nuestras disciplinas al momento de generar conocimiento?

¿Qué deslindes es imperioso discernir dentro de lo que generalmente denominamos artes, humanidades o ciencias sociales? (Sirva dar un vistazo a la organización de los grupos de estudio de FONDECYT o a los criterios que rigen las convocatorias interdisciplinarias emanadas desde CONICYT).

¿Son estas categorías aún representativas de las agendas de trabajo de nuestros investigadores y de las demandas de la comunidad?

¿Hasta qué punto se hace necesario que, antes de diseñar el nuevo ministerio, seamos capaces de repensar la estructura organizativa de nuestras universidades, casi siempre, atomizadas en guetos disciplinares?

Dentro de las universidades, ¿cómo generamos instancias para favorecer la inserción de investigadores en los cuerpos académicos?

¿Es viable pensar un ministerio del área sin que exista coordinación con otras esferas críticas tales como cultura o educación? (Hasta ahora solo se oye hablar de la relación del futuro ministerio con CORFO.)

¿Es pertinente incluir una categoría como innovación a la par de las de ciencia y tecnología?

Y, si de cuestiones léxicas se trata, quienes nos dedicamos a las artes, humanidades y ciencias sociales ¿estamos de acuerdo con la instalación de un Ministerio de Ciencia y Tecnología o, más bien, preferiríamos proyectar un Ministerio de la Investigación?

En instantes en que la agenda del Gobierno de Chile anuncia la creación de un inédito ministerio, Humaniora invita a intervenir en el debate sobre la nueva institucionalidad y a relevar, de manera conjunta, la necesidad de construir una cultura de la investigación. Esta cultura de la investigación solo cimentará un auténtico sueño compartido para Chile en la medida que surja desde el diálogo con las comunidades académicas y de la escucha atenta de los aportes que de manera sistemática hacen las humanidades, las artes y las ciencias sociales y de la comunicación al desarrollo integral y sustentable de nuestro país.

Las humanidades: ¿Para quién?

Adolfo Vera
Universidad de Valparaíso

Confieso que la pregunta “¿para qué sirven las humanidades, las ciencias sociales y las artes?”, yo la complementarí­a con la de para quién sirven, si es que en verdad sirven; en el paso de la cosa abstracta a la que nos obliga la pregunta por el “qué” hacia la concreción humana –el llamado a un rostro– del “quién” se juegan, me atrevería a decir, gran parte de las cuestiones que se tornan esenciales hoy en lo que respecta al sentido, en nuestras sociedades, de las artes, las humanidades y las ciencias sociales. Ese pasaje es a su vez una retroalimentación: no hay “humanidad” hoy sino en cuanto ella debe hacerse cargo de lo abstracto y lo no-vivo (la tecnología), lo artificial y lo virtual, que modifican radicalmente a la vida. Como sea, no es inútil preguntarse por las relaciones que estos tres saberes y prácticas poseen entre sí, en relación a su propia historia, porque es claro que no han acompañado siempre a esa Humanidad –permítansenos las mayúsculas– que buscan estudiar, definir, y ante todo interrogar. Quisiera concentrarme en esta breve reflexión en lo que respecta a las humanidades.

Las humanidades y el arte, como los conocemos, son fruto del *quattrocento* italiano, y como tales inauguran una época en la que se comenzará a dibujar el rostro de un nuevo personaje que ingresará en la historia en medio de escenografías majestuosas, tratados eruditos, colecciones privadas, frescos, pinturas radicalmente novedosas, flujo de capital y comercio global: el Hombre; esta invención, a su vez –por ejemplo, en las *Vite* de Vasari, del año 1550– traerá consigo la invención de la historia misma. También, de la Utopía. Todas estas invenciones implican una modificación radical en el quién y en el nosotros, y entonces, en el qué y en el cómo. ¿Qué hacer con la ciudad, a quiénes integrar en ella? ¿Cómo ubicar a este nuevo

personaje (el Hombre), cuyo cuerpo empieza a ser reinterpretado a la luz de los clásicos grecolatinos, ya no en un topos hiper-jerarquizado (la sociedad feudal) sino en un cosmos volcado al libre intercambio de las mercancías y los conocimientos, pero también en el contexto del Nuevo Mundo –nosotros, entonces– que acababa de ser descubierto? ¿Cómo imaginarlo, también, en el contexto de ese lugar sin lugar llamado utopía? Las humanidades y el arte surgen como un modo de dar respuesta a esas y otras interrogantes. Pero el contexto no es, como se ha solido interpretar, el de un triunfalismo sin contrapeso que confiaría en el progreso infinito del hombre –o de la humanidad– gracias a sus redescubiertas facultades. Se trata, más bien, del reconocimiento de una cierta fragilidad, de una negatividad que corroerá finalmente toda positividad: la muerte, el olvido. Este último, para Vasari, solo podrá ser vencido por el trabajo del historiador, y tiempo después será Vico quien historizará al arte y la literatura como un modo de descubrir la historia del nuevo personaje, el hombre, sacándolo del pozo negro del olvido, y haciéndolo eterno como los dioses. Se tratará de vencer gracias a la luz de la razón las tinieblas del olvido, el que ya ha gobernado la existencia de los hombres por épocas enteras, en las que los nombres de los grandes personajes de la historia no se recordaban.

Humanismo y arte se abocarán desde entonces y hasta hoy a representar –cuánto de lo humano inventado por el Humanismo se juega en este solo concepto: representación– una fisonomía como aquellas que en la época de Vico, un italiano, Della Porta, y un francés, Le Brun, se dedicaron a realizar desde los fundamentos científicos del dibujo (que, según el concepto renacentista del *disegno*, es también la idea, el plan y el proyecto) de las relaciones entre el rostro humano y la cabeza de los animales, y que ya antes de Darwin recibían el nombre de *fisiognomía* (el alemán Lavater le daría un estatuto científico) y hacían ver con estupor cómo la autonomía del nuevo personaje se disolvía en la otredad de lo animal. El humanismo entonces, el que en tanto época fue modulado por las humanidades en un sentido amplio –las que, a diferencia de lo que establece hoy la especialización universitaria, incluían a las ciencias en tanto forma esencial de la modulación de la experiencia humana– nunca pensó que este nuevo personaje que inventaba triunfaría sin más en su pretensión prometeica de robar, otra vez, el fuego a los dioses. Más bien, su verdad –que será también la de la modernidad misma– la expresó Goya en la frase de su famoso grabado: “el sueño de la razón produce monstruos”. En lo que concierne a los aparatos

de proyección de formas y representaciones, sabemos que ya en el siglo XVII el jesuita alemán A. Kircher inventaba la Linterna Mágica, el fósil más antiguo del aparato cinematográfico, la que a fines del siglo XVIII, en el contexto inmediatamente posterior a la Revolución Francesa, daría origen al espectáculo de la “fantasmagoría” –varias linternas mágicas proyectando imágenes de calaveras, fantasmas y otros hechos sangrientos en el espacio vacío de un convento derrumbado– inventado por E.G. Robertson. Si lo que Heidegger definió como la “época de la imagen del mundo” produjo en gran medida imágenes fantasmagóricas, gracias a los aparatos de representación mecánica, podemos decir que el Hombre inventado por el Humanismo no es uno que no contenga, en sí mismo, la representación de su propia violencia o de sus dobleces fantasmales. En ese sentido, la pregunta por el para quién –es decir, qué comunidad– del humanismo, estando ella sujeta, por hipótesis, al mundo de las representaciones, no puede sino ser respondida atendiendo al momento esencialmente fantasmagórico, a su conformación en tanto ficción, de la comunidad. No hay respuesta concreta a un tal “para quién”: solo hay representaciones, ficción; si la hubiera, ya no estaríamos en el ámbito del “humanismo” ni en el de las “humanidades”. ¿En el de la política, tal vez?

Las humanidades están más vivas que nunca desde que se comenzó a hablar de una “muerte del Hombre”. Pensar que eso significaba dejar vacío el motivo central que le dio origen –¿Qué es el “hombre”??– y por ende dejar vacante su tarea –la que tendría que ser llenada entonces por la “ciencia positiva”– implica no entender que ese lugar siempre estuvo vacío, y solo fue llenado por ficciones y representaciones (tendientes siempre a la fantasmagoría). Como sea, una tal discusión, iniciada ya desde la tercera década del siglo pasado, en el contexto de las catástrofes políticas y sociales que asolaban (y asolan) a las sociedades occidentales y no occidentales, nos ha obligado a hacernos cargo de los grandes olvidados del humanismo: el mundo de los animales y el del objeto técnico. La violencia política, que terminó haciéndonos ver que la barbarie es uno de los destinos posibles del Humanismo (Benjamin), nos obliga a considerar, por un lado, que ninguna otra especie animal es capaz de una crueldad semejante a la ejercida por el hombre, y por otro, que la lucha en contra de la cosificación –camino directo hacia la barbarie–, y por ende en contra del capitalismo, debe ser realizada no “contra” el objeto técnico, sino que “con” él (se trataría, como diría Gilbert Simondon, de des-alienar al objeto técnico, y no solo al usuario del

mismo). Algunos autores –los llamados “posmodernos”– pensaron que se trataba de superar y dejar atrás al humanismo, principal responsable de la barbarie moderna; en muchos puntos no se equivocaron. A diferencia de ellos, hoy sabemos que esa tarea la realizaría no un discurso teórico, sino una práctica económico-política: el neoliberalismo. Por ello hoy no es tan sencillo ser “posmodernos”. Si uno asume que nos movemos en un territorio de ficciones y representaciones, podemos asumir igualmente que de lo que se trata es de inventar otras ficciones, otras representaciones: así el humanismo, y por ende las humanidades, no claudicarán ante los “positivismos” que siempre quisieron destruirlo, por temor sin duda a sus fantasmagorías, más inocentes –como sea– que las que produce la “positividad” cotidiana del mercado.

No se trata de salvar ni de enterrar al “humanismo”: bastante se lo enterró (y se lo salvó) durante el siglo pasado. Se trata más bien de volver a plantear la pregunta inaugural por el quién y –como hicieron utopistas y artistas de la representación– inventar las ficciones que le corresponden. Estas ficciones habrán de surgir de la paradoja siguiente (tal vez la más desgarradora): cada reinvencción de lo común –del más particular al más universal, y nunca el uno sin el otro– tendrá que hacerse cargo de la catástrofe de la violencia extrema (la desaparición, la tortura, el genocidio que ha estado en el origen y desarrollo de las naciones modernas) y desde ahí –desde esa violencia que es lo real mismo– inventar los destinatarios múltiples, siempre ficticios y espectrales, de la pregunta por el “quién” que debe estar a la base del humanismo y de las humanidades.

***Inquisitio* y sentido de estilo (de la comprensión de las humanidades)**

Andrés Claro
Universidad de Chile

La metodología de la *inquisitio* no tiene jurisdicción en las humanidades. Existe una gran diferencia entre probarle a todo el mundo que se tiene razón y responder a los desafíos que impone habitar un mundo. Unos tienden a investigar hechos de acuerdo a un patrón de verificación sancionado al interior de un paradigma más o menos consensuado. Otros, a crear y comprender entidades y actividades en un horizonte de experiencia histórico-cultural: ante la pulsión de prueba inculminatoria, apelan al recurso, a una renovación constante del expediente que pospone los arrebatos de juicio final.

Hasta nuevo aviso, los seres humanos no crean entidades como la materia que compone el universo o los animales que pueblan la tierra (solo los bautizamos y concebimos de diversas maneras a lo largo del tiempo). Pero en el esfuerzo por comprender nuestra situación y configurar un mundo habitable, sí creamos y seguiremos creando una gran variedad de entidades y actividades que conforman la cultura: las artes de educar y de gobernar; las leyes, las instituciones sociales y la organización económica; la arquitectura, el urbanismo y las costumbres; la literatura, las artes y las religiones; las ciencias, las disciplinas y las técnicas; las concepciones de la realidad, del tiempo y de la historia; los modos de pensamiento y las lenguas (ante el lenguaje en general, convengamos que es el *instinto del hombre*) —en fin, toda una serie de formas de expresión y de comunidad que son juez y parte de los mundos históricos que conforman, transformándolos continuamente, y transformando al ser humano dentro del mundo.

Solo una sociedad profundamente alienada podría expresar hoy por hoy sorpresa ante la perogrullada de que vivimos en mundos

posibles que nosotros mismos hemos configurado. La idea de que la comprensión de estas formas humanas de hacer mundo es una tarea menos seria o autónoma que el conocimiento de la naturaleza es un prejuicio ya más difundido, interesado y peligroso.

No es lo mismo inquirir sobre lo que se considera dado, como ocurre en las observaciones y clasificaciones que hacen las ciencias regionales acerca de la naturaleza, que comprender lo creado por el ser humano o seguir creando de manera acorde, para lo que se requiere un *sentido de estilo*. Registrar regularidades en alguna parcela de la realidad –percibir o abstraer la repetición en vistas a validar leyes o modelos para alguna dimensión del espacio-tiempo o de la vida, si se quiere–, es una actividad perfectamente humana, donde no se es menos artífice que observador. Pero lo que suele definir un estilo es el carácter individual e irrepetible, precisamente lo que escapa al método estadístico que domina en las ciencias naturales y sociales, por mucha corrección y complejidad que incorporen a sus sistemas de variables. Si la comprensión de un estilo podrá ser eventualmente parafraseada de manera deductiva o empírica no es nada sin la penetración imaginativa que la genera. Si puede cerrar el foco sobre un eventual detalle significativo que revele la diferencia específica, e incluso amplificarlo para generar conocimiento característico o caricatural, no es nada sin una visión del conjunto de las capacidades simbólicas del hombre (cualquier paseante distraído sabe que una melodía afecta sus maneras de mirar). No separa la forma del contenido de la experiencia o del discurso pues tiene consciencia de que no hay maneras distintas de decir o proyectar lo mismo. No busca hipostasiar una constante a partir de la repetición de un experimento, sino generar instancias ejemplares, lo que constituye una referencia de otro cuño.

Los procedimientos de la radiografía no son los del retrato; como cualquier estilo, reorganizan el mundo de manera tan dramática como las entidades que traen a la luz. Confrontada a un objeto natural, por muy ocultas que suponga sus estructuras profundas, la ciencia opera por hipótesis y demostración, sospecha y sentencia, argumentando a través de generalizaciones y uniformidades derivadas de la copresencia de los objetos y eventos que le entregan sus conceptos, categorías e instrumentos, lo que le permite diferenciar, al menos por un tiempo y en un campo, entre lo que considera verdad y error. Es lo que suele comunicar mediante un género discursivo *sui generis*, el *paper*, cuya ley enunciativa es la de un pronunciamiento de ambición impersonal, literal y denotativa, a veces matemática,

donde alguien previamente autorizado como experto expone sus descubrimientos sobre un aspecto puntual y técnico, de manera breve y clara, al día y efímera, susceptible de consenso y dispuesta a ser corregida o sobrepasada por la siguiente comunicación que genere actualidad. Ante las creaciones del ser humano, en cambio, no hay coartada realista que valga: se está obligado a asumir de entrada toda una variedad de mundos posibles, cuyos horizontes de experiencia se revelan más o menos eficaces, adecuados o aberrantes según hábitos, motivos, propósitos y puntos de vista que, por refinados que puedan llegar a aparecer en los diversas figuraciones creativas –desde la filosofía, la historia y demás saberes hasta la literatura y las artes– no son distintos de aquellos que conciernen a los hombres y mujeres en sus relaciones habituales de vida. Es lo que amerita un lenguaje socialmente compartido, que despliegue toda la variedad de formas desarrolladas históricamente para desplegar esta doble tarea crítica y fundacional: el diálogo, el ensayo, la meditación, la epístola, la biografía, la crónica, la digresión, el aforismo, el fragmento, el artículo, el manual, la monografía, la suma; en fin, más recientemente los medios audiovisuales y siempre y sobre todo el libro.

Premiar pavlovianamente la aplicación de una ley discursiva propia de las ciencias naturales (y del inglés de conferencia) en las humanidades no tiene nada de anodino o anecdótico. Muchísimo más eficaz como método de represión de mundos alternativos que la prohibición de la censura o la descalificación epistemológica directa, este papeleo y papelón transforma a bajo costo a las humanidades en un ejercicio de glosa arqueológica de archivos, obras y autores u otra forma posible de la prueba, haciéndonos a todos cómplices más o menos advertidos de la facticidad de turno.

No es lo mismo usar el sentido de estilo para probar algo –digamos, para demostrar que una obra pertenece a un autor o a una época determinados–, que activar un sentido de estilo para comprender cómo una obra representa o abre posibilidades imaginativas de configurar un mundo habitable. Entre los primeros, hay una tendencia a tomar la obra como objeto y servirse de manuales clasificatorios que proponen rasgos peculiares como elementos de prueba, lo que abulta su cosecha de un cúmulo de manierismos. Aseguran el botín al precio de echar por la borda gran parte de las preguntas y matices ineludibles de lo humano. Los segundos pueden llegar a conocer la experiencia de embarcarse en un periplo que obliga a ajustar las expectativas al cruzar cada cabo, donde el desconcierto es condición

de posibilidad de un nuevo mundo. También Colón creyó haber llegado a las Indias Orientales cuando, como se sigue diciendo por ahí, *descubrió América*.

Se sabe que el análisis no sirve de nada sin una síntesis imaginativa, capaz de descubrir, o sea, de crear. Para ello, sin embargo, la disección debe haber dejado vivo al individuo, lo que no ocurre ni en las lecciones de anatomía ni en las torturas de la inquisitio.

La paradoja es tan solo aparente: mientras la teoría científica, con su pretensión de validez ahistórica, es enterrada cuando surge una versión más convincente de los hechos (absorba o no a la anterior en sus entrañas), las creaciones humanistas, conscientemente datadas y situadas, tienen una organicidad que les da vida histórica, permitiéndoles resurgir una y otra vez de la tumba a decir lo que tengan que decir.

La diferencia entre probar y comprender no está delimitada por la proveniencia última o física de las entidades a que se aplican. Ante la piedra en la cantera o en la mina, se suele preguntar *qué es* o demostrar *qué elementos la componen*. Ante la misma piedra en un pedestal (o en el zapato, según sea el caso) se puede preguntar *qué significa* y explicar *cómo y por qué expresa lo que expresa*. Este comportamiento, que no es exclusivo de las piedras, hace que las entidades y las actividades puedan expresar un día y no hacerlo al día siguiente, o expresar cosas distintas en lugares y tiempos diferentes. Es cuando se constituyen en *obras* —cuando aquello sobre lo que se pregunta aparece creado por quien pregunta: el ser humano—, que debe discernirse si y cómo es que sus formas y comportamientos contribuyen a la configuración de qué mundo.

Tal como la explicación del estilo de una escultura no se hace a golpes de martillo, para la comprensión de las ciencias naturales como *obra de los hombres* de poco sirve la inquisitio, el método con que la ciencia investiga felizmente, de manera punzante y cortante, los objetos que aísla en la naturaleza.

Si una teoría científica es un gran hecho, los hechos son pequeñas teorías. Cuando la investigación (natural o social) afirma que es verificable, lo que afirma es que es capaz de repetir la aparición conjunta de las entidades y los eventos que sus conceptos, categorías e instrumentos conciben y consideran relevantes para su experimento, dejando todas las demás entidades y eventos posibles del *mundo ordinario de los hombres* fuera. Hace del experimento un ejemplo de la teoría; se maravilla ante una uniformidad en la naturaleza que él

mismo ha aislado o proyectado creativamente. Lo cual lo honra, a su manera.

Es un contrasentido evidente pretender que las creaciones originales en las humanidades –y lo mismo puede decirse de los modelos que transforman la ciencia–, sean juzgadas institucionalmente en tiempo real y mediante parámetros de prueba establecidos de antemano. Imponer, por añadidura, el criterio de la *necesaria utilidad*, es ya una aberración mayor. Pues lo que resimboliza un mundo antecede e impone los raseros mismos que servirán para comprenderlo, tal como antecede la posibilidad de un uso instrumental de las nuevas formas con que sintetiza la experiencia. Una institucionalidad de buena fe, que quiera incentivar la comprensión y la creación humanas, no podría pretender ahorrarse el dilema existencial: en algún momento del camino tendrá que confiar y apostar; incluso (o sobre todo) cuando la contraparte haya defraudado sus expectativas. Entonces, su actitud se revelará estrictamente contraria a la del huaso macuco que cree que le están tomando el pelo cada vez que no entiende algo.

La constatación de la variedad cultural y la transformación histórica –la celebración misma de las posibilidades creativas de configurar experiencias alternativas que respondan a los desafíos de la cultura en el tiempo– no proscribire la evaluación o el juicio. Ciertamente, proscribire abusar de la trillada frase de nuestros realistas –*digamos las cosas como son*–, tal como proscribire hacer del consenso un velo de resignación, racionalizado o involuntario, ante la fuerza. Pero el corolario no es un relativismo sin posición, sino una evaluación a partir del encuentro entre mundos capaces de inseminarse recíprocamente, una confrontación entre estilos históricamente determinados donde tal como el presente puede juzgar y transformar el pasado, el pasado puede juzgar y transformar el presente. Cuando halla dos o más versiones divergentes de los hechos, no concluye que una (o todas) sean necesariamente *incorrectas*, sino que se pregunta a qué mundos pertenecen y cuáles son las posibilidades de traducir –cuáles son los límites, pérdidas y posibilidades de paso– entre estos mundos que se despliegan en indiferencia o conflicto. Al evaluar la corrección de una obra, no la considera el producto inevitable de un contexto o de un sujeto, sino una creación de experiencia que puede situarse de muy diversas maneras frente a su primer contexto, incluido el propio artífice, y a otros contextos. Las dificultades que supone comprender un mundo a partir de la perspectiva propia que imponen las formas de otro –nuestro propio

principio de incertidumbre– son tan evidentes como asumidas: lo suficientemente humanos para habitar y tomar decisiones sin hipostasiar un rasero que dirija toda instancia de juicio desde el más allá o el más acá. Los efectos que puede traer la inseminación de un sistema de representación a partir de las formas de otro, son tan impredecibles como aceptados: lo suficientemente históricos para no temerle a nuevas maneras de sentir, pensar y actuar susceptibles de ser socializadas, de transformar el sistema de representación de la comunidad para seguir respondiendo a las necesidades y desafíos que impone la vida histórica.

La historia como oficio

Sergio Grez Toso
Universidad de Chile

Aunque según las definiciones de diccionario, la palabra oficio, del latín *officium*, designa a aquellas actividades laborales habituales que requieren ciertas habilidades manuales –las “artes mecánicas”– o despliegue de esfuerzo físico, su uso se ha extendido a algunas profesiones universitarias cuyos integrantes la han adoptado sin mayores miramientos, incluso, a veces, con deleite, en la definición de su propio quehacer laboral.

Este es el caso de la disciplina histórica

Es sabido que la historia, entendida como campo de estudios sistemáticos sobre el devenir de las sociedades humanas a través del tiempo, fue practicada desde la Antigüedad y hasta muy avanzada la Época Contemporánea, por filósofos, políticos, literatos, sacerdotes, juristas, altos jefes militares y otros personajes cuyas preocupaciones ideológicas o políticas los llevaron, ocasionalmente, a incursionar en el estudio del pasado de la humanidad.

La profesionalización de la historiografía y su independencia de otras disciplinas –como la filosofía o la literatura– es un fenómeno relativamente reciente, cuya data de nacimiento se sitúa en las sociedades occidentales en la segunda mitad del siglo XIX. Solo a partir de entonces, la disciplina de la historia adquirió, progresivamente, autonomía respecto de otros campos del conocimiento, forjando sus propios instrumentos, reglas y procedimientos, a la par que avanzaba su profesionalización, siempre en estrecha relación con la consolidación de los modernos estados nacionales que, de manera mucho más sistemática que lo operado hasta entonces

por las distintas formas de Estado que ha conocido la humanidad, dotaron a la historiografía de algunos de los elementos que le permitirían convertirse en un área de estudios claramente definida. Desde entonces, el desarrollo y profesionalización de la disciplina de la historia avanzaría, definitivamente, con total independencia respecto de los saberes que hasta el momento la habían tutelado. Paulatinamente, los cultores del conocimiento histórico –los historiadores– dejaron de ser aficionados que en sus tiempos libres se dedicaban a investigar o escribir la historia casi como un hobby, convirtiéndose en profesionales a tiempo completo, consagrados plenamente al estudio, investigación, escritura y enseñanza de su materia en universidades y otras instituciones. Ser historiador o historiadora se convirtió en una profesión universitaria de cierto prestigio que tendería a cada vez mayores niveles de especialización, de sofisticación y de fraccionamiento en una infinidad de especializaciones y subespecializaciones, en un proceso siempre inacabado.

Simultáneamente, la institucionalización de la Historia, la conquista de un objeto y de un método específico de estudio, la elaboración de un sistema de valores colectivos, contribuyeron poderosamente a crear en los historiadores un sentimiento de pertenencia a una misma comunidad profesional.

De manera algo paradójica, a medida que la historiografía se profesionalizaba, se fue difundiendo el término “oficio” para designar su *savoir faire*. ¿Por qué ocurrió este curioso fenómeno? ¿Por qué una actividad cada vez más profesional y académica, terminaría emparentada de modo retórico a los oficios o “artes mecánicas”?

Enunciaré una explicación posible, a título meramente especulativo.

Cabe destacar que el ejercicio de la profesión de historiador(a) se ha caracterizado por una práctica de marcado individualismo: quienes cultivamos este género trabajamos generalmente solos, aunque asistidos corrientemente por ayudantes, produciendo obras que, por definición, deben ser únicas, “originales”, irrepetibles. Nuestra faena se asemeja en este aspecto a la de los artesanos, en las antípodas de la producción en serie, uniforme, de tipo industrial. La mera obtención de un grado académico no convierte a nadie en historiador o historiadora, solo la demostración práctica del buen ejercicio del “oficio”, permite alcanzar el reconocimiento de los pares y, también de la sociedad. Ciertamente, abordamos nuestros objetos de estudio utilizando instrumentos, técnicas y procedimientos que

son creaciones colectivas, normas “científicas” que permiten situar nuestra actividad en el campo de las “profesiones”, del mismo modo que la de ingenieros, médicos, sociólogos o economistas. Sin embargo, el aspecto de “ciencia social” de la labor historiográfica conlleva siempre una dimensión “humanista” y, en algunos casos, también “artística”. Puesto que la historia debe ser recreada mediante un relato que exija condiciones de validación, la historiografía adopta, necesariamente, ciertas características de disciplina literaria. De este modo, ciencias sociales y humanidades se entrelazan en la labor del historiador. “Profesión” y “oficio” se entretejen y confunden. Esta puede ser una de las causas que han llevado a muchos historiadores e historiadoras a denominar, con fruición, “oficio” a su actividad profesional.

Ya sea como profesión u oficio, el estudio sistemático de la Historia conforme a reglas, técnicas y procedimientos disciplinarios, supone –desde mi punto de vista– una responsabilidad social de parte de sus cultores. ¿Qué investigar?, ¿para quiénes investigar?, ¿qué lenguajes y formatos utilizar para comunicar los resultados de estas investigaciones?, son solo algunas de las disyuntivas que deben resolver quienes pretendan servir con provecho a Clío, la musa inspiradora o “Santa Patrona” de esta cofradía artesanal.

Los Autores, moderadores y editores

Roberto Aceituno

Decano de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Chile, Psicólogo por la misma institución (1989) y Doctor en Psicopatología y Psicoanálisis en la Universidad de París 7 Diderot (2001). Profesor titular, académico del departamento de Psicología de la Facultad de Ciencias Sociales y del Departamento de Psiquiatría Campus Sur de la Facultad de Medicina de la Universidad de Chile, ha realizado docencia de pre y posgrado en los Departamentos de Psicología, Psiquiatría, Antropología y Artes Visuales de la misma casa de estudios, así como en las carreras de Psicología de la P. Universidad Católica de Chile y de la Universidad Alberto Hurtado. Sus líneas de investigación más relevantes se centran en problemáticas vinculadas a las transformaciones socioculturales y la subjetividad contemporánea, la memoria traumática y las mediaciones institucionales del malestar en Chile.

Guadalupe Álvarez de Araya

Directora Escuela de Postgrado de la Facultad de Artes de la Universidad de Chile y académica del Departamento de Teoría de las Artes de la misma casa de estudios. Magíster en Teoría e Historia del Arte (Universidad de Chile) y candidata a Doctora en Estudios Americanos por la Universidad de Santiago de Chile. Es además representante de la Facultad de Artes de la Universidad de Chile ante la Cátedra UNESCO de Santiago de Chile. Entre sus publicaciones se cuentan numerosos artículos en actas de congresos referidas

a crítica del arte en América Latina y sobre teoría de la imagen en América Latina. Miembro activa del comité de Políticas Públicas de la Red de Postgrados Humaniora.

Lionel Brossi

Es Doctor en Teoría de la Literatura y Literatura Comparada de la Universidad Autónoma de Barcelona y *visiting Research Fellow* en el International Gender Studies Centre de la Universidad de Oxford (2011). Es Magíster en Comunicación de la Universidad Austral de Chile y Máster en Teoría de la Literatura y Literatura Comparada: Estudios culturales y literarios, de la Universidad Autónoma de Barcelona. Es Licenciado en Comunicación Social y Periodista de la Universidad Austral de Chile. En el Instituto de la Comunicación e Imagen, de la Universidad de Chile, es Director de Postgrado.

Gisela Catanzaro

Es Doctora en Ciencias Sociales por la Universidad de Buenos Aires y Licenciada en Sociología por la misma universidad. Trabaja en la articulación entre filosofía y ciencias sociales y se especializó en Teoría Crítica. Actualmente es Profesora Adjunta de las materias “Las aventuras del marxismo occidental I, II y III” de la Carrera de Ciencia Política, y “Política, nueva subjetividad y discurso” de la Carrera de Sociología, ambas en la Facultad de Ciencias Sociales, UBA. Dicta cursos de posgrado en distintas universidades nacionales y es Investigadora Asistente del CONICET. Integra proyectos de investigación sobre temas de crítica cultural, teoría política y sociológica.

Daniel Cruz

Académico de la Facultad de Artes de la Universidad de Chile, Coordinador del Magíster en Artes Mediales desde enero de 2014. Daniel Cruz es autor de un sin número de trabajos en la creación de arte visual. Realizó un Magíster en Artes de la Universidad de Chile y una especialización en Harvestworks, Digital Media Arts Center

de Nueva York. A partir del 2000, emprendió como productor, curador y autor de exposiciones en galerías, museos, instituciones culturales e, incluso, espacios públicos de Chile y el extranjero. También destaca por una amplia trayectoria en proyectos de investigación, ponencias y conferencias que comenzó a dictar desde 2007, relacionadas a la utilización de tecnologías y el arte en el contexto contemporáneo.

Registra premiaciones desde 1999, como la Mención honorífica de Fotografía del Salón Internacional de Arte Joven Ecuador, la Selección Concurso Internacional de Vídeos Experimentales de Latinoamérica y El Caribe en Estados Unidos y el segundo lugar del Concurso de Fotografía organizado por Nescafé y Revista Paula.

Héctor González

Director del Departamento de Antropología de la Universidad de Tarapacá, Antropólogo de la Universidad de Chile. Candidato a Doctor en Historia por el Departamento de Antropología e Historia de América y África, Universidad de Barcelona, España. Profesor del Claustro del Programa de Postgrado en Antropología Universidad Católica del Norte - Universidad de Tarapacá. Miembro Comité Editor, Chungará. Revista de Antropología Chilena, UTA. Especialista e Investigador en cultura y procesos étnicos en Chile. Actualmente dicta cursos de metodología de investigación etnográfica en la carrera de Antropología y en el seminario Antropología de la Economía en el Programa de Postgrado en Antropología UTA-UCN. Ha sido investigador responsable y co-investigador de numerosos proyectos FONDECYT. Ex vicedecano de la Facultad de Ciencias Sociales y Jurídicas de la Universidad de Tarapacá. Coordinador Académico Alterno de la Red de Postgrados Humaniora.

Andrea Hidalgo

Socióloga, magíster en historia y doctora en estudios latinoamericanos por la Universidad de Chile. Licenciada en cine documental (Universidad Academia de Humanismo Cristiano). Secretaria Ejecutiva de la Red Humaniora. Sus trabajos se relacionan con la producción social de sentido político y cultural.

Jorge Hidalgo

Premio Nacional de Historia año 2004, Coordinador Académico de la Red de Postgrados Humaniora (julio 2012 - marzo 2019), es Profesor Titular de la Universidad de Chile, Miembro de Número de la Academia Chilena de la Historia; Profesor de Estado en Historia y Geografía por la Universidad de Chile (1971), Doctor of Philosophy, University of London, especialista en Historia Andina Colonial. Ha sido Decano de la Facultad de Filosofía y Humanidades (2006-2010), Director del Departamento de Postgrado de la Universidad de Chile (2002-2006), Conservador del Archivo Nacional (1990-1994) y profesor en diversas universidades nacionales y en el extranjero. Es autor de más de cien publicaciones, entre ellas *Historia Andina en Chile, Vol. I y II*, Ed. Universitaria 2004 y 2014, un porcentaje de ellas son resultados de proyectos FONDECYT de los que ha sido investigador responsable.

Xochitl Inostroza

Doctora en Historia, mención Etnohistoria por la Universidad de Chile. Actualmente investigadora posdoctoral en el Centro de Estudios Culturales Latinoamericanos de la Universidad de Chile. Recibió el premio Miguel Cruchaga Tocornal de la Academia Chilena de la Historia (Tesis de Doctorado, 2016). Sus trabajos se relacionan con temas de historia, archivo, memoria y patrimonio de sociedades indígenas.

Juan Marchena

Doctor en Historia de América por la Universidad de Sevilla, profesor titular del área de América de la Universidad Pablo de Olavide de Sevilla y director del programa de Doctorado en Historia Latinoamericana en esa Universidad y en las de Quito, Jaume I de Castellón, así como colaborador en el de Rudecolombia. Ha recibido numerosas distinciones académicas en Universidades de Ecuador, Perú, Bolivia y Cuba y ha sido vicerrector en la Universidad Internacional de Andalucía (La Rábida, España) y en la Pablo de Olavide (Sevilla). Entre sus más de una docena de monografías cabe destacar *La institución militar en Cartagena de Indias (1700-1810)*

(1982), *Oficiales y soldados en el ejército de América* (1983), José Carlos Mariátegui (1987), *Ejército y milicias en el mundo colonial americano* (1992), *La vida de guarnición en las ciudades americanas de la Ilustración* (junto con Carmen Gómez Pérez, 1992) o *El tiempo ilustrado de Pablo de Olavide: vida, obra y sueños de un americano en la España del siglo XVIII* (2001). Ha participado también en las principales historias generales sobre América Latina: Historia de España de Ramón Menéndez Pidal, Historia de América Latina de UNESCO, e Historia Andina de la Universidad Andina Simón Bolívar, siendo de esta última, miembro del comité editorial.

Lautaro Núñez

Premio Nacional de Historia Año 2002, arqueólogo. Estudió Historia y Geografía en la Universidad de Chile, en 1985 obtuvo un Doctorado en Antropología en la Universidad de Tokio, Japón, y cursó estudios de posgrado en la República Checa. Participante en diversas instituciones culturales y académicas del país, es docente titular del Instituto de Investigaciones Arqueológicas y Museo de la Universidad Católica del Norte (institución que le otorgó el Doctorado Honoris Causa) con sede en San Pedro de Atacama. Es investigador especialista en el desierto tarapaqueño-atacameño y autor de una decena de libros y más de un centenar de artículos, además de diversas colaboraciones en documentales, también organizó y participó en múltiples eventos científicos nacionales e internacionales, así como asesorías, seminarios, clases y conferencias.

Cristián Opazo

Es Doctor en Literatura y profesor asistente de la Facultad de Letras de la Pontificia Universidad Católica de Chile, especializado en teatro chileno y narrativa chilena reciente. Sus líneas de investigación exploran las reescrituras de la tradición literaria en la dramaturgia y narrativa chilenas del nuevo milenio. Ha escrito ensayos sobre Eltit, Fuguet y Radrigán, entre otros. Asimismo, ha sido profesor visitante en Wellesley College (EE.UU.), y en King's College-University of London (Gran Bretaña). Como docente, dicta cursos y seminarios sobre dramaturgia y teoría/crítica literaria hispanoamericanas. Viene desarrollando investigaciones desde el año 2007 mediante

proyectos FONDECYT y otros como la British Academy y el Fondo del Libro. También se ha desempeñado en la gestión académica en la Facultad de Letras de la Pontificia Universidad Católica de Chile. Miembro del Comité Editorial Revista Apuntes de Escuela de Teatro UC (2009-a la fecha). Miembro activo del Comité de Políticas Públicas de la Red de Postgrados Humaniora.

Jeanette Paillán

Licenciada en periodismo en la Universidad de Chile, se dedicó al video documental y estudió cine en España. Cineasta y documentalista, con importantes reconocimientos internacionales como el Premio Ciudad de Córdoba a la Comunicación Solidaria. Ha cursado estudios de especialización en diversos países como Bolivia, Cuba y España, por segunda vez consecutiva fue elegida Coordinadora Latinoamericana de Cine y Video de Pueblos Indígenas (CLACPI) y Fundadora del Centro de Estudios y Comunicación Mapuche LululMawidha.

Carlos Ruíz Encina

Sociólogo, Magíster y Doctor en Estudios Latinoamericanos (todos en la Universidad de Chile). Director del Departamento de Sociología de la Universidad de Chile, académico de la Facultad de Economía y Negocios de la misma casa de estudios, y presidente de la Fundación Nodo XXI. Entre sus publicaciones más importantes se encuentran: *De Nuevo la Sociedad* (2015), *Los chilenos bajo el neoliberalismo. Clases y conflicto social* (2014) y *Conflicto social en el neoliberalismo avanzado. Análisis de clase de la revuelta estudiantil en Chile* (2013).

Carlos Ruíz Schneider

Licenciado en Filosofía por la Universidad de Chile, completó su habilitación para la Dirección de Investigaciones en la Universidad de París 8 en 1996. Profesor Titular de la Universidad de Chile, dirige el Departamento de Filosofía en la Facultad de Filosofía y Humanidades, y es además académico de la Facultad de Derecho

de la misma universidad. Ha sido Director de Programa del Colegio Internacional de Filosofía (Francia) y Profesor Visitante en la Universidad de York, en Toronto, Canadá, en la Universidad Nacional de San Juan, en Argentina y en la Facultad de Derecho de la Universidad de Puerto Rico, en Río Piedras. En 1993 obtuvo el Premio Municipal de Literatura de Santiago por su obra *El pensamiento conservador en Chile* (Santiago, Editorial Universitaria, 1993), escrito en colaboración con el profesor Renato Cristi. Desde 2018 es decano de la Facultad de Filosofía y Humanidades de la Universidad de Chile.

José Santos

Licenciado en Filosofía por la Pontificia Universidad Católica de Chile, 1995, Doctor en Filosofía por la Universidad de Konstanz (2000). Es miembro del claustro del Doctorado en Estudios Americanos de la Universidad de Santiago de Chile. Sus líneas de investigación son la Filosofía alemana (Hegel y Kant), filosofía y pensamiento chileno y latinoamericano, y la filosofía intercultural. Investigador en proyectos CONICYT y FONDECYT, ha dirigido cuatro tesis Doctorales exitosas y tiene a su haber más de cuarenta publicaciones tanto en revistas como libros; son de su autoría *Conflicto de Representaciones. América Latina como lugar para la filosofía* (2010), y *Cartografía Crítica. El quehacer profesional de la filosofía en Chile* (2015).

Bernardo Subercaseaux

Doctor en Lenguas y Literaturas Romances de la Universidad de Harvard. Profesor Titular de la Facultad de Filosofía y Humanidades de la U. de Chile, donde cursó su licenciatura. Ha sido docente en la Universidad de Chile; Washington, Stanford y Maryland (EE. UU.); de La Habana (Cuba) y del Rosario (Colombia). Autor de varios libros, entre ellos *Historia del Libro en Chile. Desde la Colonia al Bicentenario* (LOM, 2010); *Historia de las ideas y la cultura en Chile* (Universitaria, 2011) y co-autor de *El mundo de los perros y la literatura. Condición humana y condición animal* (UDP, 2014). Dirige la Revista Chilena de Literatura de la Universidad de Chile. Su campo de estudio es la modernización y cultura latinoamericana,

especialmente en las áreas de literatura y comunicación. En el año 2005 se le entregó la Distinción al Mérito Académico por el Instituto de Estudios Avanzados Universidad de Santiago. Se le reconoció con el Premio Municipal de Literatura Género Ensayo 1980 y 1994.

Aportes Sitio Web

Marcelo Arnold

Académico de la Universidad de Chile desde el año 1977. Profesor Titular, Decano de la Facultad de Ciencias Sociales (2006-2014) y Presidente de la Asociación Latinoamericana de Sociología (2013-2015). Antropólogo Social y Magíster en Ciencias Sociales con mención en Modernización Social. Trabajó bajo la dirección de Niklas Luhmann mientras realizaba sus estudios de doctorado en la Universidad de Bielefeld, Alemania (1983-1987). Ha sido Director del Magíster Antropología y Desarrollo; Director Académico del Magíster en Análisis Sistémico Aplicado a la Sociedad, del Departamento de Antropología, Director del Observatorio Social del Envejecimiento y la Vejez en Chile y Coordinador del Área de Teoría Social y Pensamiento Latinoamericano de la Asociación Latinoamérica de Sociología.

Rodrigo Zúñiga

Es filósofo, académico y profesor investigador del Doctorado en Filosofía con mención en Estética y Teoría del Arte, del Magíster en Artes Visuales y del Depto. de Teoría de las Artes de la U. de Chile. Ha sido Director de la Escuela de Postgrado de la Facultad de Artes y coordinador del Doctorado en Filosofía con mención en Estética y Teoría del Arte en la misma universidad. Ha publicado numerosos ensayos y artículos sobre filosofía, artes visuales y estética contemporánea, tanto en Chile como en el extranjero. Ha sido becario y profesor residente de postdoctorado en Université Paris 8 Vincennes/Saint-Denis y profesor visitante en la Universidad de Caldas, Colombia. Es miembro del Comité científico de RETINA.International (Paris, Francia) e investigador asociado del Laboratorio Art des Images et Art Contemporain (Université

Paris VIII). Sus trabajos se enmarcan en las siguientes líneas de investigación: estética contemporánea; fotografía e imagen digital; arte contemporáneo.

Carla Cordua Sommer

Premio Nacional de Humanidades y Ciencias Sociales 2011. En 1948 ingresó a estudiar Pedagogía en Filosofía en el Instituto Pedagógico de la Universidad de Chile. Profundizó sus conocimientos en Alemania ingresando a las universidades de Colonia y Freiburg, donde se graduó como Doctora en Filosofía. Fue nombrada Profesora Emérita de la Universidad de Puerto Rico, institución donde fue docente entre 1958 y 1961, y en 1976 obtuvo el grado de Doctora en Filosofía de la Universidad Complutense de Madrid. Es miembro de la Academia Chilena de la Lengua y es Profesora Titular de filosofía en la Universidad de Chile. En 2007 recibió la Condecoración al Mérito Amanda Labarca.

Andrés Claro

Ensayista y profesor universitario. Reside en Francia y Chile. Doctor en filosofía y literatura en la École des Hautes Études en Sciences Sociales (París), donde hizo su tesis bajo la dirección de Jacques Derrida, y en la U. de Oxford. Autor, entre otros, de *Las Vasijas Quebradas, cuatro variaciones sobre la "tarea del traductor"* (UDP, 2012), y *La creación, figuras del poema, configuraciones del mundo* (Ediciones Bastante, 2014). Ha publicado poesía y traducciones literarias de diversas lenguas. Enseña en el Doctorado en Filosofía de la Universidad de Chile, y ha sido profesor invitado en universidades de Latinoamérica, EE.UU. y Europa.

Adolfo Vera

Es doctor en Filosofía, Universidad Paris VIII, docente del Instituto de Filosofía Universidad de Valparaíso. Investigador Núcleo de Investigaciones en Artes y Nuevos Medios, Universidad de Valparaíso. Es el director del Magíster en Filosofía de la Universidad de Valparaíso.

Sergio Grez Toso

Licenciado en Historia (1980) y Magíster en Historia (1982) por la Université de Paris VIII, Francia. Obtuvo el doctorado en Historia en la École des Hautes Études en Sciences Sociales de Paris, Francia (1990). Se incorporó al Departamento de Ciencias Históricas de la Universidad de Chile en 2004. Su área de interés principal es la Historia de los movimientos populares en Chile, y busca integrar tanto lo social como lo político en una perspectiva que considera también las dimensiones económica, ideológica y cultural.

Durante la dictadura militar 1973-1990, las Artes, las Humanidades y las Ciencias Sociales, como las Comunicaciones fueron fuertemente vigiladas y reprimidas. Muchas instituciones de educación superior perdieron personal, espacio y presupuesto para sus actividades. Su recuperación, aun en el 2020 continúa en progreso. Este libro recoge reflexiones que apuntan a mejorar las políticas públicas en estas áreas y a destacar su importancia para la sociedad chilena.

